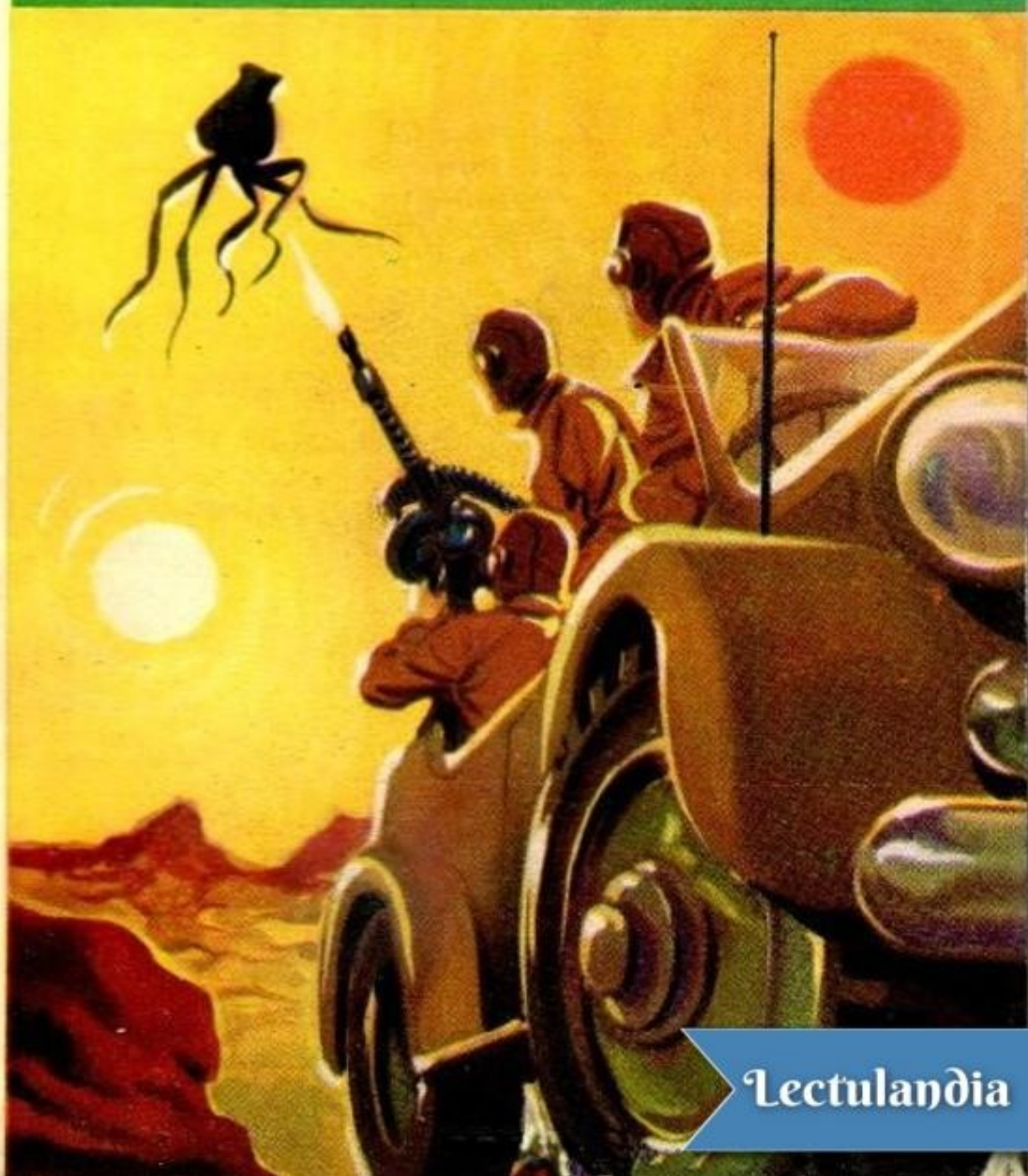




*Francis Carsac*

# LOS ROBINSONES DEL COSMOS



Lectulandia

Un planeta perteneciente a otra dimensión interacciona con el nuestro y le arrebató algunos fragmentos que luego se lleva consigo. En uno de ellos está incluido un pueblo de los Alpes franceses. Todas estas gentes se ven enfrentadas de pronto con un mundo virgen y salvaje poblado por extrañas bestias, algunas peligrosas, y también por una raza inteligente, aunque primitiva, semejante físicamente a los legendarios centauros.

**Lectulandia**

Francis Carsac

# **Los robinsones del cosmos**

**Nebulae - Primera Época - 26**

ePub r1.0

Thalassa 20.05.16

Título original: *Les Robinsons du Cosmos*  
Francis Carsac, 1956  
Traducción: J. C. A  
Retoque de cubierta: Thalassa

Editor digital: Thalassa  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

No voy a emprender aquí la historia del cataclismo, ni la de la conquista de Telus, la cual podéis hallarla detalladamente estudiada en las obras de mi hermana. Yo quiero, simplemente, contar mi propia vida. A todos vosotros, descendientes míos o de mis compañeros, que habitáis este mundo por derecho de nacimiento, os gustará, seguramente, conocer las impresiones y luchas de un hombre, nacido en otro planeta, que fue transportado aquí por un fenómeno sin precedentes, todavía mal explicado, y que casi perdió la esperanza antes de comprender la magnífica aventura que se le ofrecía.

¿Para qué escribir este libro? Sin duda, no todos vais a leerlo. Conocéis ya lo esencial. Escribo principalmente para el futuro. Recuerdo que en aquella Tierra que desconocéis, y que yace en algún rincón ignorado del espacio, la curiosidad de los historiadores se centraba en el testimonio de tiempos remotos. Cuando hayan transcurrido cinco o seiscientos años, este libro tendrá el interés de ser el relato de un testigo ocular del Gran Comienzo.

En la época en que inicio esta narración, no era este anciano encorvado y un poco chocho que soy ahora. Tenía entonces veintitrés años, hace ya sesenta de todo esto. Sesenta años que han pasado como una exhalación. Sé que voy perdiendo facultades: mis movimientos no tienen la precisión de antes, me fatigo pronto, y me atraen pocas cosas; mis hijos y mis nietos, todavía algo de la geología y tomar el sol, es decir, los soles, ya que tenemos dos. Me doy prisa, por tanto, en dictar a mi nieto Pedro —mis manos tiemblan demasiado para escribir—, la historia insustituible y única de un destino humano. Me ayudo para ello con el diario escrito a lo largo de mi vida y que destruiré acabada esta tarea. Pienso decir todo lo que tenga interés. Por otra parte, no quisiera librar a la curiosidad, a veces un poco sádica de los historiadores, lo que fue de mis modestas alegrías y mis penas.

Al dictar, contemplo por la ventana cómo ondula el trigo bajo el viento, y me parece, por un momento, estar de vuelta en mi Tierra natal, hasta que me doy cuenta de que los árboles tienen dos sombras...

# **PRIMERA PARTE EL CATACLISMO**

# I

## LOS SIGNOS PRECURSORES

Ante todo, quién soy yo. Para vosotros, mis inmediatos descendientes, las precisiones son inútiles. Pero muy pronto vuestros hijos, y los hijos de vuestros hijos, olvidarán incluso mi existencia. ¡Cuan pocas cosas recuerdo de mi abuelo!

Era el mes de julio de 1975, cuando terminé mi primer año como ayudante en el laboratorio de Geología en la Facultad de Ciencias de Burdeos, una ciudad de la Tierra. Tenía entonces veintitrés años y, sin ser un Adonis, era un joven de buena presencia. Si mi estatura, ahora reducida por la edad, me empequeñece en este mundo de jóvenes gigantes, en la Tierra mis anchas espaldas y mi 1,83 m imponían. ¡Para vosotros 1,83 m no es más que una talla mediana! Si queréis conocer mi antiguo aspecto, contemplad a Juan, el mayor de mis nietos. Yo era, como él, moreno, de grandes manos, nariz acusada y ojos verdes. Estaba muy contento de mi nombramiento. Así, había vuelto al mismo laboratorio, donde años antes dibujaba mis primeros fósiles. Ahora, en cambio, me divertía con los errores de los estudiantes al confundir formas próximas, que una vista habituada distinguía inmediatamente.

Llegado el mes de julio, y habiendo terminado los exámenes, me disponía, con mi hermano Pablo, a pasar unas vacaciones en casa de nuestro tío Pedro Bournat, director del observatorio últimamente construido en los Alpes, cuyo espejo gigante de 5,5 m de apertura iba a permitir a los astrónomos franceses luchar en pie de igualdad con sus colegas americanos. Mi tío era secundado en sus trabajos por su colaborador, Roberto Menard, un hombre de cuarenta años, algo apagado, pero de gran sabiduría, y por un ejército de astrónomos, matemáticos y técnicos, los cuales estaban ausentes, ya que se encontraban en comisión de servicio o en vacaciones, cuando se produjo el cataclismo. En aquel momento, no tenía a su lado más que a Menard y a sus dos alumnos Miguel y Martina Sauvage, a quienes yo todavía no conocía. Miguel murió hace seis años y Martina, vuestra abuela, me dejó, como ya sabéis, hace solamente tres meses. En aquella época, yo estaba muy lejos de imaginar los sentimientos que iban a unirme a ellos. A decir verdad, satisfecho de estar con mi tío y mi hermano — Menard no contaba en absoluto— y debido a mi temperamento solitario, les imaginé como huéspedes molestos, a pesar, o mejor quizá, a causa de su juventud: Miguel tenía entonces treinta años y Martina veintidós.

Fue exactamente el 12 de julio de 1975, a las cuatro de la tarde, cuando tuve noticia de los primeros signos anunciadores del cataclismo. Terminaba de hacer mis maletas, cuando llamaron a la puerta. Fui a abrir y me encontré con la visita de mi primo Bernardo Verilhac, geólogo como yo. Tres años atrás, había formado parte de la primera expedición Tierra-Marte. El año anterior había vuelto a marchar.

—¿De dónde vienes ahora? —le pregunté.

—Hemos dado una pequeña vuelta, sin escala, más allá de la órbita de Neptuno.



Como un cometa.

—¿En tan poco tiempo?

—Pablo ha perfeccionado positivamente nuestra vieja astronave, «Rosny». ¡Ahora alcanza con facilidad los 2000 km por segundo!

—¿Qué tal fue?

—¡Magnífico! Hemos tomado un montón de fotos espléndidas. Pero la vuelta ha sido difícil.

—¿Accidente?

—No. Nos hemos desviado. Pablo y Claudio Rommier, el astrónomo de a bordo, lo explican por la incursión de una enorme masa material, pero invisible, deslizada en el sistema solar. También es cierto que Sigurd no comparte esta opinión y que Ray Mac Lee, nuestro periodista, cree que los cálculos de la vuelta se realizaron después de celebrar con exceso el paso de la órbita neptuniana.

Consultó su reloj.

—Las 4 y 20. Debo marchar. ¡Felices vacaciones! ¿Cuándo vendrás con nosotros? Próximo objetivo: los satélites de Júpiter. Por cierto que habrá trabajo para dos geólogos, como mínimo. Allí tendrás un buen tema para la tesis, bastante nuevo al menos. Volveremos a hablar de ello. Tengo la intención de pasar a ver a tu tío este verano.

Cerró la puerta tras él. Jamás volveríamos a vernos. ¡Mi viejo Bernardo! Seguramente ha muerto. Tendría ya noventa y seis años. Sostenía, por cierto, que los marcianos poseen el secreto para doblar la vida de los hombres. Quizá vive aún, en algún lugar del Espacio. Si hubiera sabido lo que debía acontecerme, no me habría abandonado.

Con mi hermano tomé el tren aquella misma noche. Al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde, llegamos a la estación de... no importa el nombre, no lo tengo anotado y no puedo acordarme de él. Era una estación pequeña e insignificante. Nos aguardaban. Apoyado en un coche, un hombre joven, rubio y más alto que yo, hizo señas. En seguida se presentó.

—Miguel Sauvage. Vuestro tío se excusa de no haber podido venir, ya que se halla retenido por un urgente e importante trabajo.

—¿De nuevo con las nebulosas? —preguntó mi hermano.

—Con las nebulosas, no. Mejor en el Universo. Ayer noche, yo quise fotografiar Andrómeda, a causa de una «supernova» que habíamos descubierto. Hice el cálculo para enfocar el gran telescopio y, afortunadamente, por curiosidad, eché un vistazo por la mirilla, el pequeño anteojo que se regula paralelamente al gran «tele». ¡Andrómeda no estaba! ¡La encontré... a 18 grados de su posición normal!

—Es curioso —observé, vivamente interesado—. Bernardo Verilhac me dijo ayer...

—¿Ha regresado? —cortó Miguel.

—Sí, atravesaron la órbita de Neptuno. Me dijo que sus cálculos resultaron falsos,



o que algo, a la vuelta, les había desviado de su ruta.

—Esto interesará mucho al señor Bournat.

—Bernardo pasará este verano por el observatorio. Entre tanto, voy a escribirle pidiendo detalles.

Mientras estábamos hablando, el coche corría con rapidez por el valle. Una vía férrea seguía la carretera.

—¿El tren llegará hasta el pueblo?

—No, es la línea construida recientemente por la fábrica de metales ligeros, que nos ha sido cedida. Afortunadamente toda la instalación es eléctrica. En otro caso, habría sido forzoso desplazarla, o desplazar el observatorio.

—¿Es importante esta fábrica?

—Trescientos cincuenta obreros, de momento. Su número doblará, como mínimo.

Tomamos la carretera en espiral que subía al observatorio, situado en la cima de un pequeño montículo. A sus pies, en el valle, el pueblo se encaramaba graciosamente. Algo más elevada se extendía la aglomeración de la industria y las casas prefabricadas del personal. Una línea de alta tensión se perdía a lo lejos, detrás de las montañas.

—Proviene de la presa construida especialmente para la fábrica. Nos suministra también la corriente —explicó Miguel.

En la base misma del observatorio se levantaban las casas de mi tío y sus ayudantes.

—¡Cómo ha cambiado en dos años! —observó mi hermano.

—Esta noche seremos muchos a cenar: vuestro tío, Menard, vosotros dos, mi hermana y yo, Vandal, el biólogo...

—¡Vandal! Nos conocemos desde niños. Es un viejo amigo de la familia.

—Está aquí con uno de sus colegas de Academia, el célebre cirujano Massacre.

—Un nombre curioso para un cirujano —bromeó mi hermano Pablo—. Francamente no me dejaría operar por él.

—Te equivocas. ¡Es el cirujano más hábil de Francia y probablemente de Europa! Tenemos también con nosotros a un amigo y discípulo suyo, el antropólogo Andrés Breffort.

—¿Breffort, el que ha investigado sobre los patagones? —pregunté.

—El mismo. Como veis, la casa es grande, pero bien poblada.

Tan pronto como llegamos, penetré en el observatorio y llamé a la puerta del despacho de mi tío.

—¡Entre! —gritó.

—¡Ah!, eres tú —dijo, suavizando el tono de voz. Se levantó del sillón, desplegando su gigantesca estatura, y me estrechó en un feroz abrazo. Lo veo todavía, con su cabello y sus cejas grises, los ojos como carbón y su enorme barba de ébano en abanico sobre su chaleco.

Un tímido «Buenos días, Sr. Bournat» me obligó a dar media vuelta, Allí estaba

de pie delante de su mesa, el insignificante Menard, con todos sus papeles plagados de signos algebraicos. Era un hombrecito con barba de chivo y una inmensa frente llena de arrugas. Bajo esta mezquina apariencia se ocultaba alguien capaz de hablar doce idiomas, de extraer raíces inverosímiles y para quien las más áridas especulaciones matemáticas y de física trascendental eran tan familiares como, para mí el contorno de las cercanías de Burdeos. En estas materias, mi tío, observador e investigador admirable, no le llegaba a la suela de los zapatos; pero compenetrados dominaban completamente la Astronomía y la Física Nuclear.

El teclear de una máquina llamó mi atención hacia otro ángulo.

—Es verdad —dijo mi tío—. Olvidé presentarte. Señorita, mi sobrino Juan, una mala pieza que jamás ha sabido sumar correctamente. ¡La vergüenza de la familia!

—No soy el único —protesté—. Pablo no es mejor que yo.

—Es cierto —admitió—. ¡Y pensar que su padre hacía malabarismos con las integrales! La raza pierde. En fin, no seamos injustos con lo que son. Juan será un excelente geólogo y espero que Pablo realizará un buen estudio sobre los asirios.

—¡Los hindúes, tío, los hindúes!

—¡Es igual, son de la misma ralea! Juan, te presento a Martina Sauvage, la hermana de Miguel, nuestra ayudante.

—¿Cómo está usted? —me dijo, tendiéndome la mano.

Algo embobado, yo se la estreché. Esperaba encontrar una rata de laboratorio, con lentes y nariz puntiaguda. En cambio, allí estaba una muchacha bien formada, como una estatua griega, cabellos largos y tan negros como rubio era su hermano, la frente algo caída quizás, pero con unos ojos espléndidos gris-verde y un rostro de una regularidad desesperante, tanta era su perfección. No podía decirse que fuera bonita. No, era bella, más guapa que ninguna mujer que yo hubiera visto nunca.

Me estrechó familiarmente la mano y se enfrascó de nuevo en sus cálculos. Mi tío me llevó aparte.

—Veo que Martina ha causado impresión —bromeó—. No falla nunca. Imagino que se debe al contraste con este lugar. Y ahora excúsame, pero es necesario que termine el trabajo antes de cenar, para estar preparado para las observaciones de esta noche. Como ya sabes, carezco todavía de personal. Cenamos a las siete y media.

—¿Es importante este trabajo? —pregunté—. Miguel me ha informado de que ocurren extraños fenómenos...

—¡Extraños fenómenos! ¡Querrás decir que toda la Ciencia se va por los suelos! Escucha esto: ¡Andrómeda, a 18 grados de su posición normal! Una de dos: o bien esta nebulosa se ha desplazado, en cuyo caso, dado que anteayer estaba en su sitio, habría alcanzado una velocidad físicamente imposible: o bien —y ésta es mi opinión al igual que la de mis colegas de Monte Palomar— su luz ha sido desviada por algo que anteayer no estaba allí. Y no solamente la suya, sino la de las estrellas situadas en la misma dirección, la de Neptuno y quizá también... Existe una hipótesis, no del todo absurda; tú sabes, o mejor dicho, tú ignoras que la luz es desviada por los

campos de gravitación intensa. Todo ocurre como si una enorme masa hubiera hecho su aparición entre nosotros y Andrómeda, en el interior del sistema solar. ¡Y esta masa es invisible! Parece una locura, un imposible, pero es cierto. —Bernardo me explicaba que a la vuelta de su última expedición...

—¿Le has visto? ¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Qué día regresó?

—Anteayer por la noche, precisamente después de atravesar la órbita de Neptuno. Y me dijo que se habían desviado al regresar. —¿Cuánto? ¿Y cómo?

—No se lo pregunté. Su visita fue una exhalación. Vendrá por aquí este verano.

—¡Este verano! ¡Conque este verano! Prepara un telegrama ordenándole que venga inmediatamente con sus compañeros y el diario de a bordo. El hijo del jardinero lo llevará a Telégrafos. ¡Esto puede ser la solución del enigma! ¡Este verano, tiene gracia! ¡Vamos, muévete! ¿Aún estás por aquí?

Me eclipsé y redacté el telegrama, que Benito llevó corriendo, al pueblo. Nunca sabré si Bernardo lo recibió.

Después me fui a la casa de mi tío, donde encontré a los invitados. Primero a Vandal, de quien yo había sido alumno cuando preparaba mi licenciatura: alto y encorvado, de plateada cabellera, aun cuando apenas contaba con cuarenta y cinco años. Me presentó a su amigo Massacre, pequeño y moreno, de gestos elocuentes, y a Breffort, de buena planta, huesudo y taciturno.

Puntualmente, a las siete y veinte, llegaron mi tío y su comitiva. Y a las siete y media estábamos en la mesa.

Exceptuando a mi tío y a Menard, visiblemente preocupado, todos estábamos alegres incluso Breffort, que nos explicó con ironía las dificultades que tuvo para evitar un matrimonio realmente honorífico, pero poco agradable, con Ona, la hija de un jefe de la Tierra de Fuego. Por mi parte, estaba fascinado a causa de Martina. Cuando estaba seria, su bello rostro reposaba como un mármol frío, pero cuando sonreía, sus ojos centelleaban, sacudía su abundante cabellera inclinando ligeramente la cabeza y, en verdad, que estaba aún más guapa.

No gocé mucho tiempo de su compañía aquella noche. A las 8.15 horas, mi tío se levantó y le hizo una seña. Salieron con Menard y, a través de la ventana, vi cómo se dirigían hacia el observatorio.

## II

# EL CATACLISMO

Pasamos a la terraza para tomar el cate. El atardecer era suave. El sol poniente enrojecía las elevadas montañas, sobre el Este. Miguel hablaba del descrédito en que habían caído los estudios de astronomía planetaria desde que, según su expresión, la misión Pablo Bernadac había iniciado la marcha «sobre el propio terreno». Después Vandal nos puso al corriente de los últimos hallazgos en biología. Se hizo de noche. Una media luna brillaba encima de las montañas, las estrellas centelleaban.

El relente nocturno nos forzó a entrar en el salón. Las luces estaban apagadas. Yo estaba sentado frente a la ventana, al lado de Miguel. Todos los detalles de este atardecer los tengo grabados, a pesar de los años, en mi memoria. Veía la cúpula del observatorio destacando a contra luz, flanqueada de pequeñas torres, albergue de las lentes accesorias. La conversación se había escindido en apartes, y yo hablaba con Miguel. Sin saber por qué, me sentía feliz y ligero. Tenía la impresión de pesar muy poco y estaba tan cómodo en mi sillón como un buen nadador en el agua.

En el observatorio, se iluminó una pequeña ventana, se apagó, volvió a iluminarse.

—El jefe necesita de mí —dijo Miguel—. Voy para allá.

Consultó su reloj fosforescente.

—¿Qué hora es? —le pregunté.

—Las 11.36 horas.

Se levantó y, ante su estupefacción y la nuestra, este sencillo gesto le proyectó contra el muro, a unos tres metros largos.

—¡Pero... si no peso nada!

Yo me levanté también y, a pesar de mis precauciones, me fui de cabeza contra la pared.

—¡Estamos apañados!

Aquello fue un concierto de exclamaciones de sorpresa. Durante unos instantes, revoloteamos por la sala como polvo barrido por el viento. Todos percibimos la misma sensación angustiosa, un vacío interior, un vértigo, la pérdida casi total del sentido del equilibrio. Agarrándome a los muebles, llegué hasta la ventana. ¡Parecía una pesadilla!

Las estrellas bailaban una zarabanda desenfundada, como cuando se reflejan sobre una agitada ola. Palpitaban, se agigantaban, se apagaban, reaparecían, se deslizaban de un lugar para otro.

—¡Mirad! —grité.

—Es el fin del mundo —gimió Massacre.

—Realmente parece el fin —me susurró Miguel. Y noté cómo sus dedos se incrustaban en mi espalda.

Bajé los ojos, fatigados por el baile estelar.

—¡Las montañas!

¡Las cimas de las montañas desaparecían! Las más próximas estaban aún intactas, pero las del fondo a la izquierda habían sido cortadas limpiamente, como el tajo de un cuchillo en el queso. ¡Y aquello se precipitaba sobre nosotros!

—¡Mi hermana! —gritó Miguel con una voz ronca, y se abalanzó hacia la puerta.

Le vi trepar torpemente, a grandes zancadas de más de diez metros cada una, por el sendero del observatorio. Con el cerebro vacío, más allá del mismo miedo, yo registraba el progreso del fenómeno. Era como una gran navaja que se nos echaba encima, una navaja invisible, debajo de la cual todo desaparecía. ¡Aquello duró, quizás, veinte segundos! Oía las exclamaciones apagadas de mis compañeros. Vi a Miguel arrojarse dentro del Observatorio. ¡De repente, éste desapareció! Tuve tiempo justo para ver cómo unos centenares de metros más abajo, la montaña cortada a pico mostraba sus estratos como en un diagrama geológico, iluminada por una extraña y lívida luz, una luz de Otro Mundo. Instantes después, con un ruido ensordecedor, el cataclismo nos alcanzó. La casa osciló, me agarré a un mueble. La ventana estalló, como empujada desde el interior por una rodilla gigantesca. Fui aspirado hacia fuera, arrastrado por un viento de una potencia inconcebible, agitado con mis compañeros, rodando por la pendiente, chocando con las piedras y los arbustos, trastornado, medio asfixiado, sangrando copiosamente por la nariz. Al cabo de unos pocos segundos, aquello terminó. Me encontré 500 m más abajo, en medio de cuerpos esparcidos, de restos de muebles, vidrios y tejas. El observatorio había reaparecido y parecía intacto. Era de día, un curioso día correcto, ocre. Levanté la vista, observé un astro solar, rojizo, lejano. Me zumbaban los oídos, tenía hinchada la rodilla izquierda y los ojos inyectados. El aire olía de una manera especial.

Mi primer pensamiento fue para mi hermano. Yacía, la espalda contra el suelo, a pocos metros. Me acerqué, admirado de gravitar de nuevo. Pablo tenía los ojos cerrados, y su pantorrilla derecha, lastimada por un residuo de vidrio, sangraba. Cuando le vendaba con el pañuelo, tornó en sí.

—¿Aún estamos vivos?

—Sí; estás herido, pero sin gravedad. Voy a ver a los demás.

Se enderezó:

—¡Vamos!

Vandal se incorporaba. Massacre tan sólo tenía los ojos algo descalabrados. Se dirigió hacia Pablo, para examinarlo.

—No es nada. El vendaje es casi inútil, porque no hay ninguna gran arteria afectada.

Breffort había sido alcanzado de más gravedad. Tenía una amplia brecha en la cabeza y estaba inconsciente.

—Precisa con urgencia una cura —dijo el cirujano—. Tengo todo lo necesario en casa de vuestro tío.

Observé la casa. Había resistido bastante bien. Faltaba una parte del techo, habían reventado postigos y ventanas, pero el resto parecía intacto. Entramos, llevando a Breffort y a mi hermano. En el interior, los muebles tumbados vomitaban su contenido sobre el suelo. A duras penas, enderezamos la mesa grande para colocar a Breffort. Vandal ayudó a Massacre.

Entonces me di cuenta que hasta aquel momento no me había preocupado de mi tío. La puerta del observatorio estaba abierta, pero nadie se movía.

—Voy a ver —dije, y me marché cojeando. Al dar la vuelta a la casa, apareció el jardinero, el viejo Anselmo, a quien habíamos totalmente olvidado. La cara le sangraba en abundancia. Le mandé a que le curaran. Subí la escalera del Observatorio. La cúpula estaba desierta, y el gran telescopio abandonado. En el despacho, Menard reajustaba, con aire sorprendido, sus lentes.

—¿Dónde está mi tío? —le pregunté.

Mientras frotaba sus cristales con un pañuelo, me contestó:

—Cuando aquello ocurrió, quisieron salir y no sé dónde están.

Me abalancé hacia fuera, llamando:

—¡Tío! ¡Miguel! ¡Martina!

Un «¡Hola!» me respondió. Detrás de unas rocas hundidas encontré a mi tío sentado, apoyado en un bloque.

—Se ha torcido un tobillo —aclaró Martina.

—¿Y Miguel?

A pesar de las circunstancias, estuve admirando la forma de su hombro, bajo la ropa destrozada.

—Ha ido a buscar agua a la fuente.

—Y bien, tío, ¿cómo se explica usted todo esto?

—¿Qué quieres que te diga? No sé ni una palabra. ¿Cómo están los demás?

Le puse al corriente.

—Va a ser necesario bajar al pueblo, para ver lo que ocurrió allí —observó.

—Por desgracia, el sol se pone.

—¿Se pone? Precisamente se está levantando.

—Se pone, tío. Hace un momento estaba más alto.

—¡Ah! ¿Estás hablando de este miserable lumiñón de cuero? Mira detrás tuyo.

Me volví y pude contemplar un radiante sol azulado detrás de las montañas segmentadas. Era preciso rendirse a la evidencia: estábamos en un mundo que poseía dos soles.

Mi reloj marcaba 0 h. 10 m.

# **SEGUNDA PARTE**

## **LOS ROBINSONES DEL ESPACIO**



# I

## LOS ESCOMBROS

No puedo describir el alud de sentimientos que se abatió sobre mí. Inconscientemente, a pesar de toda su novedad, yo había asimilado la catástrofe según las normas terrestres: grandes olas, seísmos, erupciones y súbitamente me encontré ante este hecho imposible, enloquecedor pero real. ¡Me encontraba en un mundo iluminado por dos astros solares! No, no sabría explicar la turbación que se apoderó de mí. Intentaba negar la evidencia.

—¡Pero... a pesar de todo estamos en la Tierra, aquí está la montaña y el Observatorio, y allí abajo el pueblo!

—Estoy realmente sentado en un pedazo de Tierra —repuso mi tío—. Pero, a menos que yo sea tan ignorante como para desconocer un hecho de esta importancia, nuestro sistema terrestre no admite más que un Sol, y aquí hay dos.

—Pero entonces, ¿dónde estamos?

—Te repito que no lo sé. Estábamos en el Observatorio. Al vacilar éste, pensé que se trataba de un temblor de tierra y salimos Martina y yo. Encontramos a Miguel en la escalera y fuimos proyectados fuera. Perdimos el conocimiento y no vimos nada más.

—Yo sí —dije con un escalofrío—. Vi cómo las montañas desaparecían con el Observatorio en medio de un resplandor lívido. Después me encontré fuera también, ¡y el Observatorio estaba allí de nuevo!

—Y pensar que con cuatro astrónomos, ninguno ha sido testigo de ello —se lamentó.

—Miguel vio cómo comenzaba. ¿Pero dónde está? Tarda demasiado...

—En efecto —dijo Martina—. Voy a ver.

—No, me corresponde ir a mí. Tío, por piedad, ¿dónde piensa usted que hemos ido a parar?

—Te repito que todavía no lo sé. Pero con seguridad no en la Tierra. Incluso pudiera ser —musitó— que ni en nuestro Universo.

—¿Entonces la Tierra se acabó para nosotros?

—¡Me lo temo! En fin, ocúpate ahora de encontrar a Miguel.

Lo encontré escasamente unos pasos más allá. Dos hombres le acompañaban, uno de ellos moreno, de unos treinta años, y el otro aproximadamente diez años mayor. Miguel nos presentó, lo cual me pareció cómico, teniendo en cuenta las circunstancias. Se trataba de Simón Beuvin, ingeniero electricista, y de Jaime Estranges, ingeniero metalúrgico, director de la fábrica.

—Veníamos a ver lo que ha ocurrido —dijo Estranges—. Ante todo hemos bajado al pueblo, donde los equipos de socorro se han organizado inmediatamente. Hemos mandado a nuestros obreros como refuerzos. La iglesia se ha hundido. La alcaldía ha sepultado al alcalde y a su familia. Los primeros cálculos fueron de unos cincuenta

heridos, algunos de ellos graves, y once muertos, además del alcalde y su familia. Por lo demás, la mayoría de las casas han resistido bien.

—¿Y vosotros? —inquirió mi tío.

—Pocos estragos. Sabe usted, estas casas prefabricadas son ligeras y hacen bloque. En la fábrica, algunas máquinas arrancadas. Mi mujer tiene unos cortes poco profundos. Es nuestro único herido —contestó Beuvin.

—Tenemos entre nosotros un cirujano. Vamos a mandarlo al pueblo.

Después, volviéndose hacia Miguel y a mí:

—Ayudadme. Me voy a la casa. Martina, lleva a Menard. Señores, vengan con nosotros.

Cuando llegamos a la casa vimos que Vandal y Massacre habían trabajado con eficacia. Todo estaba nuevamente en orden. Mi hermano y Breffort reposaban en sendas camas. Massacre preparaba su maletín.

—Voy a bajar —dijo—. Debe haber trabajo para mí.

—En efecto —corroboró mi tía—. Estos señores vienen de allí; hay muchos heridos.

Me senté cerca del lecho de Pablo.

—¿Qué tal va, muchacho?

—Bien, apenas un ligero dolor en la pierna.

—¿Y Breffort?

—También mejora. Ha vuelto en sí. No es de la gravedad que se podía temer.

—En este caso, voy a bajar al pueblo —dije.

—Esto es —dijo mi tío—. Miguel, Martina y Vandal id también con él. Menard y yo cuidaremos de aquí.

Nos marchamos. Por el camino pregunté a los ingenieros.

—¿Se conoce la extensión de la catástrofe?

—No, hay que aguardar. Primeramente ocupémonos del pueblo y algunas granjas vecinas. Después, si acaso, podemos ir más lejos.

La calle principal era intransitable, a causa de las casas derruidas. Las otras calles, perpendiculares, en cambio se conservaban prácticamente intactas. Los mayores daños culminaban en la Plaza Mayor, donde la alcaldía y la iglesia no eran más que un montón de escombros. Mientras llegábamos, estaban liberando el cuerpo del alcalde. Entre los que prestaban auxilio observé a un grupo, cuya acción era la mejor coordinada. Al instante un hombre se separó de ellos y vino hacia nosotros.

—¡Refuerzos, al fin! —dijo alegremente—. ¡Con lo que nos hacían falta!

Era joven, vestido con un mono azul, más bajo que yo, de robusta complexión; debía poseer una fuerza poco común. Bajo sus cabellos negros, unos ojos grises, agudos, brillaban en un rostro de rasgos acusados. La simpatía que entonces sentí por él debía transformarse más tarde en amistad.

—¿Dónde están los heridos? —preguntó Massacre.

—En el salón de fiestas. ¿Es usted médico? ¡Su colega no va a dolerse de que le

eche usted una mano!

—Soy cirujano.

—Es una suerte. ¡Eh!, Juan Pedro, acompaña al doctor a la enfermería.

—Voy con usted —dijo Martina—. Le ayudaré.

Miguel y yo nos juntamos a los que despejaban el terreno. El joven a que antes me referí hablaba con animación a los ingenieros. Después volvió con nosotros.

—Fue difícil convencerles de que su primer trabajo debía consistir en suministrarlos, si era posible, agua y electricidad. ¡Querían trabajar en los escombros! Si ahora no utilizan sus conocimientos, ¿cuándo lo harán? Por cierto, ¿cuál es vuestra profesión?

—Geólogo.

—Astrónomo.

—Perfectamente, esto puede sernos muy útil más tarde. De momento hay cosas más urgentes. ¡A, trabajar!

—Más tarde, ¿por qué?

—Imagino que sabéis que no estamos ya en la Tierra. ¡No es necesario estar doctorado para darse cuenta! No deja de ser divertido. Ayer eran ellos que me daban las órdenes; hoy, en cambio, soy yo quien fija la tarea a los ingenieros.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Miguel.

—Luis Maurière, contramaestre de la fábrica. ¿Y vosotros?

—Este es Miguel Sauvage; yo, Juan Bournat.

—Entonces tú eres familia del viejo. ¡Es un buen elemento!

Mientras estábamos hablando comenzamos a despejar los escombros de una casa. Se nos unieron dos obreros.

—Atención —dijo Miguel—. Oigo algo.

Bajo el montón de ruinas se percibían débiles llamadas.

—Dime, Pedro —preguntó Luis a uno de los obreros—. ¿Quién ocupaba esta casa?

—Madre Ferrier y su hija, una bonita chavala de dieciséis años. Aguarda; un día fui a su casa. Aquí tenían la cocina. ¡Ellas deben estar en esta otra habitación!

Nos indicaba una pared mitad destruida. Miguel se inclinó, gritando a través de los intersticios:

—¡Animo! Venimos a buscaros.

Todos escuchábamos con ansiedad.

—¡Rápido! ¡Rápido! —contestó una voz joven y angustiada.

A toda prisa, pero metódicamente, escarbamos un túnel entre los destrozos, apuntalándolo con los objetos más inverosímiles: una escoba, una caja de herramientas y un receptor de radio. Media hora más tarde las llamadas cesaron. Continuamos, redoblando nuestros esfuerzos, aceptando el riesgo, y pudimos al fin salvar a tiempo a Rosa Ferrier. Su madre había muerto. Hablo con detalle de este salvamento, entre tantos otros realizados aquel día, con éxito o sin él, porque Rosa,

aunque involuntariamente, debería personificar más tarde el papel de Helena de Esparta y ofrecer el pretexto de la primera guerra en Telus.

La llevamos a la enfermería y luego nos sentamos a tomar un bocado, porque estábamos hambrientos. El Sol azul alcanzaba su cénit cuando mi reloj marcaba las 7 h. 17 m. Se había levantado a las 0 h. El día azul tenía, pues, aproximadamente, 14 h. 30 m.

Trabajamos toda la tarde de un tirón. Por la noche, cuando el Sol azul se escondió detrás del horizonte, y el Sol rojizo, minúsculo, nació en el este, no quedaba ningún herido bajo las ruinas. En total su número ascendía a 81. Entre ellos se contaban 21 muertos.

Alrededor del pozo, seco por cierto, se levantó un pintoresco campamento. Trapos tendidos sobre unas estacas hicieron las veces de tiendas de campaña para aquellos que habían quedado sin techo. Luis mandó montar una para los obreros que habían participado en el salvamento.

Nos sentamos delante de una tienda y tomamos una cena fría a base de carne y pan, regado con vino tinto, que me pareció el mejor de mi vida. Después me llegué hasta la enfermería, con la esperanza vana de ver a Martina: dormía. Massacre estaba satisfecho; pocos casos graves. Había ordenado el descenso en camilla de Breffort y mi hermano. Los dos marchaban bien.

—Excúsame, me caigo de sueño —dijo el cirujano—, y mañana tengo una operación, que en las condiciones presentes será delicada.

Volví a la tienda y no tardé en amodorrarme yo también, encima de una gruesa cama de paja. Me desperté a causa del zumbido de un motor. Era «de noche» todavía, es decir, este semidía púrpura que conocéis por el nombre de «noche roja». El coche se detuvo detrás de una casa dormida. Di la vuelta y vi a mi tío. Había bajado con Vandal para conocer las novedades.

—¿Qué tal? pregunté.

—Nada. La cúpula está inmovilizada por falta de electricidad. He pasado por la fábrica. Estranges me ha dicho que por algún tiempo no podremos disponer de corriente. La presa no nos ha seguido. Cambiando de tema, puedo ya anunciarte que nos encontramos en un planeta que gira sobre sí mismo en 29 horas, y cuyo eje está muy poco, o nada, inclinado con relación al plano de su órbita.

—¿Cómo lo sabes?

—Muy sencillo: el día azul ha durado 14 h. 30 m. El Sol rojo ha invertido 7 h. 15 m para alcanzar el cénit, Por tanto, la duración total del día bisolar es de 29 horas. Por otra parte, los días y las «noches» son iguales, y con certeza no estamos en el ecuador; más bien alrededor del grado 45 de latitud Norte. Por consiguiente, yo deduzco que el eje del planeta está muy poco inclinado, a menos que hayamos caído justamente en el equinoccio. El Sol rojo es exterior a nuestra órbita y gira probablemente como nosotros alrededor del Sol azul Este es un momento en que los dos soles y nosotros mismos estarnos en situaciones opuestas. Pasado el tiempo

necesario, no deberemos extrañarnos de ser iluminados simultáneamente, a veces, por los dos o por ninguno. Entonces habrá noches negras o, mejor dicho, con luna.

—¿Con luna?

—¡Mira el cielo!

Levanté la vista. Pálidas, en un cielo rosa, había dos; una algo mayor que nuestra vieja luna terrestre, la otra aproximadamente igual.

—Hace un instante había otra más —continuó mi tío—. Es la menor de las tres y ya está escondida.

—¿Cuánto nos queda de «noche»?

—Apenas una hora. En la fábrica hemos visto algunos granjeros de los alrededores. Hay pocas víctimas. Pero más lejos...

—Será menester ir a verlos —dije—. Voy a tomar tu coche con Miguel y Luis Maurière. Tenemos que saber la extensión de nuestro territorio.

—Vengo con vosotros.

—No, tío. Tienes un pie torcido, podemos tener avería o vernos obligados a andar. Daremos una vuelta ultrarrápida. Otro día...

—De acuerdo; ayúdame a bajar y llévame a la enfermería. ¿Viene usted conmigo, Vandal?

—Me hubiera gustado participar en esta excursión —dijo el biólogo—. Imagino que la parte terrestre no será muy extensa y que tenéis la intención de seguir su contorno.

—Mientras encontremos caminos practicables. Bien, venga con nosotros. Puede que nos tropecemos con fauna inédita. Esta salida corre el riesgo, por otra parte, de no ser demasiado reposada, en cuyo caso su experiencia de Nueva Guinea puede sernos muy útil.

Desperté a Miguel y a Luis.

—Bien —dijo éste—, pero antes quisiera hablar con vuestro tío, señor Bournat. ¿Querría usted, durante nuestra ausencia, verificar un censo de la población y de los recursos existentes en víveres, armas, útiles, etcétera? Después de la muerte del alcalde, usted es aquí el único a quien todos escucharán. Usted está en buenas relaciones tanto con el señor cura como con el señor maestro. No veo más que a Julio, el dueño del bar, que quizá no le quiera a usted demasiado, seguramente porque no es cliente suyo. Pero yo ya me encargo de éste. Aunque, claro está, estaremos de vuelta antes de que termine con todo.

Subimos al coche, un viejo modelo descapotado, muy sólido. Me había sentado al volante, cuando mi tío me llamó:

—Toma lo que llevo en la cartera.

La abrí y saqué una pistola de reglamento, calibre 45.

—Es mi arma de oficial de artillería. Tómala. Quién sabe qué vais a encontrar. En la bolsa del coche hay cargadores.

—Es una buena idea —dijo Luis—. ¿No tiene usted otra arma?

—No, pero me parece que debe haber escopetas de caza en el pueblo.

—Cierto. Nos detendremos en casa de Boru. Es un ayudante retirado de la «Colonial» y un cazador empedernido.

Despertamos al viejo, y, a pesar de sus protestas, nos hicimos con buena parte de su arsenal: un «Winchester» y dos escopetas de caza, con sus municiones. Con el alba, partimos hacia el Este. Mientras fue posible seguimos la carretera, que de vez en cuando aparecía ligeramente seccionada, aunque siempre conseguimos seguir adelante. Un hundimiento nos detuvo durante una hora. Tres después de nuestra partida, caímos en una zona caótica: no se veían más que montañas derruidas, amontonamientos de tierra, de piedras, árboles y, por desgracia, escombros de casas.

—Debemos estar cerca del límite —dijo Miguel—. Vayamos a pie.

Abandonando el coche sin vigilancia, quizá un poco imprudentemente, tomamos nuestras armas, algunas provisiones y alcanzamos la zona devastada. Estuvimos avanzando durante más de una hora penosamente. Para un geólogo el espectáculo era fantástico: un espeso caldo de rocas sedimentarias, un magma de las eras primaria, secundaria y terciaria en tal estado de agitación que yo recogí en pocos metros un trilobite, un amonite cenomaniano y numulites.

Luis y Vandal, que marchaban en cabeza, tropezaron con una pendiente mientras yo me retrasaba espigando fósiles. Llegaron a la cima y pudimos escuchar sus exclamaciones. En pocos instantes, Miguel y yo nos juntamos a ellos. Tan lejos como alcanzaba nuestra vista, se extendía una marisma de aguas oleosas, pobladas de una vegetación de hierbas rígidas, grisáceas, como cubiertas de polvo. El paisaje era siniestro y grandioso. Vandal tomó sus prismáticos y echó una ojeada sobre el horizonte.

—Montañas —dijo.

Me prestó los gemelos, Lejos, al Sudoeste, una línea azulada se destacaba en el cielo.

Alrededor del promontorio que formaba la zona terrestre, el limo se había deslizado, amontonándose en collera, sepultando y destruyendo la vegetación. Con precaución, descendimos hasta el borde de las aguas. De cerca era casi transparente; el pantano parecía profundo y era salobre.

—Esto es un desierto —observó Vandal—. Ni peces ni pájaros.

—Mirad allí —dijo Miguel.

Nos indicaba en una bancada de barrizal un ser verdoso, de poco más de un metro. En una extremidad tenía la boca rodeada de una corona de seis tentáculos blandos; en la base de cada tentáculo se fijaba un ojo glauco. En el otro extremo del cuerpo una potente cola se aplastaba en forma de aleta. No pudimos examinarlo de más cerca por su situación inaccesible. Mientras montábamos de nuevo la pendiente, un animal idéntico corrió por la orilla a gran velocidad, con los tentáculos a lo largo del cuerpo. Apenas entrevisto, se lanzó a las aguas.

Antes de regresar al coche, verificamos una última observación. Fue entonces

cuando por primera vez desde nuestra llegada a este mundo divisamos una nube. Era de un tono verdoso y flotaba muy alta. Días después conoceríamos su terrible significado.

Encontramos el coche con los faros encendidos.

—Y no obstante —dije—, estoy absolutamente seguro de haberlos apagado. Alguien ha debido venir a curiosear el coche.

Sin embargo, a su alrededor, en el polvo de la carretera, no había más huellas que las nuestras. Apagué los faros, lanzando una exclamación: la manecilla estaba bañada de una substancia viscosa y fría, como la baba de los caracoles.

Volvimos hasta un ramal que se dirigía hasta el Norte y, muy pronto, fuimos detenidos por las montañas desmoronadas.

—Lo más práctico —dijo Luis— será regresar al pueblo y tomar el camino de la carretera. Aquí estamos muy cerca de la zona muerta.

Encontramos a mi tío sentado en un sillón, con el pie vendado, charlando con el cura y el maestro. Les anunciamos que no debían aguardarnos hasta el día siguiente y nos largamos hacia el Norte. La carretera subía primero un pequeño desnivel y luego descendía hacia un valle paralelo. Hallamos algunas granjas que no habían sufrido demasiado; los campesinos cuidaban de sus animales y sus labores, como si nada hubiese ocurrido. Algunos kilómetros más lejos nos vimos obligados de nuevo a detenernos. Pero aquí la zona destruida era más estrecha y en su mitad se levantaba intacto un montículo. Subimos a él, y pudimos darnos cuenta del aspecto general de aquellos lugares. Allí, también, un aguazal bordeaba la «tierra». Estaba llegando la noche roja y nos acostamos en una finca, agotados por nuestras escaladas. Después de seis horas de sueño marchamos hacia el Oeste. En esta ocasión no fue una marisma que nos detuvo, sino un mar desolado.

Fuimos después hacia el Sur. La «tierra» alcanzaba unos doce kilómetros antes de la zona muerta. Por un milagro, la carretera se conservaba casi intacta en medio de la destrucción, lo que facilitó enormemente nuestra exploración. Con todo, nos vimos obligados a rodar a poca velocidad porque de vez en cuando los peñascos obstruían nuestro camino. De súbito, después de una curva, desembocamos en un rincón resguardado. Estaba rodeado de bosques y pastos, en un valle menor, en el que se había formado un lago, a causa de los desprendimientos que habían detenido el torrente. A media subida se alzaba un pequeño castillo. Una avenida de árboles conducía a la entrada. Penetré con el coche, aunque observé un cartel: «Entrada prohibida, propiedad privada».

—Creo —dijo Miguel— que dadas las circunstancias...

Apenas llegados ante el castillo, en la entrada comparecieron un joven y dos muchachas. Los rasgos del primero expresaban una sorpresa encolerizada. Era bastante alto y bien parecido, moreno y robusto. Una de las jóvenes, de aspecto agradable, era evidentemente su hermana. La otra, de más edad, presentaba un cabello excesivamente rubio para ser natural. El joven bajó con rapidez las escaleras.



—¿No sabéis leer?

—Pensé —comenzó Vandal— que en estas circunstancias...

—¡Aquí no hay circunstancias que valgan! Esto es una propiedad privada y no quiero ver a nadie que no haya sido invitado.

En aquellos tiempos yo era joven, vivaz y no muy cortés.

—Vamos a ver, joven fiero; nosotros veníamos a ver si por azar este glorioso castillo, que no es probablemente de tus antepasados, no se habría desplomado sobre esto que te sirve de cabeza. ¿Te parece bien recibirnos de esta forma?

—¡Salid de mi casa! —vociferó— o mando que os echen a ti y a tu comparsa.

Iba a saltar a tierra, cuando Vandal intervino:

—Es inútil que disputemos. Nos vamos de todos modos. Pero permite que te advirtamos que nos encontramos en otro planeta y que vuestro dinero corre el peligro de quedar sin curso legal.

—¿Qué ocurre?

Un hombre en la plenitud de la edad, de notable envergadura, acababa de aparecer, seguido de una docena de individuos de aspecto poco tranquilizador.

—Ocurre, padre, que esta gente ha entrado sin permiso de nadie y que...

—¡Cállate, Carlos!

Se dirigió a Vandal:

—Usted hablaba de otro mundo, ¿qué hay de todo esto?

Vandal le informó.

—¿Así, no estamos ya en la Tierra? Esto es muy interesante. ¿En un país virgen?

—De momento, a este respecto, no hemos visto más que una marisma que cierra por las dos direcciones y un mar por otra. Nos falta por explorar el último lado, el de ustedes, siempre y cuando su hijo nos lo autorice.

—Carlos es joven e ignoraba estos acontecimientos. No habíamos comprendido absolutamente nada. Primeramente creí que se trataba de un temblor de tierra. Pero cuando vi los dos soles y las tres lunas... En fin, muchas gracias de habernos explicado la situación. Tomarán algo con nosotros...

—Gracias, pero no tenemos tiempo.

—¡Claro que sí! Ida, manda preparar...

—Sinceramente, no tenemos tiempo —dije—. Es menester que lleguemos hasta el límite y estemos en el pueblo por la noche.

—En este caso, no insisto más. Vendré mañana, para conocer el resultado de sus exploraciones.

Nos marchamos.

—No son excesivamente simpáticos esta gente —dijo Miguel.

—¡Vaya tipos! —dijo Luis—. ¿No sabéis quiénes son? Los Honneger, suizos, o así lo afirman, millonarios, que se han forrado con el tráfico de armas. El hijo es peor que el padre. Está persuadido de que todas las chicas van a caer en sus brazos a causa de su dinero. ¡No hay suerte! En lugar del alcalde, hubieran podido quedar ellos bajo

las ruinas.

—¿Y la rubia?

—Es Magda Ducher —dijo Miguel—. Una actriz de cine, más célebre por sus aventuras escandalosas que por su trabajo artístico. Su foto andaba por todos los periódicos.

—¿Y la docena de individuos patibularios?

—Probablemente guardaespaldas para su sucio negocio —dijo Luis.

—Temo que esta gente nos darán que hacer —manifestó pensativo Vandal.

Nos adentramos en otra zona muerta que nos llevó cuatro horas de marcha para atravesarla, pero en esta ocasión tuvimos el placer de verla terminar en tierra firme. Yo estaba emocionado. De pie sobre un bloque calcáreo, medio enterrado en una vegetación desconocida, dudé un momento antes de hollar el suelo de otro mundo. Luis y Miguel, menos impresionables, me habían aventajado. Recogimos algunas muestras de plantas. Eran unas hierbas verdosas, duras y cortantes, sin inflorescencias, arbustos de tallo muy tieso, de corteza gris metálica. Pudimos examinar también un representante de la fauna. Fue Luis quien lo descubrió. Tenía una forma de serpiente aplastada, de unos tres metros de largo, ciego e invertebrado. La «cabeza» armada de dos grandes mandíbulas aceradas y tubulares, análogas a una larva de dítico, como nos dijo Vandal. No tenía ninguna semejanza con la fauna terrestre. Parecía desecado. Observé con interés que su tegumento tenía una abertura desmenuzada, alrededor de la cual había solidificado una baba brillante. Vandal hubiera querido llevarse este ejemplar. Pero examinándolo más de cerca, vimos, y sobre todo percibimos, que solamente el tegumento era seco y que el interior estaba en plena descomposición. Nos contentamos con fotografiarle. Como los altos hierbajos podían ocultar otros especímenes, éstos vivos y peligrosos, nos batimos en retirada, volviendo a la carretera del pueblo.

El llano se perdía a lo lejos, y en el cielo flotaba una nube verde.

## II SOLEDAZ

Antes de pretender explorar el planeta se requería un establecimiento sólido sobre el rincón de tierra que nos había seguido y había que organizar allí una sociedad. Una buena noticia nos aguardaba en el pueblo: el pozo tenía agua de nuevo, que se reveló perfectamente potable, apenas un poco salobre, en el análisis que practicó Vandal. El censo estaba en marcha. Había sido fácil para los hombres, más difícil para el ganado, y andaba muy mal con referencia a las reservas materiales. Pues, como dijo mi tío: me conocen todos, pero yo no soy nadie, ni alcalde ni tan sólo concejal del Ayuntamiento.

Del recuento se desprendía que la población de la villa ascendía a 943 hombres, 1007 mujeres y 897 niños menores de dieciséis años; un total de 2847 almas. El ganado parecía abundante, en especial el bovino.

Luis dijo entonces:

—Es necesario, mañana por la mañana, tener una reunión general.

Mandó llamar al pregonero y le pasó un pedazo de papel con un texto en lápiz. He aquí exactamente su contenido. Tengo todavía en mi poder este papel, frágil y amarillento:

Ciudadanas y ciudadanos: mañana por la mañana, y en la plaza del pozo, asamblea general, El señor Bournat, astrónomo, os explicará la catástrofe. Luis Maurière y sus compañeros os comunicarán el resultado de sus exploraciones. La reunión tendrá lugar dos horas después de la salida del sol azul. Habrá que tomar decisiones para el futuro. Asistencia indispensable.

Tengo un claro recuerdo de esta asamblea. Primeramente, Luis tomó la palabra:

«Antes que el señor Bournat os explique, dentro de lo posible, lo ocurrido, voy a decir algunas cosas. Os habéis dado cuenta de que no estamos en la Tierra. Concluido el salvamento de los heridos, vamos a enfrentarnos con difíciles tareas. Antes que nada, hemos de organizarnos. Ninguna comunidad humana puede subsistir sin leyes. Una parte de la tierra nos ha seguido: mide aproximadamente 30 kilómetros de largo por 17 de ancho, y tiene, a grandes rasgos, una forma romboidal con una superficie total de unos 300 kilómetros cuadrados. Pero no hay que hacerse ilusiones: sólo una cuarta parte será apta para el cultivo; el resto, no son más que montañas cabeza abajo. Yo creo que esta superficie será suficiente para alimentarnos, aun cuando nuestra población aumente con relación al censo actual. El verdadero problema no es el de las tierras, de las que habrá más que suficientes para que todo el mundo pueda poseer miles de hectáreas, ya que un planeta entero nos aguarda. El problema real es el de la mano de obra. A partir de este momento, todo el mundo es indispensable, y todo el mundo debe trabajar. Tenemos la suerte insospechada de tener entre nosotros a sabios y técnicos. Pero todos debemos considerarnos como

pioneros y adoptar esta mentalidad. Aquel que en lugar de ayudar a su vecino le perjudique, es un criminal, y así debe ser considerado. ¡Lo queramos o no, ésta es, para el futuro, nuestra ley, y debemos respetarla o perecer! Ahora mismo, con la ayuda de voluntarios, voy a organizar un comité de inscripción por profesiones. Los que están aquí nos informarán acerca de los ausentes. Pasado mañana se reunirá la asamblea que va a elegir los diputados mandatarios para la constitución de nuestro gobierno, continuando la jurisdicción del consejo municipal sobre los asuntos ordinarios. Y ahora cedo la palabra al señor Bournat».

Mi tío se levantó, apoyado en su bastón.

«Amigos míos: como sabéis, una catástrofe sin precedentes nos ha arrancado, me temo que para siempre, de nuestra vieja Tierra, y nos ha proyectado en este mundo desconocido. ¿Cuál es este planeta? No sabría decirlo. Habéis podido comprobar que hay dos soles y tres lunas. No os asustéis por ellos. El señor cura y el señor maestro, que han venido a verme a menudo en el observatorio, os dirán que esto es frecuente en el cielo. Por un azar providencial —aquí el párroco meneó la cabeza con aire de aprobación— hemos caído sobre un planeta que posee un aire respirable para nosotros, que en verdad apenas difiere del de la Tierra. Según mis primeros cálculos, este planeta debe ser ligeramente mayor que la Tierra. Luis Maurière, hace un momento, ha precisado un esquema excelente de la próxima tarea a realizar. Tan pronto como sepa alguna novedad de este mundo, que ahora es el nuestro, os la comunicaré.»

La reacción de los oyentes fue, en general, buena. Los campesinos habían, evidentemente, aceptado el cataclismo. Rutinarios y apegados a la tierra, la mayoría de ellos habían conservado todas sus familias. Entre la gente del pueblo la incredulidad fue mayor:

—¡Caramba con la historia del viejo y su nuevo mundo! No lo esperamos hasta después de muertos.

—Pero, ¿y los dos soles?

—Es muy pequeño el mundo. ¡Y después, hay que ver las cosas que pasan con su ciencia! Si queréis saber mi opinión, se trata de un nuevo experimento dentro del género de la bomba atómica.

Los dramas familiares fueron también muy frecuentes. Un muchacho estaba aterrado ante la idea de que nunca más volvería a ver a su novia, que estaba de viaje, en casa de una prima. Quería a toda costa ponerle un telegrama. Otros, tenían familiares soterrados bajo las montañas o las ruinas de sus casas.

El día siguiente era domingo. Por la mañana fuimos despertados por un carillón. El párroco, ayudado por sus fieles, había recuperado las campanas de entre las ruinas de la iglesia, y ahora las tocaba en pleno aire suspendidas de la rama central de un roble. Cuando llegamos, estaba terminando de celebrar una misa de campaña. Era un hombre excelente este sacerdote, y demostró más tarde que bajo su rechoncha persona ocultaba vastas posibilidades de heroísmo. Me acerqué a él.

—Y bien, Monseñor, le felicito. Sus campanas nos han recordado agradablemente la Tierra.

—¿Monseñor? —preguntó.

—Claro está, sois el señor Obispo, ahora. Más aún: el Santo Padre.

—¡Dios mío!, no había pensado en ello. Es una terrible responsabilidad —dijo palideciendo.

—Estoy seguro de que todo marchará perfectamente.

Le abandoné muy asustado y alcancé a Luis, instalado en la escuela. Estaba asistido por el maestro y su mujer, los dos jóvenes.

—¿Tu registro avanza?

—Más o menos. Lo que unos callan, los demás lo dicen en su lugar. Aquí tengo un recuento provisional:

- 2 maestros
- 2 carreteros
- 3 albañiles
- 1 carpintero
- 1 aprendiz de carpintero
- 1 garajista
- 1 párroco y 1 clérigo
- 1 sacristán
- 3 cafeteros
- 1 panadero
- 2 camareros
- 2 merceros
- 3 tenderos de ultramarinos
- 1 herrero y 2 ayudantes
- 6 picapedreros
- 2 policías
- 5 contra maestres
- 350 obreros
- 5 ingenieros
- 4 astrónomos
- 1 geólogo, tú
- 1 cirujano
- 1 médico
- 1 farmacéutico
- 1 biólogo
- 1 historiador, tu hermano
- 1 antropólogo
- 1 veterinario

1 relojero y especialista en radio  
1 sastre y 2 aprendices  
2 modistas  
1 guarda jurado

Los demás son campesinos. En cuanto al viejo Boru, quiere ser clasificado como «cazador furtivo». ¡Ah!, me olvidaba: el dueño del castillo, su hijo, sus hijas, su amante y al menos doce esbirros. ¡Estos únicamente nos causarán complicaciones!

—¿Y los recursos materiales?

—Once coches en rodaje, sin contar el de tu tío y el 20 HP de Miguel, que consume demasiado; 3 tractores, uno de ellos con cadenas; 18 camiones, de los cuales hay 15 de la fábrica; 10 motos y un centenar de bicicletas. Por desgracia, solamente disponemos de 12 000 litros de bencina y 13 600 de gas-oil. Pocos neumáticos de recambio.

—No te preocupes por la bencina, los haremos marchar con gasógeno.

—¿Y cómo los construirás estos gasógenos?

—En la fábrica.

—No hay electricidad. Tenemos generadores auxiliares a vapor, pero hay poco carbón y no mucha madera.

—Habrà hulla no muy lejos de aquí, en las montañas. Debió «seguir». Difícil de explotar, ciertamente, pero no tenemos dónde escoger.

—Encuétrala. Es tu oficio. En cuanto a víveres, estamos abastecidos, pero será necesario cuidar de ello hasta la cosecha próxima. Probablemente serán precisas las cartillas de racionamiento. ¡Me pregunto cómo les haremos aceptar esto!

Las primeras elecciones en Telus tuvieron lugar al día siguiente. Se realizaron sin programa definido: los electores fueron completamente advertidos de que iban a elegir un comité de Salud Pública. Debía componerse de nueve miembros, elegidos por mayoría relativa, votando cada elector en favor de una lista de nueve nombres. El resultado fue una sorpresa. El primer electo con 987 votos sobre un total de 1302 votantes, fue el primer alcalde adjunto, Alfredo Charnier, un rico campesino. El segundo fue el maestro, su primo lejano, con 900 votos; el tercero el señor cura, con 890 votos. Después venían Luis Maurière, con 802 votos; María Presle, campesina ilustrada, ex consejera municipal, con 801 votos; mi tío, 798 votos; Estranges, 780 votos, y, ante nuestra sorpresa, Miguel, con 706 votos —¡era muy popular entre el elemento femenino!—, y yo, con 700 votos. Supe después que Luis había hecho campaña en mi favor, alegando que yo sabría encontrar el hierro y carbón necesarios. ¡El dueño del Café Principal, con gran despecho suyo, sólo obtuvo 346!

Lo que más nos sorprendió fue la insignificante proporción de campesinos elegidos. Quizá, en aquellas extrañas circunstancias, los electores se fijaron en los que por sus conocimientos serían más capaces de sacar partido de todo; puede ser también que desconfiasen los unos de los otros, y optaran por elegir a hombres ajenos

a las querellas del pueblo.

Como se imponía, ofrecimos la presidencia a Charnier. Este rehusó, y, finalmente, se designó por turno al maestro y al párroco. Por la noche, Luis, que compartía una habitación con Miguel y conmigo, nos dijo:

—Es necesario formar bloque. Vuestro tío vendrá con nosotros. Creo que podemos contar con el maestro. Seremos cinco, es decir, la mayoría. Será menester imponer nuestros puntos de vista, lo que no siempre será fácil. Tendremos el apoyo de los obreros, quizá el de los ingenieros, y aún el de una parte de la gente del pueblo. No hablo de esta forma por ambición personal, pero creo sinceramente que somos los únicos que claramente sabemos lo que hace falta para dirigir este fragmento de tierra.

—En realidad —dijo Miguel—, tú nos propones una dictadura.

—¿Una dictadura? No, pero sí un gobierno fuerte.

—No veo muy clara la diferencia —dije yo—, pero creo, en efecto, que es necesario. Tendremos oposición...

—El señor cura... —aventuró Miguel.

—No es seguro —cortó Luis—. Es inteligente, y como nosotros no vamos, en modo alguno, a meternos con la cuestión religiosa, podemos tenerle incluso con nosotros. ¿Los campesinos? Tendrán tanta tierra como puedan cultivar. No hay nada en el colectivismo moderado que estoy proyectando, exclusivamente para la industria, que pueda inquietarles. No, las dificultades van a provenir del espíritu de rutina. Al menos en un futuro próximo. Más tarde, dentro de algunas generaciones, el problema podrá ser otro. Hoy se trata de subsistir. Y si comenzamos a pelearnos o a permitir que reine el desorden...

—Conforme, estoy de acuerdo.

—Yo también —dijo Miguel—. ¡Si me hubieran dicho que formaría parte de un Directorio!

La primera reunión del Consejo se dedicó a la distribución de «carteras».

—Comencemos por la de Educación Nacional —dijo Miguel—. Propongo que el señor Bournat sea nuestro ministro. No podemos, a ningún precio, dejar que nuestra herencia se pierda. Cada uno de nosotros, «los científicos», deberá escoger entre los alumnos de la escuela aquellos que nos parezcan más aptos. Les enseñamos, primero, el aspecto práctico de nuestras ciencias respectivas. La teoría se enseñará a los más capaces, si los hay. Será menester, también, escribir los libros necesarios para completar la biblioteca del observatorio, que es, afortunadamente, vasta y ecléctica, y la de la escuela.

—Muy bien —dijo Luis—. Propugno para la Industria al señor Estranges; el señor Charnier, Agricultura; tú, Juan, te haces cargo de las Minas, puesto de mucha importancia. El señor cura tendrá la administración de Justicia y de Paz, y el señor maestro las Finanzas, ya que el estudio de la economía política era su pasatiempo. Sería necesario establecer una moneda o cualquier medio de cambio.

—¿Y yo? —preguntó Miguel.



—Tú puedes dirigir la policía.

—¿Yo, «poli»?

—Sí, un lugar difícil: el censo y empadronamiento, requerimientos, Orden Público, etc. Tú eres popular, esto, te ayudará.

—¡No voy a durar mucho tiempo! Y tú, ¿de qué te haces cargo?

—Un momento. María Presle se ocupará de la Sanidad Pública, asistida por el doctor Massacre y el doctor Julio. Para mí, si os parece bien, el Ejército.

—¿El Ejército?, ¿y por qué no la Flota?

—¿Quién sabe lo que este planeta nos reserva? ¡Y me sorprendería mucho si nuestro habitante del castillo no hace muy pronto alguna de las tuyas!

Luis no creía ser tan exacto. Al día siguiente, numerosos ejemplares de un cartel «impreso» apareció por nuestras calles. Su texto era:

---

Ciudadanos y campesinos: un pretendido comité de Salud Pública ha empuñado el poder bajo una apariencia de democracia. ¿Quiénes componen este Consejo? ¡Cinco extranjeros sobre nueve miembros! Un obrero, tres intelectuales, un ingeniero y un maestro. Total seis votos contra tres votos campesinos y el del señor cura, arrastrado, a pesar suyo, en esta aventura. ¿Qué puede saber esta Junta de vuestras legítimas aspiraciones? ¿Quién, en cambio, mejor que yo, gran propietario rural, podría compartirlas? ¡Venid conmigo y pondremos en la calle a toda esta pandilla! Podéis encontrarme en el Vallan.

Firmado: JOAQUÍN HONNEGER

---

Luis cantó victoria.

—Os lo había dicho, hay que tomar medidas.

La primera de ellas fue la de requisar todas las armas y distribuir las a una guardia seleccionada entre los elementos de confianza. Se organizó con cincuenta hombres, bajo el mando de Simón Beuvin, teniente de la reserva. Este embrión de ejército era, a pesar de todo, una fuerza apreciable.

Por aquel tiempo, tuvimos la confirmación de nuestra soledad. Los ingenieros, ayudados por Miguel y mi tío, lograron montar un aparato emisor de bastante potencia, Radio Telus. Habíamos designado a nuestro nuevo mundo Telus, en recuerdo de la Tierra, de la cual era el nombre latino. La luna mayor fue Febo, la segunda Selenio y la tercera Artemis. El sol azul fue Helios, y el rojo, Sol; bajo estos nombres, vosotros los conocéis.

Con emoción, Simón Beuvin lanzó las ondas al espacio. Quince días seguidos repetimos la experiencia en una gama muy variada de longitudes de onda. No llegó ninguna respuesta. Dado que escaseaba el carbón, fuimos espaciando nuestras llamadas hasta una sola por semana. Hubo que resignarse: alrededor nuestro no había más que soledad. Quizá algunos pequeños grupos sin radio.

### III

## LAS HIDRAS

Aparte de otros pasquines del mismo estilo, rápidamente destruidos, Honneger no volvió a manifestarse. No pudimos apresar con las manos en la masa a los que pegaban los carteles, pero el dueño del castillo debía muy pronto recordarnos su existencia de una manera trágica. ¿Os acordáis de Rosa Ferrier, la muchacha que salvamos el primer día de las ruinas de su casa? Aunque muy joven —tenía entonces dieciséis años—, era la más bonita del pueblo. El maestro nos había advertido que antes del cataclismo Carlos Honneger le hacía la corte a menudo. Una noche roja fuimos despertados por unos disparos. Miguel y yo saltamos de la cama, precedidos, a pesar de todo, por Luis. Al salir de la casa nos topamos con gentes excitadas, corriendo en la púrpura seminoturna. Pistola en mano, marchamos a toda prisa en la dirección de los disparos. El piquete de guardia ya estaba allí, y pudimos oír a los fusiles de caza, mezclados al chasquido del «Winchester» del viejo Boru, enrolado en la guardia como sargento. Se produjo un resplandor, que fue en aumento: una casa estaba ardiendo. La batalla parecía confusa. Cuando llegamos a la plaza del pozo, las balas silbaban a nuestro alrededor, seguidas por el tecleo de una arma automática: los asaltantes tenían ametralladoras. Trepano, nos juntamos a Boru.

—Pesqué a uno —nos dijo, satisfecho—. Al vuelo. Como en otro tiempo a las gamuzas.

—¿A quién? —inquirió Miguel.

—No lo sé. Uno de estos puercos que nos atacan.

Sonaron todavía algunos disparos, seguidos por un grito de mujer:

—¡A mí!, ¡socorro!

—Rosa Ferrier —dijo Luis—. ¡Este canalla de Honneger se la lleva!

Una ráfaga de fusil ametrallador nos obligó a esconder la cabeza. Los gritos decrecieron en la lejanía. Un coche se puso en marcha.

—Aguarda un poco, cochino —gritó Miguel.

Una mofa le respondió. Cerca del incendio vimos algunos muertos y a un herido que se arrastraba. Ante nuestra estupefacción, reconocimos al sastre. Había sido alcanzado en los muslos, y encontramos en su bolsillo un cargador de ametralladora. Se llevó a cabo un rápido interrogatorio. Pensando salvar la piel, descubrió los planes de Honneger, o al menos, lo que él sabía. Al amparo de las armas automáticas y apoyado por una banda de unos cincuenta gángsters, tenía la intención de apoderarse del pueblo y dictar su ley a este mundo. Afortunadamente para nosotros, su hijo, que de hacía tiempo deseaba a Rosa, no había tenido la paciencia de aguardar y había venido a raptarla con un cortejo de doce bandidos. El sastre era su espía, y debía marchar con ellos. Ayudado por el dueño del Bar Principal, Julio Maudru, pegaba los carteles.

Fue colgado aquella misma noche, al igual que su cómplice, en la rama de un roble. Este asunto nos costó tres muertos y seis heridos. Tres muchachas, Rosa, Miguelina Audry y Paquita Presle, sobrina de María, habían desaparecido. En compensación, este ataque alineó detrás nuestro a todo el pueblo y a los campesinos. Los bandidos tuvieron dos muertos, además de los cómplices ajusticiados. En el lugar de la agresión recuperamos dos ametralladoras, una pistola y una buena cantidad de munición. Antes del alba azul, el Consejo, por unanimidad, decretó la proscripción fuera de la ley de Carlos y Joaquín Honneger, sus cómplices, y la movilización de un pequeño ejército. Pero graves acontecimientos iban a retrasar el ataque al castillo.

Por la mañana, mientras el ejército se reunía, apareció, enloquecido, un hombre en moto. Tres días antes, el mismo campesino que habitaba con su mujer y sus dos hijos en una granja aislada, a unos cincuenta kilómetros del pueblo, nos había comunicado que una de sus vacas había muerto en circunstancias extrañas. Por la mañana estaba perfectamente y por la noche apareció muerta sobre el pastizal, vacía de sangre y casi de carne. Sobre su piel se apreciaban unos agujeros diseminados.

El hombre descendió de la moto con tanta precipitación que rodó por el polvo. Estaba lívido.

—¡Animales que matan! ¡Son pulpos volantes y matan de un golpe!

Después de haberle reconfortado con un vaso de aguardiente, pudimos obtener datos más precisos.

—Esta mañana, al alba, hice salir las vacas. Quería limpiar el establo. Mi hijo Pedro las llevó a pacer. ¡Diantre!, yo había visto perfectamente una nube verde, muy alta, pero no le di importancia. Señor mío, en un mundo que tiene dos soles y tres lunas, bien pueden ser verdes las nubes, pensé. ¡Pero sí! ¡Qué asco! Pedro volvía, cuando de repente el nubarrón verde cayó sobre; nosotros. ¡Cayó!, y vi como un centenar de pulpos verdes, con tentáculos que se agitaban. Se echaron sobre las vacas, y los pobres animales rodaron por los suelos, muertas. Yo grité en seguida a Pedro para que se escondiera. ¡Pero el desgraciado no tuvo tiempo! Uno de los pulpos nadó por el aire, y a tres metros de distancia lanzó una especie de lengua que alcanzó a mi hijo por la espalda y le mató. Entonces encerré con llave a mi mujer y al pequeño, les mandé no moverse y cogí la moto. Aquellos asquerosos me han perseguido, pero he podido escapar. ¡Por piedad, venid conmigo! ¡Tengo miedo de que puedan entrar en casa!

Por la descripción del agricultor reconocimos al instante al animal de la marisma. Lo que nos sorprendió fue que volase. De todas formas, era un peligro terrible. Con Miguel montamos un vehículo, llevándonos las dos ametralladoras, y Vandal se instaló de vigía en el asiento trasero. Beuvin formó un destacamento de la guardia con un camión cubierto, y partimos.

Dos kilómetros más allá, encontramos la primera hidra. Es el nombre con que las designó Miguel y que ha permanecido. Estaba sobrevolando una oveja. Un tiro de fusil la abatió. A pesar de las súplicas del labrador, que no quería detenerse,

mandamos parar la caravana.

—Es necesario conocer a los enemigos antes de combatir —le explicó Vandal.

El animal alcanzaba los cuatro metros de longitud y tenía la forma de una bota al revés, con una cola potente y aplastada. En la parte anterior, seis brazos cóncavos llevaban en su extremo una abertura coronada de dientes afilados, que segregaban una baba viscosa. Tenía seis ojos en la base de los tentáculos, y en el centro una protuberancia cónica dotada de un largo filamento, rematada por un tubo en forma de cuerno, seccionado oblicuamente, como una aguja de inyección.

—Una cápsula de veneno —dijo Vandal—. Aconsejo combatir desde dentro del camión, cuyo toldo de gruesa tela seguramente nos protegerá. Es realmente el animal del otro día, pero mayor y aéreo. ¿Cómo son capaces de volar?

En la parte superior del cuerpo, la hidra poseía dos grandes sacos deshinchados, perforados por el plomo. Detrás de la corona de tentáculos, el grueso de la carga había producido un desgarramiento considerable en la carne verdosa.

Partimos de nuevo. Bajé un poco el cristal de mi lado, con el fin de dar paso al cañón de la ametralladora. Miguel conducía. Vandal había tomado la otra arma y vigilaba el lado izquierdo. El camión nos seguía. Tras una vuelta de la carretera descubrimos otra hidra. Flotaba en el aire, inmóvil, los tentáculos caídos y ondulando ligeramente. A causa de la sorpresa, mi primera ráfaga fue mal dirigida; la hidra, con un violento coletazo, se escapó en zigzag, tomando altura a gran velocidad: ¡al menos a sesenta por hora! No pudimos alcanzarla. A seiscientos metros de allí estaba la casa. Una espiral de humo salía apaciblemente de la chimenea.

La sobrepasamos, tomando un camino de arena. Sus profundos carriles nos hicieron resbalar. Detrás de los cristales de una ventana entrevimos el rostro asustado de la granjera y el de su hijo menor, un muchacho de once o doce años. Siguiendo campo a través llegamos a los pastos. Más de sesenta hidras atareadas entre los cadáveres de las vacas. Cada una de ellas hincaba uno o dos tentáculos en su carne.

—Había más, hace un momento —gritó el campesino—. ¡Cuidado!

Hasta la primera carga, las hidras ni tan sólo se ocuparon de nosotros. Algunas, de puro hartas, abandonaban los cadáveres para ir a beber; al menos así fue como interpretamos su comportamiento. Volaban hacia una balsa y hundían en el agua un tentáculo, mayor que los demás, a modo de trompa. Después de un instante, parecían hincharse, y su vuelo era ostensiblemente más ligero.

Cada uno escogió su objetivo. Yo visé, cuidadosamente, el grupo más próximo, compuesto por seis de aquellos animales «enfrascados» con la misma vaca.

—¡Fuego! —gritó Beuvin.

Se produjo una salva, con sonoridad de seda desgarrada. Las cápsulas vacías de mi ametralladora crepitaban contra el parabrisas. Una de ellas, enrojecida, se metió por el cuello abierto de la camisa de Miguel, quien se exclamó. Entre las hidras, cundió el pánico. Un buen número de ellas, tocadas de muerte, cayeron al suelo, deshinchadas. Mis ráfagas dieron en el blanco. Vandal, más afortunado aún, o más

certero, mató a dos de ellas con un solo cargador. Las cargas de las escopetas las despedazaron.

Las que quedaron salvas, tomaron altura a una velocidad que nos admiró. Segundos después, solamente se divisaba en lo alto una mancha verde. Con las armas cargadas de nuevo, bajé a tierra con Miguel y Vadal. Los demás permanecieron en el camión, atentos a cubrirnos con su fuego. La piel de las vacas muertas aparecía perforada por múltiples aberturas casi circulares, producidas evidentemente por los dientes punzantes situados al extremo de los tentáculos. La carne se había transformado en una especie de barro negruzco.

—Digestión externa —explicó Vandal—, como en la larva de dítico. La hidra mata con su mecanismo venenoso, y luego inyecta en el cuerpo de su víctima, a través de los tentáculos, los jugos digestivos que transforman esta carne en un hervido nutritivo, después de lo cual lo sorbe.

Deseoso de examinar al monstruo de más cerca, Vandal, en cuclillas, se aproximó. Al rozar con la mano la carne verde, lanzó un grito de dolor:

—¡Cuidado! No lo toquéis. Esto quema. Su mano izquierda se cubrió de pústulas blanquinosas.

—¡Como un celentéreo! Ya sabéis el poder urticante de las medusas. Es el mismo resultado, quizá con idéntico procedimiento. Si se toca, escuece. Su mano se hinchó rápidamente, con dolor sensible, pero el efecto no duró más que dos días.

Mientras tanto, la nube verde de las hidras permanecía inmóvil. Estábamos por allí, inquietos temiendo marcharnos, por si atacaban de nuevo, y también por si mientras Honneger no intentaba un golpe de fuerza sobre el pueblo.

Las propias hidras debían sacarnos de nuestra indecisión.

—¡En retirada! —gritó de pronto Miguel, que las observaba. Saltamos hacia el coche. Vandal penetró en él, después Miguel y finalmente yo mismo. Estaba cerrando la portezuela, cuando una hidra se precipitó sobre el coche, aplastándose contra el techo, que afortunadamente resistió el embate. Las demás, en una ronda infernal, rodeaban a toda marcha el camión, en un fantástico carrusel.

Apresuradamente, levanté el cristal, observando el espectáculo, dispuesto a intervenir. Se produjo un nutrido escopetazo. Ciertamente, los de la guardia no economizaban la pólvora. Las hidras heridas caían al suelo, mientras las demás continuaban el enloquecedor tiiovivo. De repente, como obedeciendo a una señal, pasaron con el dardo tendido al ataque. Del camión salió un grito: una hidra debía haber pasado su aparato venenoso por una hendidura del toldo, picando a un hombre. El camión se puso en marcha. Abrimos fuego. En poco tiempo realizamos un buen trabajo. Era difícil, pegadas como iban al camión, alcanzarlas sin herir a nuestros camaradas, pero como ninguna de ellas se ocupaba de nosotros, les dábamos como en un ejercicio de tiro. Demolimos a más de treinta, que sumadas a las víctimas del primer asalto aumentaba el total de sus pérdidas alrededor de las setenta. Esta vez aceptaron la lección y se elevaron definitivamente.

Una de ellas, muerta pero no deshinchada, derivaba en el aire a unos dos metros. Hábilmente, uno de nuestros hombres la cazó con un lazo y la llevamos al pueblo, remolcada como un globo cautivo. Nos llevamos también al granjero, su mujer, su hijo menor y el cadáver medio digerido del mayor. Las doce vacas muertas quedaron allí, como también las hidras, excepto una de ellas, que Vandal mandó cargar con cuerdas para su disección. Contrariamente a nuestros temores nadie había sido picado, y el grito que había oído fue debido al miedo. Pero, en resumen, ahora conocíamos ya la gravedad de la amenaza que la fauna salvaje de Telus representaba para nosotros.

Regresamos al pueblo en plan de triunfadores. Los guardias cantaban. Obreros, en su mayoría, cantaban estribillos revolucionarios. Miguel y yo atronábamos el aire con las trompetas de Aída, de la manera más cursi posible. Pero las noticias que Luis nos comunicó, enfriaron un poco nuestro entusiasmo.

## IV VIOLENCIAS

Un reconocimiento efectuado por doce guardias en el sector del castillo fue acogido por una ráfaga de ametralladora de 20 mm. Una prueba de ello fue un proyectil sin estallar.

—He aquí los hechos —dijo Luis—. Estos canallas tienen un armamento bastante más poderoso que el nuestro. Contra esto —mostró el proyectil— nuestras escopetas para conejos o una cerbatana... En serio sólo tenemos un arma: el Winchester del viejo Boru.

—Y las dos ametralladoras —dije yo.

—¡Perfecto para el combate a treinta metros! ¿Y qué nos queda como munición apropiada? Por otra parte no podemos dejarles el campo libre. Por cierto, Miguel, tu hermana no está segura en el observatorio.

—¡Si estos canallas se atreven...!

—Se atreverán, muchacho. Disponemos de cincuenta hombres, sin buen armamento y poca munición. Ellos son más de sesenta bien armados. ¡Y estas carroñas de pulpos verdes, por en medio! ¡Si Constantino estuviera aquí!

—¿Quién es?

—Constantino, el ingeniero encargado de las espoletas. ¡Ah, claro! No estás al corriente. Entre otras cosas, la fábrica tenía que construir espoletas de explosivos para aviones. Tenemos un lote completo, pero solamente los cuerpos metálicos, no las cargas. Claro está que debe haber en el laboratorio de química lo necesario para cargarlas, pero nos falta el personal capaz de realizarlo.

Le cogí de las manos, dándole volteretas.

—¡Luis, muchacho, estamos salvados! ¿Sabías que mi tío es comandante de la reserva de artillería?

—Bien, pero no tenemos cañones.

—¡Efectuó su último período en antiaéreos! Estará al corriente de la cuestión. Todo marchará, si realmente encontramos los productos químicos necesarios. El y Beuvin se encargarán de esto. En caso necesario, podrán funcionar, para lo que nosotros queremos, con pólvora negra.

—Pero todo esto nos llevará diez o quince días, y mientras tanto...

—Sí, mientras tanto hay que tenerlos ocupados. Aguarda.

Corrí al hospital, donde estaba mi hermano convaleciente, acompañado de Breffort.

—Dime, Pablo. ¿Podrías reconstruir una catapulta romana?

—Sí, es fácil. ¿Por qué?

—Para atacar el castillo. ¿Qué distancia podemos alcanzar?

—Esto depende del peso que se desee lanzar. De treinta a cien metros con



facilidad.

—Bien, traza los planos.

Volví con Luis y Miguel y les expuse mi plan.

—No está mal —observó Luis—, pero cien metros son cien metros y una ametralladora de 20 milímetros alcanza más lejos.

—Cerca del castillo hay una concavidad a la que se llega por un desfiladero, si no recuerdo mal. Se trata de instalar la catapulta en este hueco.

—Es decir —dijo Miguel—, tú quieres largarles cargas de explosivos y chatarra. ¿De dónde sacarás el explosivo?

—Tenemos trescientos kilos de dinamita en la cantera. Se renovó la provisión, antes de ocurrir el cataclismo.

—Así no tomaremos el castillo —dijo Miguel, moviendo la cabeza.

—Pero no se trata de esto, sino de ganar tiempo, de hacerles creer que desperdiciamos munición en fútiles ataques. Para entonces las granadas estarán listas.

Explicué a Miguel lo que Luis me había contado.

Por orden del Consejo, Beuvin mandó unas patrullas a sondear las defensas del enemigo. Igualmente, llegado el caso, estas patrullas debían señalar la presencia de las hidras. Fueron equipadas con un pequeño emisor de radio, fruto de los ocios de Estranges. Después, iniciamos la construcción de la catapulta. Se sacrificó a un fresno joven, que fue transformado en resorte. Se llevó a término la arboladura y se ensayó el aparato con bloques de roca. Su alcance se reveló satisfactorio.

Nuestro pequeño ejército, bajo el mando de Beuvin, se encaminó hacia el castillo, con tres camiones y tres tractores remolcando la catapulta. Durante ocho días no hubo más que escaramuzas. En la fábrica se trabajaba febrilmente. Al noveno día, me fui al frente, con Miguel.

—Y bien —preguntó Beuvin—, ¿está listo?

—Las primeras granadas llegarán hoy o quizá mañana —repuse.

—¡Uf! Debo confesarle que no estaba tranquilo. Si llegan a hacer una salida...

Fuimos a los puestos de vigilancia.

—Más allá de esta cresta —nos dijo el viejo Boru, que en su calidad de ex sargento, veterano de la guerra del 1939-45, mandaba los pelotones de vanguardia—, caemos bajo el fuego de las ametralladoras. Que yo sepa hay cuatro: dos de 20 mm y dos más de 7,5 mm. Probablemente tienen también fusiles ametralladores.

—¿Fuera del radio de las catapultas?

—No hemos probado de alcanzarlas. Nos hemos guardado cuidadosamente de revelar las posibilidades de nuestras armas —dijo Beuvin.

—¿Y al otro lado del castillo?

—Han fortificado el lugar con troncos de árboles. Además, la carretera cae bajo su fuego. Imposible llevar allí material pesado.

—Aguardemos.

Trepando, llegamos hasta la cresta. Una ametralladora pesada la vigilaba.

—Podríamos intentar alcanzarla —dijo Miguel.

—Si, pero no atacaremos hasta que hayan llegado las granadas. Imagino que en la próxima alba azul.

En aquel momento llegó un camión del pueblo, con mi tío, Estranges y Breffort. Descargaron varias cajas.

—He aquí las granadas —dijo Estranges.

Estaban formadas por un tubo de fundición, armado de un detonador.

—Y las espoletas —dijo mi tío—. Las hemos ensayado. Alcance: 3 km 500 m. Precisión bastante buena. Su cabeza contiene un kilo de residuos de fundición y la correspondiente trilita. Sigue un camión, con los caballetes de lanzamiento, y más cajas. Hay 50 espoletas de este modelo. Fabricamos otras más potentes.

—¡Nuestra artillería en marcha! —dijo Beuvin.

En aquel momento un hombre bajó por la pendiente.

—Agitan una bandera blanca —dijo.

—¿Se rinden? —pregunté, incrédulo.

—No. Quieren parlamentar.

—Contestad —ordenó Beuvin.

Del bando enemigo se levantó un hombre y avanzó, agitando un pañuelo. Boru le señaló un lugar a media distancia, en la «*no man's land*», y lo escoltó. Era Carlos Honneger, en persona.

—¿Qué queréis? —preguntó Beuvin.

—Hablar con vuestros jefes.

—Aquí hay cuatro.

—Para evitar sangre inútil, os proponemos lo siguiente: vosotros disolvéis el Consejo y entregáis las armas, y nosotros tomamos el poder. Nada os ocurrirá.

—Exacto, queréis reducirnos a la esclavitud —dije yo—. He aquí nuestra contraproposición: Devolvéis las jóvenes que habéis raptado y deposición de armas. Vuestros hombres serán puestos bajo vigilancia, y tú y tu padre, en presidio, para ser juzgados.

—¡No te falta cinismo! Ya vendrás otro día con tus historias.

—Os advierto —dijo entonces Miguel— que si os vencemos y nosotros tenemos muertos, seréis colgados.

—¡Me acordaré!

—En este caso, ya que no queréis entregaros —dije—, propongo poner a cubierto a las muchachas, al igual que tu hermana y la señorita Ducher, bajo aquella armella, por ejemplo.

—¡Ni hablar! Mi hermana no tiene miedo, como tampoco Magdalena. Si las demás se mueren, yo me río. Habrá otras, después de la victoria; tu hermana, por ejemplo...

Se encontró por el suelo, con la cara tumefacta. Miguel había sido más rápido que yo.

Se levantó.

—Habéis pegado a un parlamentario —dijo lívido.

—Tú no eres un parlamentario, sino un cerdo. ¡Venga, en marcha!

Fue conducido «*manu militari*». Apenas había franqueado la carena, cuando llegó el segundo camión. Los caballetes de lanzamiento fueron montados rápidamente.

—Dentro de diez minutos abriremos fuego —dijo Beuvin—. ¡Lástima no tener un observatorio!

—Este montículo —observé, designando, cien metros atrás, un desnivel de unos cincuenta de altitud.

—Está bajo el fuego enemigo.

—Sí, pero desde allí debe verse hasta el castillo. Tengo una vista excepcional. Voy a llevarme este teléfono. El hilo parece lo bastante largo.

—Voy contigo —dijo Miguel.

Partimos, desenrollando el hilo. A media altura, chasquidos de piedras saltando por todas partes, nos indicaron que habíamos sido descubiertos. Nos echamos al suelo y, contorneando el cerro, llegamos a la vertiente abrigada.

Desde arriba, veíamos perfectamente las líneas enemigas. El pequeño fortín de la ametralladora pesada comunicaba detrás por una trinchera y estaba flanqueado de nidos de fusiles ametralladores. De trecho en trecho se observaba a los hombres rebullir dentro de pequeñas aberturas.

—Cuando lo del sastre, debían ser cincuenta o sesenta. Pero ahora, con su sistema de fortificaciones, serán más numerosos —observó Miguel.

A un kilómetro, a vista de pájaro, a media pendiente, se levantaba el castillo. Pequeñas formas negras entraban y salían.

—¡Es una pena que Vandal rompiera sus prismáticos!

—Ahora no tenemos más que telescopios. ¡Son potentes, pero poco manejables!

—Hubiera debido desmontar una pequeña «mirilla».

—Tendrás tiempo de hacerlo. Me extrañaría que nos apoderáramos hoy del castillo.

—¡Atención! ¡Atención! —se oyó por el teléfono—. Dentro de un minuto, abrimos fuego contra el castillo. Observad.

Eché una vista sobre nuestro campo. La mitad de los hombres se desplegaron, justo detrás de la carena. Otros estaban atareados alrededor de las catapultas. Estranges y mi tío ultimaban cuidadosamente las plataformas de lanzamiento. Los camiones habían regresado.

A las 8 h. 30 m, exactamente, seis flechas de fuego salieron de nuestro atrincheramiento. Alcanzaron altura, dejando un rastro de humo, que se perdió. Las espoletas consumieron su carga explosiva. Seis pequeños relámpagos iluminaron el césped del castillo, transformándose en seis pequeñas nubes de humo. Segundos más tarde, unas secas detonaciones llegaron hasta nosotros.

—30 metros, corto —señalé.

Allá arriba, cuatro figuras negras hicieron su aparición en la blanca escalinata.

De nuevo, otras seis cargas se levantaron. Una de ellas estalló en mitad del portal del castillo, y las cuatro personas cayeron. Tres se levantaron, vacilantes, y arrastraron a la otra hacia el interior de la casa. Uno de los explosivos desapareció por una ventana. Los restantes percutieron los muros, sin producir graves daños, en apariencia.

—¡Tanto! —grité.

Una tras otra se esparcieron dieciséis granadas; una dio con el coche de Honneger, a la derecha de la casa, y lo incendió.

—Basta de granadas —telefoneó Beuvin—. Observad las catapultas.

Se levantaron tres cargas. Fallaron, por poco, el fortín.

—Un poco largo —señaló Miguel.

Le empujé al suelo. No pudiendo alcanzar a nuestros hombres, escondidos detrás de la cresta, la ametralladora tiraba sobre nosotros. Durante algunos minutos, no osamos menearnos. Las balas silbaban encima de nuestras cabezas. Obuses de 20 mm hollaban la tierra, algo más abajo.

—¡Afortunadamente, carecen de morteros!

—Habrá que acondicionar este puesto de observación. Descendamos un poco.

La ametralladora y los fusiles ametralladores enmudecieron.

—Tiro de hostigamiento sobre territorio enemigo. Observad.

Los proyectiles cayeron al azar o desaparecieron entre los abetos, sin otro resultado visible que el incendio de un pajar.

Los disparos recomenzaron, pero en esta ocasión apuntaban la cresta. Uno de nuestros hombres, herido, se dejó caer por la pendiente. Había llegado otro camión, llevando cargas de mayor calibre. Massacre descendió.

—¡Atención! Fuego de catapultas.

Esta vez, una carga dio de lleno sobre el fortín enemigo. Hubo gritos de dolor, pero la ametralladora continuó su tiro.

—Superioridad de las armas de tiro curvo sobre las de tiro rasante, para la guerra de trincheras —hizo notar Miguel—. Tarde o temprano destruiremos su guarida, y ellos, en cambio, no pueden alcanzarnos.

—Me pregunto por qué no han ocupado la cresta.

—Demasiado fácil de rodear. ¡Mira qué te decía! Atención a la izquierda —telefoneó—. Seis hombres trepan por allí.

Cuatro guardias acudieron al lugar amenazado. La cima de la cresta, batida por las armas automáticas, era para nosotros insostenible, y el viejo Boru se había replegado con sus hombres.

De las trincheras enemigas surgieron una treintena de hombres. Corrieron y se agacharon.

—¡Ataque de frente!

Por la izquierda crepitaban ya las detonaciones. Beuvin dejó aproximar al

enemigo hasta quince metros, después mandó lanzar las granadas. Los tubos de fundición, rellenos de explosivos, cumplieron bien su misión. Once muertos y heridos quedaron sobre el campo. Antes de que el enemigo se replegara, el Winchester de Boru causó dos bajas. Por la izquierda, cuatro muertos y tres heridos, uno de los cuales fue capturado. Tenía el brazo derecho literalmente destrozado por los cartuchos de caza y murió, mientras Massacre intentaba la obturación con un vendaje.

Durante un cuarto de hora, las catapultas no descansaron. Al doceavo intento, una carga acertó el nido de la ametralladora, reduciéndola a un silencio definitivo. De los cuatro fusiles ametralladores, tres fueron neutralizados, y el último debió encasquillarse, pues cesó de tirar. Nuestros hombres atacaron, y a costa de dos heridos alcanzaron las líneas enemigas, capturando tres prisioneros. Los demás lograron escapar.

Mientras nuestros pelotones de reconocimiento avanzaban con prudencia, regamos el castillo de granadas. Hubo una decena de tiros acertados. Con curiosidad seguí la trayectoria de las seis primeras del modelo superior. Esta vez los muros cedieron y una ala se hundió.

Un rápido interrogatorio de los prisioneros nos informó de la fuerza enemiga. Sus pérdidas eran de 17 muertos y 20 heridos. Quedaban como defensores del castillo unos 50 hombres. Nuestra primera victoria nos aportaba dos fusiles ametralladores, una ametralladora de 20 mm intacta y municiones en abundancia. Nuestro pequeño ejército cesó, en un momento, de ser una broma. Aguardando la vuelta de los exploradores, continuamos el riego del castillo, en el que se declaró un incendio.

Al fin, los exploradores regresaron. La segunda línea enemiga, a 200 m del castillo, estaba compuesta de trincheras, con tres ametralladoras y un cierto número de fusiles ametralladores. El viejo Boru, después de su informe, añadió:

—Me pregunto qué querían hacer con todas estas armas. No podían prever lo que ha ocurrido. Será necesario informar a la policía.

—¡Pero, hombre, ahora la policía somos nosotros!

—¡Toma, es verdad! Esto simplifica las cosas.

Beuvin nos acompañó hasta la colina, estudió minuciosamente el paisaje y pidió a Miguel, excelente dibujante en sus ratos perdidos, un croquis de los alrededores.

—Vosotros permaneceréis aquí, con dos hombres y la artillería. Yo me llevo a los demás, con las catapultas y la ametralladora. Me llevo también tres proyectiles de señalamiento. Cuando los veáis, cesad el fuego. La línea enemiga está situada en esta pequeña altura, bordeando el jardín. ¡Tirad con acierto!

—¿Os lleváis a Massacre?

—No, se queda aquí. Es el único cirujano de este mundo.

—Bien. ¡Pero acuérdense de que usted es ingeniero!

Arrastrando la ametralladora y las catapultas, la tropa partió. Yo ordené a la artillería iniciar el fuego sobre las trincheras. Durante tres cuartos de hora, a la cadencia de dos granadas por minuto —era menester economizar las municiones, no

teníamos más que 210 granadas, ¡y la fábrica había hecho prodigios!—, estuvimos salpicando al enemigo. Desde nuestro observatorio, faltos de prismáticos, no pudimos apreciar los daños con precisión. En general, el tiro era bien agrupado sobre la mitad y las dos extremidades, donde se nos había señalado la presencia de ametralladoras. Estábamos en la salva 33, cuando nuestra ametralladora comenzó a tirar. La granada 45 acababa de explotar justamente en la cima de la colina, cuando vi montar la columna de humo de una granada de señales. —¡Alto el fuego!

Al otro lado del castillo se produjo un tiroteo. Los nuestros atacaban también aquel sector. Noté con alivio la ausencia de armas automáticas. Durante veinte minutos, la batalla se mantuvo al rojo vivo, acentuada por la explosión de las granadas y el rumor sordo de las cargas de catapulta. Al fin se hizo el silencio. Nos observamos, con ansiedad, en muda interrogación sobre el éxito del ataque y cuáles serían nuestras pérdidas.

Saliendo por el bosque, apareció un guardia, esgrimiendo una nota. Bajó la pendiente y llegó hasta nosotros.

—Esto marcha —nos dijo, jadeando.

Nos entregó un mensaje. Febrilmente, Miguel lo desplegó y leyó en voz alta: «Hemos forzado las líneas, 5 muertos y 12 heridos. Fuertes pérdidas enemigas. Unos veinte hombres se han atrincherado en el castillo. Tomad un camión y llevadnos caballetes lanzagranadas y al doctor. Deteneos en la casa del guarda jurado. Tened cuidado, puede haber elementos enemigos emboscados».

Encontramos a Beuvin en la casa del guarda.

—El asunto ha sido breve, pero de interés. Sus granadas dieron un excelente resultado —dijo a mi tío—. Sin ellas... y sin sus catapultas... —añadió, volviéndose a mí.

—¿Quién ha muerto de los nuestros?

—Tres obreros: Salavin, Freux y Roberto. Dos campesinos, cuyo nombre todavía desconozco. Tenemos tres heridos graves en la habitación de al lado.

Massacre fue allí inmediatamente.

—Nueve heridos sin gravedad, entre los cuales estoy yo mismo —mostró su mano izquierda vendada—: una explosión en la base del pulgar.

—¿Y entre ellos?

—Muchos muertos y heridos. Las tres últimas salvas cayeron de lleno sobre sus trincheras. Vengan a verlo.

Realmente había sido un «buen trabajo». La artillería no lo hubiera hecho mejor (o peor). Al levantar la cabeza, una ráfaga de balas nos recordó la prudencia.

—Han conseguido llevarse una ametralladora ligera y un fusil ametrallador. Señor Bournat, enseñe usted a estos dos hombres el manejo de sus caballetes de lanzamiento.

—No es necesario, voy yo mismo.

—¡No voy a consentir que se exponga!

—Hice toda la campaña de Italia en el año 43. Estos no son peores que los «Fritz» de Hitler. En segundo lugar, hay plétora de astrónomos. Y tercero, soy comandante de la reserva, y usted no es más que teniente. Vamos, ¡puede usted retirarse! —terminó, bromeando.

—De acuerdo. Pero sea usted prudente.

Los lanzagranadas fueron dispuestos en batería, a unos 200 m escasos del castillo. La temible residencia estaba muy maltrecha. Toda el ala derecha, incendiada. Puertas y ventanas habían sido protegidas con barricadas. Sobre el césped, un armatoste decrepito y ennegrecido era lo que quedaba del lujoso coche de Honneger.

—¿Qué ha sido de nuestras muchachas? —preguntó Miguel.

—Uno de los prisioneros afirmó que habían sido encerradas en una cava de recias bóvedas, desde el comienzo del combate. La señorita Honneger no parece compartir las ideas de su familia. Según parece ha sido también encerrada por haber intentado advertirnos de lo que tramaban su padre y su hermano. Apunte usted sobre la puerta y las ventanas —dijo, dirigiéndose a mi tío.

Saludados por una ráfaga cada vez que levantábamos la cabeza, apuntamos los caballetes.

Mi tío puso el contacto eléctrico. Un suave deslizamiento, una explosión violenta.

—¡Diana!

Una segunda salva enfiló las aberturas así creadas; las granadas estallaban en el interior. La ametralladora se calló. Tres salvas siguieron. Detrás nuestro, las ametralladoras escupieron sus ráfagas entre las ventanas destruidas. Un brazo pasó a través de una escotilla, bajo el techo, agitando una tela blanca.

—¡Se rinden!

En el propio interior del castillo hubo una serie de disparos. Aparentemente, los partidarios de la lucha a ultranza y los de la rendición disputaban. La bandera blanca desapareció, después volvió a aparecer. Los fusiles callaron. Recelosos, no abandonamos las trincheras, pero cesamos el fuego. A través de la puerta destruida apareció un hombre con un pañuelo desplegado.

—Acércate —ordenó Beuvin.

Obedeció. Era rubio, muy joven, pero tenía los rasgos estirados y los ojos hundidos.

—¿Si nos rendimos, salvaremos la vida?

—Seréis juzgados. Si no os rendís, todos habréis muerto antes de una hora. Entregadme a los Honneger, y salid al jardín, brazos en alto.

—Carlos Honneger ha muerto. A su padre, lo hemos tenido que maniatar, pero está vivo. Ha disparado contra nosotros, cuando hemos izado la bandera blanca.

—¿Y las muchachas?

—Están en la casa, con Ida, la señorita Honneger y Magdalena Ducher.

—¿Sanas y salvas?

Sacudió los hombros.

—Bien. Comprendido.



# **TERCERA PARTE**

## **LA CONQUISTA**

# I

## EL JUICIO

Sin ninguna incidencia, los doce sobrevivientes se alinearon sobre el césped, con las manos detrás de la nuca y las armas al suelo. Los dos últimos habían llevado a Honneger, todavía inconsciente, que fue cuidadosamente vigilado. Con una ametralladora en la mano penetré con Miguel en el castillo, guiado por un prisionero. El interior estaba en un estado lastimoso. En las paredes del salón, telas de grandes maestros, suntuosamente enmarcadas, habían sido destrozadas por las balas. Dos extintores de gas carbónico, vacíos, testimoniaban que había sido sofocado un amago de incendio. En el vestíbulo, con el encerado y paredes llenas de metralla, encontramos, casi partido en dos, el cadáver de Carlos Honneger. Por una escalera de piedra en caracol, descendimos a la bodega, cuya puerta de hierro temblaba por golpes pegados desde el interior. Apenas entreabierta, salió Ida Honneger. Miguel la agarró por las muñecas.

—¿Adonde vas?

—¿Y mi padre?, ¿y mi hermano?

—Tu hermano ha muerto. Tu padre... vive todavía.

—¿No iréis a matarlo?

—Señorita —dije yo—, diez de nuestros hombres han muerto por su causa sin contar los vuestros.

—¡Oh, es espantoso! ¿Por qué lo han hecho? ¿Por qué? —dijo, echándose a llorar.

—Es todavía un misterio para nosotros —repuso Miguel—. ¿Dónde están las muchachas que se llevaron? Y la señorita... ¡en fin, la estrella!

—¿Magda Ducher? Aquí, en la bodega. Las demás están encerradas en la otra cava, a la izquierda me parece.

Penetramos en el subterráneo. Una lámpara de petróleo la iluminaba vagamente. Magdalena Ducher estaba sentada en un rincón, muy pálida.

—No debe tener la conciencia muy tranquila —dijo Miguel, y añadió—: Levántese y salga.

Libertamos a las tres campesinas. De nuevo en la planta, encontré a Luis, que había llegado con el resto del Consejo.

—El viejo Honneger se ha reanimado. Ven, vamos a interrogarlo.

Estaba sentado sobre el césped, con su hija al lado. Cuando nos vio llegar, se levantó.

—Os he menospreciado, señores. Debí pensar en tener a los técnicos conmigo. Habríamos dominado a este mundo.

—¿Para qué? —dije.

—¿Para qué? ¿No ve usted que era una ocasión única para dirigir la evolución

humana? Dentro de unas generaciones hubiéramos producido superhombres.

—¿Con su material humano? —dijo sarcástico.

—Mi material humano no estaba falto de cualidades: valor, obstinación, desprecio de la vida. Pero ustedes habrían jugado un gran papel en mis proyectos. Mi error ha sido creer que podía tomar el poder contra ustedes. Debí hacerlo con ustedes.

Se inclinó hacia su hija, que lloraba.

—No sean duros con ella. Ignoraba todos mis proyectos y ha intentado hacerlos fracasar, Y ahora, adiós, señores.

Con un gesto rápido se llevó algo a la boca.

—Cianuro —dijo, desplomándose.

—Bien, un hombre menos para juzgar —dijo Miguel, a guisa de oración fúnebre.

Nuestros hombres cargaban ya el botín en los camiones: 4 ametralladoras, 6 fusiles ametralladores, 150 fusiles, 50 pistolas y munición en abundancia. Esta casa era un verdadero arsenal. Hallazgo precioso: encontramos una pequeña imprenta, intacta.

—Me pregunto qué querían hacer en la Tierra, con todo este material.

—Según un prisionero, Honneger mandaba una liga fascista —dijo Luis.

—En definitiva, tanto mejor para nosotros. Así podremos luchar contra las hidras.

—A propósito, no se han vuelto a ver. Vandal está disecando, con la ayuda de Breffort, la pequeña hidra conservada en un tonel de alcohol. Es formidable, este muchacho. Ha enseñado ya, a unos cuantos chicos el arte de la alfarería, a la manera de los indios sudamericanos.

Volvimos al pueblo. Eran las cuatro de la tarde. ¡La batalla había durado menos de un día! Agotado, me dormí. Soñé con mi viejo laboratorio de Burdeos, la cara del «patrón», deseándome unas buenas vacaciones. («Estoy seguro que habrá algunas pequeñas cosas para estudiar en el lugar donde usted va». ¡Oh, ironía! ¡Todo un planeta!). La recia armazón de mi primo Bernard en la embocadura de la puerta, después, unos centenares de metros más abajo, la montaña cortada a pico. Hacia las seis de la tarde, mi hermano me despertó y fui a ver a Vandal. Estaba en una sala de la escuela; sobre una mesa, delante de él, la hidra apestando a alcohol, medio disecada. Dibujaba esquemas en la pizarra y, sobre el papel, Breffort y Massacre le ayudaban.

—¡Ah!, ya estás aquí, Juan —me dijo—. Daría diez años de mi vida para poder presentar este espécimen en la Academia. ¡Una sesión extraordinaria!

Me condujo delante de sus esquemas.

—No he iniciado, más que muy primariamente, el estudio de la anatomía de estos animales, pero ya se deducen varias cosas importantes. Bajo ciertos aspectos, no puedo más que compararlos a animales muy inferiores. Tienen algo de nuestros celentéreos, aunque no sea más que por la multitud de nematocistos, de células urticantes, contenidas en su tegumento. Sistema circulatorio muy simple: corazón de dos válvulas, sangre azulada. Una sola arteria se ramifica, y el resto de la circulación es lagunar. Posee únicamente una gran arteria aferente al corazón. Las lagunas tienen

una gran importancia. Incluso deshinchadas, la densidad de estas hidras es notablemente débil. Aparato digestivo de digestión externa, mediante la inyección de jugos digestivos a la presa, y aspiración por un estómago-faringe. Intestino muy sencillo. Pero existen dos cosas curiosas: 1.<sup>a</sup> La dimensión y complejidad de los centros nerviosos. Tienen un auténtico cerebro, situado en una cápsula quitinosa, detrás de la corona de tentáculos. Estos son ampliamente inervados, como también un curioso órgano, situado bajo el cerebro, que se parece un poco al aparato eléctrico de un pez-torpedo. Los ojos son tan perfeccionados como los de nuestros mamíferos. No me extrañaría, por tanto, que este animal fuera en un cierto grado, inteligente. 2.<sup>a</sup> Los sacos de hidrógeno. Pues es hidrógeno lo que contienen estos enormes sacos membranosos, que abotargan el sector superior del cuerpo, y ocupan las cuatro quintas partes de su volumen. ¡Y este hidrógeno proviene de la descomposición catalítica del agua a baja temperatura! El agua es conducida por un tubo hidróforo, de un tentáculo especial, donde debe realizarse la descomposición. Imagino que el oxígeno pasa a la sangre, pues este órgano está rodeado de múltiples arteriolas capilares. ¡Si un día domináramos el secreto de esta catálisis del agua!

Una vez hinchados los sacos de hidrógeno, la densidad del animal es inferior a la del aire y flota en la atmósfera. La poderosa cola plana sirve de aleta, pero especialmente de timón. El principal sistema de propulsión reside en unos sacos contráctiles, que proyectan hacia atrás aire mezclado con agua, con una violencia inusitada, ¡a través de verdaderas tuberías! En el espécimen que hemos conservado, he excitado eléctricamente los músculos contráctiles; situé en el interior un anillo de hierro. ¡Mira cómo ha quedado!

Me tendió un gran anillo, plegado en forma de ocho.

—¡La potencia de estas fibras musculares es prodigiosa!

Al día siguiente, por la mañana, fui despertado por unos golpes en la puerta. Luis me prevenía de que el juicio de los prisioneros iba a comenzar y que, como miembro del Consejo, yo formaba parte del Tribunal. El Sol azul se levantaba.

El tribunal se había constituido en un gran hangar, transformado en sala de justicia. Comprendía al Consejo reforzado por algunas representaciones.

Entre ellos, Vandal, Breffort, mi hermano, Pablo, Massacre, cinco campesinos, Beuvin, Estranges y seis obreros. Nosotros ocupamos un estrado ante una mesa, y las representaciones se sentaron a ambos lados, a continuación. Delante, un espacio vacío para los acusados, y después un lugar con bancos reservado para el público. Todas las salidas estaban custodiadas por hombres armados. Antes de introducir a los acusados, mi tío, que por su edad y ascendiente moral había sido designado presidente, se levantó y dijo:

—Ninguno de nosotros tuvo nunca que juzgar a sus semejantes. Formamos un tribunal marcial extraordinario. Los acusados no tendrán abogados, pues no tenemos tiempo que perder en discusiones interminables. Por otra parte tenemos el deber de ser tan justos e imparciales, como sea posible. Los dos criminales principales han

muerto. Y yo debo recordaros que los hombres son preciosos en este planeta. Pero no olvidemos tampoco que doce de los nuestros han muerto por causa de los acusados, y que tres de nuestras jóvenes han sido odiosamente maltratadas. Introducid a los acusados.

Yo le susurré:

—¿Y Menard?

—Trabaja con Martina en una teoría sobre el cataclismo. Es muy interesante. Ya volveremos a hablar de esto.

Uno a uno, entre guardias armados, entraron los treinta y un sobrevivientes, Ida Honneger y Magdalena Ducher los últimos. Mi tío tomó de nuevo la palabra:

—Sois colectivamente acusados de asesinatos, raptos y ataques a mano armada. Subsidiariamente de atentado contra seguridad del Estado. ¿Existe un jefe entre vosotros?

Dudaron un momento, después, empujado por los demás, un enorme pelirrojo avanzó.

—Yo mandaba en ausencia de los «patronos».

—¿Tu nombre, edad y profesión?

—Biron, Juan. Treinta y dos años. Antes, yo era mecánico.

—¿Reconoces los hechos de los cuales sois acusados?

—Que los reconozca o no, da lo mismo, van a fusilarnos igualmente.

—No es seguro. Podéis haber sido engañados. ¡Haced avanzar a los demás! ¿Cómo habéis podido actuar de esta forma?

—Bien, pues después de la hecatombe, el patrón nos hizo un discurso, diciendo que el pueblo estaba en manos (excúseme) de una chusma, que era necesario defender la civilización, y —dudó un momento— que si todo marchaba bien, nosotros seríamos como los señores de otros tiempos.

—¿Habéis participado en el ataque al pueblo?

—No. Pueden preguntar a los demás. Todos los que tomaron parte han muerto. Eran los guardaespaldas del hijo del patrón. Por cierto, que el patrón se puso furioso. Carlos Honneger pretendió haber capturado a unos rehenes. En realidad, hacía mucho tiempo que quería a esta muchacha. El patrón no estaba de acuerdo. Yo tampoco. Fue Levrain quien le animó.

—¿Y cuáles eran los objetivos de vuestro patrón?

—Ya lo dije. Quería ser el dueño de este mundo. Tenía un montón de armas en el castillo (en la tierra hacía contrabando de armas) y después nos tenía a nosotros. Intentó el golpe. Nos tenía cogidos. En otro tiempo, todos habíamos hecho muchas tonterías. El sabía que ustedes no tenían apenas armamento. ¡No imaginaba que iban a fabricarlo tan aprisa!

—Bien. ¡Retírese! El siguiente.

El siguiente fue el muchacho rubio que había agitado la bandera blanca.

—¿Tu nombre, edad y profesión?

—Beltaire, Enrique. Veintitrés años. Estudiante de ciencias.

—¿Qué diablos ibas a hacer en este lío?

—Conocí a Carlos Honneger. Una noche había perdido todo el sueldo del mes al póker. El pagó mis deudas. Me invitó al castillo y durante una excursión por la montaña me salvó la vida. Después ocurrió el cataclismo. Yo no aprobé nunca los proyectos de su padre, ni su conducta. Pero no podía abandonarle. Le debo la vida. ¡No disparé una sola vez contra ustedes!

—Lo comprobaremos. Otro. ¡Ah!, una pregunta más. ¿Cuáles eran tus proyectos?

—Quería ser técnico en aeromodelismo.

—Esto podría servir más adelante. ¡Quién sabe!

—Quisiera decir también... que Ida Honneger... ha hecho todo lo posible para prevenirles.

—Lo sabemos y lo tendremos en cuenta.

El desfile continuó. Estaban mezcladas todas las profesiones. La gran mayoría de los acusados habían pertenecido más o menos a una liga fascista.

Yo no sé lo que pensaban los demás en aquel momento, pero por mi parte estaba confuso. Muchos de aquellos hombres tenían un aspecto sincero, e incluso algunos, honesto. Era evidente que los principales culpables habían muerto. Beltaire me había sido simpático en su fidelidad a su amigo. Ninguno de los otros acusados le hizo cargo alguno. Al contrario, habían confirmado, en su mayoría, que no había tomado parte en el combate. El acusado número veintinueve entró. Declaró llamarse Julio Levrain, periodista, de 47 años de edad. Era un hombre de talla reducida, delgado, de rasgos duros. Luis consultó sus papeles.

—De las declaraciones de los testigos se desprende que usted no formaba parte de los hombres de Honneger. Usted era un invitado, y algunos suponen que fuera incluso el gran jefe. Usted no puede negar haber disparado contra nosotros. Además, los testigos se lamentan de... en fin, digamos violencias de su parte.

—¡Es falso! No les veía jamás. Y yo era ajeno a toda esta cuestión. No era más que un simple invitado.

—¡Hace falta desvergüenza! —exclamó el guardia de la puerta—. Le vi en la ametralladora del centro, la que mató a Salavin y Roberto. ¡Le apunté tres veces sin poder liquidarle! ¡Este canalla!

En la sala muchos guardias reunidos como espectadores, aprobaron sus palabras. A pesar de sus protestas, fue conducido fuera de la sala.

—Introducid a la señora Ducher.

Entró con un aire abatido, a pesar del maquillaje. Parecía inquieta, desorientada.

—Magdalena Ducher, veintiocho años, actriz. ¡Pero yo no he hecho nada!

—Usted era la amante de Honneger, padre, ¿no es cierto?

—Sí —clamó una voz en la sala, que desencadenó una tempestad de risas—, de los dos.

—Es falso —exclamó ella—. ¡Oh, es odioso! ¡Permitir que me insulten de esta

forma!

—¡Está bien, está bien! ¡Silencio en la sala! Ya veremos. La siguiente.

—Ida Honneger, diecinueve años, estudiante.

Sus ojos enrojecidos no le impedían eclipsar completamente a la actriz.

—¿Estudiante de qué?

—De Derecho.

—Temo que esto no va a serle muy útil aquí. Sabemos que ha hecho todo lo posible para evitar el drama. Por desgracia no lo consiguió. Al menos pudo suavizar la cautividad de nuestras tres jóvenes. ¿Puede usted informarnos sobre los que vamos a juzgar?

—A la mayoría no les conozco. Biron no era mala persona. Y Enrique Beltaire merece vuestra indulgencia. Me ha dicho que no había disparado. Y le creo. Era amigo de mi hermano... Reprimió un sollozo.

—Mi padre y mi hermano no eran malos, en el fondo. Eran violentos y ambiciosos. Cuando yo nací éramos muy pobres. La riqueza vino de un golpe y les perdió. ¡Oh, es este hombre, este Levrain, quien fue la causa de todo! El fue quien hizo leer Nietzsche a mi padre, que se creyó un superhombre. ¡El es también quien le puso en antecedentes de este proyectó insensato de conquistar un mundo! ¡Es capaz de todo! ¡Le odio!

Se deshizo en lágrimas.

—Siéntese, señorita —dijo gravemente mi tío—. Vamos a deliberar. No tenga ningún temor. La consideramos más bien como un testigo.

Nos retiramos, detrás de un telón, asistidos por el cuerpo de representantes. La discusión fue prolongada. Luis y los campesinos eran partidarios de penas severas. Miguel, mi tío, el párroco y yo mismo defendíamos la moderación. Los hombres eran escasos. No comprendiendo lo que había ocurrido, los acusados habían, como es lógico, seguido a sus jefes. Finalmente llegamos a un acuerdo. Mi tío leyó el veredicto a los acusados reunidos.

—Julio Levrain: se os considera culpable de asesinato, rapto y violencias con premeditación. Sois condenado a muerte por la horca. La sentencia es ejecutiva dentro de la hora próxima.

El bandido mantuvo su apostura, pero palideció horriblemente. Un murmullo recorrió la fila de los acusados.

—Enrique Beltaire: se te considera inocente de toda actividad nefasta para la comunidad. Pero como no hiciste nada para prevenirnos...

—No podía de ninguna manera.

—¡Silencio! Repito: como no nos has prevenido, serás clasificado como ciudadano inferior, sin derecho a voto, hasta que, por tu condena, te hayas rehabilitado.

—¿Aparte de esto, soy libre?

—Sí, como todos nosotros. Pero si quieres permanecer en el pueblo, habrás de

trabajar.

—¡No pido más!

—Ida Honneger: Se te reconoce inocente. Pero serás inelegible durante diez años.

—Magdalena Ducher: nada existe contra usted exceptuando una dudosa moralidad y relaciones, digamos sentimentales —risas entre el público—, con los principales criminales. ¡Silencio! Queda privada de todo derecho político y afectada al servicio de cocina.

—Los demás: sois condenados a trabajos forzados por un período de tiempo que no podrá exceder de cinco años terrestres, que podréis reducir por vuestra conducta. Quedáis privados a perpetuidad de todo derecho político, salvo destacada actuación en beneficio de la comunidad.

Se produjo una ola de alegría en el grupo de acusados, que temían ser castigados con, mayor dureza.

—Sois unos tipos formidables —nos gritó Biron.

—Se levanta la sesión. Conducid a los condenados.

El señor cura, fue al encuentro de Levrain, a petición de éste. Los espectadores, unos aprobatorios, otros furiosos, se dispersaron. Yo descendí del estrado, dirigiéndome hacia Beltaire. Le encontré que estaba consolando a Ida.

—Bien —dije a mi tío—. Ahora comprendo por qué se defendían tanto mutuamente.

—¿Dónde vas a alojarte? La Ducher irá a la cocina lo quiera o no. Para ti es distinto. No puedes ni soñar en volver al castillo, será destruido y a la merced de la hidras. Por aquí la habitación es escasa, con todas estas casas derruidas. Será menester también buscarte un trabajo. La ley ahora prohíbe la pereza.

—¿Dónde está esta ley? —preguntó Ida—. Queremos ser buenos ciudadanos. Y para ello debemos conocerla.

—¡Ay, señorita! No está todavía redactada. Hay todo un montón de textos en los procedimientos verbales y sesiones del Consejo. Por cierto, ¿no eres jurista?

—Acababa de terminar mi segundo año.

—He aquí un trabajo hecho a la medida para ti. Tú redactarás nuestro Código. Hablaré de ello en el Consejo. En cuando a ti —dijo a Beltaire— te tomo conmigo. Me ayudarás en el trabajo de ministro de Minas. Con tu formación científica serás muy pronto un excelente perito. Notas: alimentación en la cantina y un techo, como el mío, sobre tu cabeza.

Miguel se unió a nosotros.

—Si quieres contratar a Beltaire, llegas tarde, acabo de hacerlo.

—Tanto peor. Tomaré a mi hermana. La astronomía tendrá que aguardar. Por cierto, que ha bajado con Menard. Nos va a explicar sus teorías esta noche.

Observé a Helios en lo alto.

—Queda tiempo, pues. Oye, Miguel, ¿le molestaría a tu hermana compartir su alojamiento con esta joven, en espera de que le encontremos otra cosa?



—Aquí está. Puedes preguntárselo.

—Hazlo por mí. ¡Me intimida el astrónomo que hay en tu hermana!

—Te equivocas. ¡Es una chica estupenda, y que te tiene mucha simpatía!

—¿Y tú qué sabes?

—Ella me lo dice muy a menudo.

Y marchó riéndose.

## II

# LA ORGANIZACIÓN

Por la tarde la Academia de Ciencias de Telus se reunió en la sala de la escuela. Menard iba a hacer su comunicación. Estaban presentes Miguel y Martina, Massacre, Vandal, Breffort, mi tío, los ingenieros, el señor cura, el maestro, Enrique e Ida, Luis, mi hermano, yo mismo, y algunos curiosos. Menard subió a la tribuna.

—Voy a explicaros el resultado de mis observaciones y cálculos. Nos encontramos, como todos sabéis en otro mundo. Llamémosle Telus, ya que este nombre ha prevalecido. Su Ecuador debe aproximarse a los 50 000 km. La intensidad de la gravedad en la superficie es de unos 0,9 g terrestres; Telus posee tres satélites a unas distancias que no conozco todavía con precisión. A unos 100 000 kilómetros el menor de ellos, Febo, que nos parece el mayor. A 530 000 km. Selenio, mayor que nuestra antigua Luna y a unos 780 000 km. Artemis, en realidad tres veces mayor. Yo creí al principio que nos encontrábamos ante un sistema de doble astro solar. Nada de esto. En realidad Sol, el pequeño sol rojo, no es más que un gran planeta exterior, todavía en estado estelar. Pero más allá, se sitúan aún otros planetas que giran alrededor de Helios y no de Sol. Por otra parte, éste posee al menos once satélites. De momento nos hallamos en un régimen de oposición: cuando Helios se pone, Sol se levanta. Pero dentro de un tiempo, quizás un cuarto de año de Telus, nos encontraremos en cuadrante. Tendremos entonces ya los dos soles simultáneamente, ya uno sólo, o ninguno, lo cual será más cómodo para las observaciones —terminó con satisfacción.

—Los días y las noches son, y permanecen, iguales. Estamos, pues, en un planeta cuyo eje está muy poco inclinado con relación al plano de su órbita. Como, por otra parte, la temperatura es moderada, creo que debemos estar situados hacia los 45.º de latitud Norte. Admitiendo la hipótesis de una oblicuidad nula, la latitud del observatorio sería de 45.º 12 minutos.

—Voy a comunicaros la única hipótesis, no demasiado absurda, que he conseguido montar. La idea junto con otra, la tuve en las horas que siguieron a nuestra llegada.

-Sabéis sin duda que ciertos astrónomos consideran al Universo como una hiperesfera (o mejor, un hiperesferoide) de cuatro dimensiones, curvo y espeso según la última de ellas, con el grueso de una molécula, flotando en un hiperespacio que no podemos concebir más que muy vagamente y por analogía. La mayoría de los técnicos consideran incluso que fuera del compuesto Espacio-Tiempo no existe nada, ni el vacío, pues el vacío pertenece al espacio. Esta concepción me había parecido siempre muy pobre y ahora, en cambio, creo tener la prueba de lo contrario. Según esta teoría, habría en el hiperespacio una multitud de hiperesferas-universos flotando,

como lo harían en esta habitación unos cuantos globos infantiles. Tomemos dos de estos globos. Uno es nuestro viejo Universo, perdido en su inmensidad, con nuestra Galaxia y nuestro sistema solar. El otro es el Universo que comprende a Telus, en su propia galaxia. Por una razón desconocida estos universos chocaron. Hubo una interpenetración parcial de los dos compuestos, y Telus y la Tierra se encontraron en el mismo lugar, a la vez en ambos universos. Por causas, igualmente desconocidas, un fragmento de Tierra fue captado por el nuevo universo: puede ser que Telus perdiera también algunas plumas en el encuentro, y nuestros amigos terrestres estén a la caza de la hidra por las llanuras del Ródano. Existe una suposición cierta, que los dos universos estaban animados de una velocidad sensiblemente igual y del mismo sentido, como también eran aproximadamente iguales las velocidades en sus respectivas órbitas. Sin ello es poco probable que hubiéramos sobrevivido. Es lo que explica también, que la misión interplanetaria en la que figuraba el primo de Juan Bournat, aquí presente, pudiera sospechar el cataclismo por el lado de Neptuno, y ganarlo por velocidad en su regreso hacia la Tierra. Es posible que los planetas exteriores de nuestro antiguo sistema solar, hayan sido aspirados, en este universo, y en este caso me divierto pensando la cara que deben poner mis colegas de la Tierra. Pero no lo creo probable.

—Quedan muchas cosas en el misterio. ¿Cómo no hubo, así lo parece, interpenetración de los espacios al nivel del átomo, lo que habría probablemente originado una fantástica explosión? ¿Cómo ocurrió que el cataclismo se limitara a la transferencia de un fragmento de Tierra a este nuevo universo? No lo sabemos. ¿Lo sabremos, algún día? Asimismo, es otra circunstancia turbadora que, por un azar inconcebible, hayamos caído en un planeta donde la vida protoplasmática es posible. El señor cura ve en ello la mano de la Providencia. ¿Quién sabe?

—Os he dicho que por un momento yo había concebido otra hipótesis aún más fantástica. Pensé que hubiésemos realizado un viaje a través del tiempo y que hubiésemos caído en el propio pasado de nuestro planeta, en el precámbrico, por ejemplo. Que se hubiese practicado como un nudo en el tiempo, y el Sol fuera Júpiter. Pero aparte el hecho de que esta hipótesis levantaba múltiples dificultades físicas y metafísicas, las características de Telus y de otros planetas lo desmienten categóricamente.

—Puede ser también, como han imaginado Miguel y Martina Sauvage, que hayamos topado con nuestro viejo universo a causa de un sencillo repliegue en la cuarta dimensión. En este caso, podríamos encontrarnos en el sistema de una estrella de la nebulosa de Andrómeda, por ejemplo, o simplemente al otro extremo de nuestra antigua galaxia. Quizá las observaciones futuras nos lo confirmarán.

—Para terminar y rendir homenaje al espíritu profético de determinados novelistas recordaré que J. H. Rosny, padre, había previsto en su «Fuerza misteriosa», un cataclismo análogo. Pero se trataba de un universo de una materia distinta a la del nuestro. Aquellos a los que interesen las ampliaciones matemáticas, pueden venir a

verme.

Descendió de la tribuna, y al instante trabó una viva discusión con mi tío, Miguel y Martina. Me acerqué a ellos, pero al oír hablar de tensores, de campos de gravitación, etcétera, me batí rápidamente en retirada.

Luis me arrastró hacia un rincón.

—La teoría del señor Menard es totalmente apasionante, pero desde el punto de vista práctico no nos resuelve nada. Es evidente que debemos vivir y morir en este planeta. Se trata de organizarse. Muchas cosas están por hacer. Me decías el otro día que podría haber hulla no lejos de aquí. ¿Es cierto?

—Es posible. Me sorprendería mucho, si la subversión no hubiera traído a la superficie hulla estefaniana o westfaliana; no te asustes, se trata simplemente de estratos hulleros que podemos encontrar en nuestra región. ¡De todas maneras no va a ser cosa del otro jueves! Algunas venas de cinco centímetros, o quizá hasta treinta, de hulla débil o antracita.

—¡Algo es algo! Es capital para nosotros que la fábrica pueda suministrar electricidad. Ya sabes que la fabricación de las granadas ha devorado casi toda nuestra reserva de carbón. Afortunadamente, tenemos algunas partidas de aluminio y duraluminio. A falta de acero...

Los días siguientes fueron para mí un período de actividad intensa. En el Consejo tomamos una serie de medidas de protección. A algunos kilómetros del pueblo se instalaron seis puestos de vigilancia, cubiertos por un refugio hermético. Fueron aprovisionados como para un asedio, comunicados por un teléfono rudimentario con el puesto central y encargados de dar la alarma a la menor tropa de hidras. Los habitantes de cuatro granjas excesivamente aisladas fueron evacuados al pueblo con su ganado. Los trabajos del campo se efectuaron bajo la protección de camiones armados con ametralladoras. Para economizar carburante eran arrastrados al lugar del trabajo por los propios animales que debían proteger. Perfeccionamos nuestras granadas y tuvimos así una artillería antiaérea que hizo sus ensayos con motivo de una incursión de unas cincuenta hidras, de las cuales treinta fueron abatidas.

Una mañana, me fui con Beltaire y dos guardias armados a la búsqueda de carbón. Como había imaginado el yacimiento hullero estaba cerca. Una parte en zona intacta y el resto en la zona muerta, aflorando el carbón en algún lugar.

—Aquí será más cómodo para empezar —dijo Beltaire.

—Sí, pero las vetas serán imposibles de seguir, en este caos. Veamos el sector no dislocado.

Como ya había previsto, pocas vetas pasaban de los 15 cm de espesor. Sin embargo, una de ellas alcanzaba los 55 cm.

—Mal trabajo en perspectiva para los mineros —dije.

Gracias a mi cargo de ministro de minas, me hice con treinta hombres y les mandé despejar la vía férrea que conducía en otro tiempo a la estación próxima, así

como la de la cantera de arcilla que suministraba el material de aluminio. Merced al descubrimiento de Moissac y Wilson en 1964 se extraía el aluminio de la arcilla y no sólo de la bauxita como anteriormente. Ahora hemos vuelto a este viejo procedimiento, cómodo para nosotros, que poseemos en Telus yacimientos enormes de bauxita de una pureza admirable. Todo esto no se practicó sin que Estranges protestara.

—¿Cómo queréis que lleve el mineral a la fábrica?

—Primero, yo le cedo una de las dos vías. Segundo, por el momento no tenemos necesidad de una gran cantidad de aluminio. Tercero, ¿cómo va a marchar la fábrica sin carbón? Y cuarto, fundimos hierro, cuando haya encontrado el mineral. Entre tanto, tenemos un montón de chatarra que usted puede transformar en raíles. ¡Es su oficio!

Requisé igualmente dos pequeñas locomotoras, de las seis de que disponía la fábrica y vagones en número suficiente. En las canteras de arcilla tomé tres perforadoras y un compresor.

Días después, la mina estaba en funcionamiento y el pueblo disponía de electricidad. Empleaba diecisiete «forzados» con guardias, cuya misión era no tanto la de vigilarlos como protegerlos contra las hidras. Ellos dejaron muy pronto de considerarse como prisioneros, y nosotros dejamos de considerarles como tales. Se convirtieron en los «mineros» y, bajo la dirección de un antiguo capataz de minas, fueron muy pronto capaces de socavar las galerías.

De esta forma, pasaron sesenta días, ocupados en trabajos de organización. Miguel y mi tío, ayudados por el relojero, fabricaron unos péndulos telurianos. Estábamos muy fastidiados por el hecho de que el día bisolar comprendía 29 horas. Cada vez que consultábamos nuestro reloj, había que librarse a complicados cálculos. Se fabricaron dos tipos de reloj, los unos divididos en 24 «horas grandes» y los otros en 29 horas terrestres. Finalmente, años más tarde, adoptamos el sistema todavía hoy en uso, y el único que os es familiar: división del día en 10 horas de 100 minutos, y cada minuto, a su vez, en 100 segundos de diez décimas cada uno. Estos segundos difieren muy poco de los antiguos. Entre paréntesis, uno de los primeros resultados del cataclismo fue el de desregular los relojes de péndulo, ante el pasmo de los campesinos, por causa de la debilitación del valor de «g».

Nuestra reserva de provisiones, sumando las encontradas en las bodegas del castillo, nos habría permitido sostenernos durante unos diez meses terrestres. Nos encontrábamos en la zona temperada de Telus, la zona de la primavera eterna y podíamos contar con varias cosechas por año, si el trigo se aclimataba. La superficie del valle que permaneció cultivable bastaría en tanto la población no aumentara demasiado. El suelo de Telus parecía fértil.

Habíamos reparado un gran número de casas, y no estábamos ya amontonados. La escuela había abierto sus puertas y el gran Consejo había establecido en un hangar metálico. Ida reinaba en la sala de los archivos, y yo estaba seguro de

encontrar allí a Beltaire cuando tenía necesidad de él. Habíamos iniciado la redacción de un embrión de Código, cambiando lo menos posible el derecho usual en la tierra pero simplificándolo y adaptándolo. Este Código ha estado siempre en vigor. Había allí también una sala común y una biblioteca.

El ferrocarril de la mina de hulla funcionaba, como también el de la cantera de arcilla, la fábrica marchaba a la medida de nuestros deseos. Estábamos todos ocupados, pues la mano de obra no era abundante. El pueblo era activo, y uno hubiera podido imaginar que se encontraba en una animada villa terrestre y no en la superficie de un mundo, perdido en el espacio infinito. ¿O es mejor decir: los espacios?

Tuvimos nuestras primeras lluvias, en forma de tempestades que embrollaban el tiempo por una docena de días. Tuvimos también las primeras noches totales, aun breves. No puedo describir la impresión que me produjo el ver con claridad las constelaciones que iban a ser las nuestras para siempre.

Los miembros del Consejo habíamos tomado la costumbre de reunirnos en sesiones privadas en casa de mi tío, ya en su casa del pueblo, o más a menudo en la del observatorio, de nuevo restaurado. Allí encontrábamos a Vandal y a Massacre, absorbidos en el estudio de las hidras, con Breffort de ayudante, Martina, Beuvin, su mujer, mi hermano y Menard, cuando podíamos arrancarle de su máquina de calcular. Si en los Consejos oficiales Luis llevaba la batuta en las cosas prácticas, aquí, donde se hablaba mucho más de ciencias o de filosofía, mi tío, con su amplia erudición, era el jefe indiscutible del grupo. Menard, de vez en cuando, hablaba también, y todos quedábamos asombrados por la amplitud de las concepciones que desarrollaba ese hombrecito con barba de chivo. Guardo un excelente recuerdo de estas reuniones, pues es allí donde realmente conocí a Martina.

Una tarde, yo regresaba muy satisfecho, pues a unos kilómetros de la zona muerta, en el suelo teluriano, había encontrado en el fondo de un barranco excelente mineral de hierro. A decir verdad, no lo descubrí por mí mismo. Uno de los hombres de mi escolta me trajo un pedazo, preguntándome lo que era. En una curva del camino encontré a Martina.

—¡Precisamente venía a buscarte!

—¿Vuelvo con retraso?

—No, los demás están en el Observatorio, donde Menard les explica un descubrimiento.

—¿Y tú has venido a buscarme? —pregunté, halagado.

—¡Oh! No tiene gracia. Aquello no me interesa, fui yo quien lo descubrió.

—¿De qué se trata?

—Se trata de...

Aquel día no debía enterarme. Mientras hablaba, Martina había levantado la vista. Quedó con la boca abierta y un indecible horror en su rostro. Me volví: ¡una hidra gigantesca se nos echaba encima!

En el último instante recobré el control de mí mismo, aplasté a Martina contra el suelo, arrojándome a su lado. La hidra nos rozó, pero falló el golpe. Llevada por su velocidad, voló aún más de cien metros antes de poder girar. Me puse en pie de un salto.

—¡Corre al pueblo! ¡Hay árboles a lo largo de la carretera!

—¿Y tú?

—Voy a distraerla. La alcanzaré, seguramente, con mi pistola.

—¡No, me quedo!

—¡Santo Dios, corre!

Era demasiado tarde para huir. Yo sabía que con mi pistola tenía muy pocas probabilidades de matar al monstruo. En una roca se abría una cavidad. Empujé fuertemente a Martina hacia allí, y me puse delante de ella. Antes de que la hidra tuviera tiempo de proyectar su dardo, disparé cinco balas: debieron surtir efecto, pues el animal onduló con un silbido, apartándose. Me quedaban tres balas y mi cuchillo, un largo cuchillo sueco, que yo conservaba afilado como una navaja. La hidra se colocó frente a nosotros: sus tentáculos se removían como los de un pulpo, sus seis ojos glaucos y fijos nos observaban. A una ligera contracción del cono central, tuve la sensación de que el dardo iba a partir. Hice uso de mis tres últimas balas, y después, cuchillo en mano, la cabeza agachada, cargué por entre los tentáculos. Desde la parte inferior del monstruo agarré uno de los brazos y tiré con fuerza. A pesar de la atroz quemadura en una mano, me sostuve. Desequilibrado, el animal, lanzó su dardo que no alcanzó a Martina, y su extremo córneo se despuntó contra la roca. Al instante, pegado al flanco del monstruo, lo estuve mechando a golpes de cuchillo. Después mis recuerdos son confusos. Me acuerdo de mi rabia creciente, de los jirones de carne innoble contra mi rostro, la sensación de perder tierra, fina caída, un choque. Esto es todo.

Me desperté en una cama, en casa de mi tío. Massacre y mi hermano me cuidaban. Mis manos estaban rojas e hinchadas y el costado izquierdo de mi cara me escocía.

—¿Y Martina? —pregunté.

—No tiene nada. Una ligera conmoción nerviosa —repuso Massacre—. Le he administrado un soporífero.

—¿Y yo?

—Quemaduras, el hombro izquierdo dislocado, no tienes grandes contusiones. Un arbusto ha amortiguado el choque. Te he colocado el hombro durante tu desvanecimiento, lo cual te ha reanimado. ¡Como máximo tienes para quince días!

—¡Quince días! ¡Con tantas cosas que hacer! Acababa de encontrar mineral de hierro.

Un violento dolor me atravesó las manos.

—Oiga, doctor, ¿no tiene usted nada contra este veneno? Esto me quema mucho.

La puerta se abrió con violencia. Y Miguel se precipitó dentro de la habitación.

Vino hacia mí con las manos tendidas. Cuando vio las manos vendadas, se detuvo en seco.

—¿Doctor...?

—No será nada.

—¡Querido amigo! ¡Sin ti habría perdido a mi hermana!

—No hubieras querido que nos dejáramos comer por aquella especie de pulpo que se equivocó de ambiente, ¿verdad? —dije intentando bromear—. Por cierto, ¿está muerta?

—¿Muerta? ¡Ya lo creo que sí! ¡La hiciste papilla! ¡Realmente no sé cómo agradeceréte!

—No te inquietes. En este mundo, tendrás ciertamente ocasiones para corresponderme.

—Y ahora —dijo Massacre—, dejadle dormir. Probablemente tendrás un poco de fiebre.

Salieron dócilmente. Cuando Miguel estaba franqueando la puerta le pedí:

—Envíame a Beltaire, mañana por la mañana. Caí en un sueño agitado, del cual salí unas horas más tarde, agotado pero sin fiebre. Volví a dormirme apaciblemente y me desperté muy tarde la mañana siguiente. El dolor de mis manos y de mi cara había disminuido mucho. En la silla, Miguel dormía, plegado en dos.

—Te ha velado toda la noche —dijo la voz de mi hermano, desde la embocadura de la puerta.

—¿Cómo sigues?

—Mejor, mucho mejor. ¿Cuándo crees tú que podré levantarme?

—Massacre ha dicho que dentro de dos o tres días, si la fiebre no reaparece.

Detrás de Pablo, apareció de súbito Martina, trayendo una fuente donde humeaba una cafetera.

—¡Esto para Hércules! ¡El doctor ha dicho que podías comer!

Dejó su fuente, me ayudó a sentarme y, acomodándome la espalda con unos almohadones, me dio un beso rápido en la frente.

—He aquí una insignificante prueba de agradecimiento. ¡Y pensar que sin ti yo sería un cadáver informe! ¡Brr!

Sacudió a Miguel.

—Querido hermano, en pie. Luis te está esperando.

Miguel se levantó, bostezó y, después de haberse informado de mi salud, se marchó con Pablo.

—Luis vendrá por la tarde. Y ahora, señor Hércules, voy a haceros comer.

—¿Porqué, Hércules?

—¡Señor! Cuando uno combate las hidras cuerpo a cuerpo...

—Y yo que creí que se trataba de mi desarrollo físico —dije con tono cómicamente dolorido.

—Bien, bromeas, estarás bueno muy pronto.



Me hizo comer como a un chiquillo y después tomamos una taza de café.

—Es excelente —dije.

—Muy cortés porque lo preparé yo misma. ¿Me creerás si te digo que he debido dirigirme al Consejo para obtener una insignificante ración de café? ¡Está clasificado como medicamento! Me temo que será indispensable acostumbrarnos a prescindir de él. La existencia de plantas de café en Telus es improbable. ¡Y lo que es aún más grave es el azúcar!

—¡Va! Con seguridad que encontraremos una planta azucarada. Si no... tenemos colmenas. Utilizaremos la miel.

—Sí, pero aunque en nuestro rincón de tierra tenemos flores, la vegetación teluriana me parece, hasta el momento, completamente desprovista de ellas.

—Ya veremos. Por mi parte soy optimista. ¡Teníamos una posibilidad de salir con vida y aquí estamos!

Unos golpes en la puerta la interrumpieron. Eran los dos inseparables Ida y Enrique.

—Veníamos a ver al héroe —dijo ella.

—¡Oh! ¡Héroe! ¡Cuando uno se encuentra entre la espada y la pared el heroísmo es inevitable!

—No lo creo. Me imagino que yo me hubiera dejado comer —dijo Enrique.

—¿Y si hubieses estado con Ida?

—¿Cómo? Me ruboricé.

—No. No quise decir esto. Supongamos que te encontraras con Martina u otra muchacha.

—Francamente, no lo sé.

—¡Te calumnias! Pero no es por esto que te mandé llamar. Vas a ir con los dos hombres que me escoltaban, a reconocer con detalle el yacimiento de hierro. Y me traerás diversas muestras. Como cuando lo encontramos ya era tarde, no hice más que echar un vistazo. Asimismo si el yacimiento vale la pena, levanta un trazado para una vía férrea. Y desconfía de las hidras: ¡No vuelan siempre en bandada! ¡Aquí tienes la prueba! Dos o tres pueden caerte encima. Toma, además, diez hombres de escolta y un camión. Y tú, Ida, ¿cómo va tu trabajo?

—He comenzado a codificar vuestros decretos. Es curioso estudiar este derecho naciente. Vuestro Consejo se ha arrogado poderes dictatoriales. Espero que será provisional. ¿Hay alguna novedad?

—Luis está furioso contra los observadores que han dejado pasar a tu hidra sin señalarla, bajo el pretexto de que era aislada. Son los del puesto 3.

—¡Los muy sinvergüenzas!

—¡Luis habla de hacerlos fusilar!

—Es excesivo. Y no estamos sobrados de hombres.

De hecho, la primera vez que salí, cinco días después, apoyándome en Miguel y Martina, me enteré de que habían sido simplemente expulsados de la guardia y

condenados a dos años de trabajos en las minas. Poco a poco, me reincorporé a la vida normal.

Construimos una vía férrea hasta el yacimiento de hierro y alto horno rudimentario. El mineral —de óxido de hierro— era rico, pero poco abundante, aunque era suficiente para nuestras reducidas necesidades. A pesar de los conocimientos de Estranges la primera colada se produjo con dificultad. La fundición de mala calidad, falta de carbón susceptible de ser transformado en coque, fue refinado con acero. A decir verdad, fue con el fin de medir nuestras posibilidades por lo que empezamos aquella primera colada, ya que, para el futuro inmediato no estábamos faltos de hierro. Fundimos raíles y ruedas de vagón. Cerca de la mina, construimos garitas de obra, para los trabajadores, en caso de ataque de las hidras. Se modificaron las cabinas de las locomotoras, con el fin de que pudieran cerrarse herméticamente, a voluntad.

La temperatura era siempre la misma en un dulce clima de primavera cálida. Las «noches negras» aumentaban singularmente de duración. En el Observatorio, mi tío y Menard habían descubierto ya cinco planetas exteriores, de los cuales, el más próximo aparecía con una atmósfera jaspeada de nubes. A través de los claros, se podían contemplar mares y continentes. El espectroscopio indicaba la presencia de oxígeno y vapor de agua. Era de unas dimensiones sensiblemente iguales a las de la Tierra y poseía dos satélites. El deseo de extender los dominios está anclado tan profundamente en el corazón humano, que nosotros, pobre fragmento de humanidad, incierta todavía de su supervivencia, nos alegrábamos de tener como vecino un planeta habitable.

Cerca de la mina, bajo la protección de la guarnición, una hectárea aproximada de suelo telúrico había sido roturada para experimentación. Era una tierra ligera, rica en humus, formado por la descomposición de las plantas grisáceas. Inmediatamente mandé sembrar trigo de diferentes variedades, a pesar de la desaprobación de los campesinos que argumentaban «que no era la época». Miguel tuvo que emplear toda su elocuencia para convencerles de que en Telus no había épocas en el sentido terrestre de la palabra y que daba igual ahora que más tarde.

En el curso del desbrozamiento, tuvimos que luchar contra las serpientes planas, de las que ya habíamos encontrado un cadáver, cuando nuestra primera exploración. Los campesinos las llamaron «víboras» y este nombre les quedó, aun cuando no tenían ningún punto de contacto con las víboras terrestres. Su talla oscilaba entre 50 cm y 3 m, y aunque no eran venenosas, hablando con propiedad, sí eran muy peligrosas. Sus poderosas mandíbulas cóncavas, inyectaban en la presa un líquido digestivo muy activo, que causaba, si el socorro no era inmediato, una especie de gangrena con licuefacción de los tejidos que producía la muerte o al menos pérdida del miembro atacado. Afortunadamente, estos animales muy agresivos y ágiles eran raros. Un buey resultó picado y murió, un hombre debió su salvación a la presencia de Massacre y Vandal que practicaron inmediatamente la amputación del pie atacado.

Fueron las únicas víctimas.

Los primeros animales que emigraron a la superficie de Telus fueron las hormigas. Vandal descubrió un nido de grandes hormigas morenas de las que he olvidado el nombre, cerca de la mina de hierro. Se apasionaron por una goma que exudaban las plantas grisáceas. Las colonias se multiplicaron rápidamente, y nuestro trigo sacaba apenas su verde cabeza cuando las encontrábamos por todas partes. En la lucha que las opuso a los pequeños «insectos» telusianos, ganaron con facilidad.

Fue aquélla una temporada apacible después de nuestro áspero comienzo. El trabajo absorbía nuestras jornadas. Pasaron varios meses. Tuvimos nuestra cosecha de trigo, magnífica, en la hectárea roturada en Telus, buena en los campos terrestres. El trigo pareció aclimatarse muy bien. Nuestro ganado aumentaba, y el problema de los pastos no se había producido aún. Las plantas terrestres parecían ganar la partida a las autóctonas. Existían ya, praderas mixtas, y era algo muy curioso ver a nuestras plantas rodear un arbusto polvoriento, de hojas de cinc.

Tuve entonces ocasión de reflexionar sobre mi nuevo destino. Inmediatamente después del cataclismo, quedé sumido en la más absoluta confusión, tuve la impresión de haber sido exilado para siempre, separado de mis amigos por unas distancias al lado de las cuales las terrestres no eran absolutamente nada. Después el horror de haber caído en un mundo desconocido, y poblado de monstruos. La urgencia de la acción, la guerra civil, la necesaria organización, el papel de dirigente que me había visto forzado a asumir, habían ocupado enteramente mi ánimo. Y ahora, me apercibía de ello con estupor, lo que dominaba dentro de mí era la alegría de la aventura, un deseo frenético de ir a ver detrás del horizonte.

Explicaba todo esto a Martina un día yendo al Observatorio. Miguel y ella, no trabajan ya mucho allí. Distribuían su tiempo entre los «trabajos sociales» y la enseñanza de las ciencias a un pequeño pastor, Jaime Vidal, que se había revelado de una inteligencia muy por encima de la normal. Por mi parte yo le enseñaba geología, Vandal biología y mi hermano la historia de la Tierra. Después llegó a ser un gran sabio. Y, como sabéis, vicepresidente de la República. Pero no nos anticipemos.

—Y pensar —dije—, que mi primo Bernardo quería llevarme en su proyectil interplanetario y que yo rehusé siempre, alegando que antes quería terminar mis estudios. ¡En realidad tenía miedo! Yo, que me hubiera ido hasta el fin del mundo para buscar un fósil, experimentaba un verdadero horror ante la idea de salir de la Tierra. Y heme aquí en Telus, y tan contento. Es curioso.

—En cuanto a mí, todavía es más curioso. Ya estaba intentando refutar en mi tesis, la teoría del espacio curvo. ¡Y he aquí que he sufrido una prueba aplastante de su veracidad!

Estábamos a mitad de camino, cuando sonó la sirena.

—¡Cuidado! Todavía estos cochinos animales. ¡Al refugio!

Habíamos construido refugios un poco por todas partes. En esta ocasión yo tenía además de mi pistola y mi cuchillo, una ametralladora. El refugio más próximo estaba

a unos treinta metros. Corrimos hacia allá sin falsa vergüenza. Obligué a Martina a entrar, permaneciendo yo junto a la puerta, dispuesto a tirar. Rodaron unas piedras y una silueta curva, vestida de negro, apareció: el señor cura.

—¡Ah! ¿Es usted señor Bournat?, ¿de dónde vienen las hidras?

—Creo que del norte. La sirena no ha sonado más que una vez. Entre usted.

—Dios mío... ¿cuándo vamos a desembarazarnos de estos animales del infierno?

—Me temo que no va a ser pronto. ¡Ah! ya están aquí. Pase. No va usted armado.

Encima nuestro, a mucha altura, una nube verde se desplegaba. Cerca, pero ligeramente bajos, unos pequeños copos negros aparecieron en el cielo: las granadas.

—¡Demasiado corto! ¡Ah, ahora está mejor!

La salva siguiente había acertado de lleno. Segundos más tarde unos jirones de carne verde cayeron como una lluvia, alrededor del refugio. Dejando la puerta entreabierta, volví a entrar. Aun cuando estaban muertas el contacto de las hidras era urticante. En el interior, Martina, observando por la mirilla de vidrio grueso, hablaba con el señor cura. Comprendiendo el peligro que corrían si permanecían agrupadas, las hidras se dejaban caer por paquetes de dos a tres. Desde mi puerta, las vi circular alrededor de una locomotora cerrada herméticamente. Solté una carcajada: el mecánico había dejado escapar el chorro de vapor ante el espanto de las hidras.

Estaba riendo todavía, mientras miraba alrededor. Al sur, en el pueblo, los disparos crepitaban y en la plaza del pozo algunas hidras muertas yacían por tierra. De súbito pareció que el cielo se oscurecía: salté hacia el interior, cerrando la puerta. Una hidra pasó rozando el techo. Antes de que tuviera tiempo de introducir el cañón de mi escopeta en el disparadero, el monstruo estaba lejos. Un grito de Martina me sobresaltó. —¡Juan, aquí, aprisa!

Salté hacia la ventana. Fuera, a ciento cincuenta metros, un chiquillo de unos doce años corría con todas sus fuerzas hacia el refugio. Una hidra le perseguía. El chico, a pesar del peligro de muerte, no estaba asustado, y utilizaba con inteligencia los árboles, que molestaban a su perseguidor. Vi la escena y me precipité fuera, a su encuentro. La hidra había tomado altura y se zambullía. —¡Agáchate!

El chico comprendió y se aplastó contra el suelo y la hidra falló. Yo lancé una ráfaga de unas diez balas a cincuenta metros. El animal se sobresaltó, virando, y volvió a la carga. Yo apunté de nuevo, a treinta metros, esta vez. A la tercera bala el arma se encasquilló. El tiempo de cambiar el cañón por el de recambio que tenía en mi estuche, y el chico estaba perdido. Lancé mi arma y cargué mi pistola. La hidra llegaba.

Entonces, resoplando, sublime y ridículo, pasó el señor cura con la sotana arremangada. Y cuando la hidra se abalanzó, él estaba allí, brazos en cruz, haciendo de su cuerpo una protección para el muchacho. El fue quien resultó alcanzado. Con mi arma, al fin desencasquillada, acribillé desde diez metros al monstruo, que se abatió sobre el cuerpo de su víctima.

No había más hidras a la vista. Los disparos habían cesado en el pueblo. Algunas

manchas verdes flotaban altas en el cielo. Aparté el cadáver del señor cura —un centímetro cúbico del veneno de la hidra mataba a un buey, y el animal inyectaba diez veces más—. Martina cogió entre sus brazos robustos al chico, desvanecido, y bajamos al pueblo. Los habitantes despejaban sus puertas. Cuando estábamos llegando, el muchacho se reanimó. Y cuando Martina lo devolvió a su madre ya podía andar.

Encontré a Luis, sombrío, en la plaza del pozo.

—Mal día. Dos muertos: Pedro Evreux y Juan Claudio Chart. No han querido esconderse, para poder tirar mejor.

—Tres muertos —dije.

—¿Cuál es el tercero?

Le puse al corriente.

—Y bien, no me gustan demasiado los curas.

¡Pero éste ha muerto como un hombre! Propongo que los tres hombres que han caído tengan unos funerales solemnes.

—Como quieras. ¡Qué más les da!

—Es menester remontar la moral. ¡Hay demasiados hombres que tienen miedo! ¡Aunque hemos derribado treinta y dos hidras!

Desde la sala del Consejo telefonee a mi tío para decirle que estábamos a salvo. Al día siguiente tuvo lugar el entierro. Luis pronunció un breve discurso sobre las tumbas, exaltando el sacrificio de los tres hombres. Yo regresé del cementerio con Miguel y Martina. Tomamos un sendero, campo a través, y nos encontramos el cadáver de una hidra que obstruía el camino. El animal era enorme, de unos seis metros de largo, sin los tentáculos. Lo contorneamos. Martina estaba muy pálida.

—¿Qué ocurre, pequeña? —le preguntó Miguel—. ¡Ya no hay peligro!

—¡Miguel, tengo miedo! Este mundo es despiadado, demasiado salvaje para nosotros. Estos monstruos verdes nos matarán a todos.

—No lo creo —dije—. Nuestro armamento cada día se perfecciona. Ayer, con un poco más de prudencia, no hubiera habido víctimas. En el fondo no corremos más peligro que los hindúes con los tigres y las serpientes...

—Para las serpientes hay los sueros. Los tigres, pues, son tigres, unos animales no muy diferentes de nosotros. Pero ser digerido dentro de la propia piel por estos pólipos verdes... ¡Oh, qué horror! —muy bajo repitió—: ¡Tengo miedo!

La reconfortamos como mejor pudimos. Pero al llegar al pueblo vimos que no era la única. El tren de mineral de hierro estaba parado, y el maquinista hablaba con un granjero.

—Tú —decía este último—, tú te ríes. Con tu cabina bien cerrada, asunto listo. Pero nosotros, antes que uno no ha desatado a los bueyes y entrado en un refugio, tiene tiempo de estar muerto diez veces. La sirena ya puede tocar, toca siempre demasiado tarde. Te aseguro que cada vez que voy al campo hago mis oraciones. No estoy tranquilo más que en casa. ¡Y aún!

Oímos no pocas conversaciones de este estilo, aquel día. Algunos elementos de la fábrica, que no obstante trabajaban a cubierto, flaqueaban. Si las hidras llegan a atacar cada día no sé cómo hubiéramos terminado. Afortunadamente, antes de la gran batalla, no hicieron más incursiones, y poco a poco la tensión de los espíritus se relajó, hasta el punto que debimos castigar a algún observador negligente.

### III

## LA EXPLORACIÓN

Por aquel tiempo ultimé mi proyecto de exploración, a la vez que me di cuenta de que quería a Martina. Cada noche subíamos juntos a casa de mi tío para la cena. Miguel nos acompañaba, pero la mayoría de las veces se adelantaba. Yo confiaba a Martina mis proyectos, y ella se manifestaba como una excelente consejera. De esta forma nos comunicábamos nuestros puntos de vista sobre los respectivos trabajos, y poco a poco llegamos al intercambio de recuerdos personales. Me enteré entonces de que era huérfana desde los tres años, y Miguel la había educado. Como él era astrónomo, y como ella estaba, asimismo, muy bien dotada para las ciencias exactas, la había animado en este sentido. Por mi parte, yo había tenido la suerte, como primo hermano de Bernardo Verillae, de conocer a los miembros de la primera expedición Tierra-Marte, y le puede suministrar sobre ellos muchos detalles inéditos. Había sido incluso fotografiado por un periodista entusiasta, entre Bernardo y Segismundo Olsson, como el «miembro más joven de la expedición», lo que me valió muchas bromas en la Facultad. En cambio, cuando se trató de incluirme a bordo, para el segundo «raid», yo rehusé, en parte, con el fin de no afligir a mi madre, aún viva en aquel tiempo, lo que era honorable, y en parte por simple miedo, lo cual lo era menos. Encontré los periódicos de la época en la biblioteca de mi tío y enseñé a Martina la famosa fotografía. Ella me mostró otro cliché, que reproducía los asistentes a una conferencia del jefe de la misión, Pablo Bernadac. Con un ligero trazo a lápiz, encuadró en la quinta fila a un joven y a una muchacha.

—Miguel y yo. Tuvimos, en su calidad de astrónomo, un buen lugar. ¡Para mí fue una jornada gloriosa!

—Quizá me encontré contigo aquel día —dije—. Yo ayudaba a Bernardo a pasar los clichés en el aparato de proyección.

Con el auxilio de una lupa, pude reconocer el rostro de Martina, un poco añorado.

Así charlábamos, noche tras noche. Un día en que Miguel nos aguardaba en el dintel de la puerta, llegamos cogidos de la mano. Cómicamente él colocó las suyas sobre nuestras cabezas.

—¡Mis queridos hijos, en tanto que jefe de familia, os doy mi bendición!

Nos contemplamos, incómodos.

—Y bien. ¿Me habré equivocado?

A un tiempo, contestamos:

—Pregúntaselo a Martina.

—Pregúntaselo a Juan.

Los tres rompimos a reír.

Al día siguiente, habiendo meditado concienzudamente mis proyectos, expuse al Consejo mi plan de exploración.

—¿Puede usted —pregunté a Estranges— transformar un camión en una especie de tanque ligero, blindado en duraluminio y armado de una ametralladora? Servirá para explorar una parte de la superficie de Telus.

—¿Es necesario? —dijo Luis.

—Ciertamente. No ignoras que nuestros recursos son bastante precarios y la bolsa mineral de hierro es apenas suficiente para dos años, sin forzarla demasiado. La llanura y los pantanos que nos rodean son muy poco propicios para el descubrimiento de yacimientos metalíferos. Sería necesario ir hacia las montañas. Quizá allí encontraríamos también árboles suficientes para proporcionarnos madera de construcción, sin que tengamos que destruir los bosques que nos quedan, de los que, por cierto, no estamos sobrados. Quizá allí descubriríamos animales útiles, hulla. ¿Quién sabe? Quizá también un lugar sin hidras. Es poco probable que se alejen de las marismas.

—¿Cuánto gas-oil piensas gastar?

—¿Qué consume el mejor camión?

—Veintidós litros los cien. Cargado, y en terreno desigual, puede llegar a treinta.

—Supongamos que me llevo 1200 litros. Esto me proporciona un radio de acción de 2000 kilómetros. No me alejaré tanto, pero hay que contar con los zigzags.

—¿Cuántos hombres te hacen falta?

—Siete, contándome a mí. Pienso tomar a Beltaire, a quien he enseñado a reconocer los principales minerales. Miguel, si quiere venir.

—¡Seguro! Me apunto. Al fin haré astronomía «sobre el terreno».

—Tú me serás útil, especialmente para marcar el lugar con los datos topográficos. Por lo que respecta a los otros miembros, ya veré.

El proyecto fue adoptado por unanimidad, excepto un voto, el de Charnier. Al día siguiente, Estranges puso a los obreros manos a la obra para transformar el camión convenientemente. Se escogió un camión con dobles ruedas traseras, se reemplazaron los cristales demasiado frágiles por placas de plexiglás, provenientes de las reservas del Observatorio. El sistema de cierre de las puertas fue reforzado con planchas de duraluminio, pudiéndose, en caso necesario, obstruir las ventanas. Se comunicó la plataforma con la cabina de conducción siendo aquella alargada y transformada en habitación. Los arcos de acero fueron recubiertos de espesas planchas de duraluminio. Una cúpula superior albergó una ametralladora de 20 mm, cuya abertura se obtenía por un sistema de pedales. Debíamos llevar, además: 30 cohetes de 1 m. 10 cm, de largo alcance, dos fusiles ametralladores y cuatro fusiles de repetición. La ametralladora fue aprovisionada con 800 cartuchos, los fusiles ametralladores con 600 y los fusiles de repetición con 400. Seis bidones suplementarios de 200 litros contenían nuestro gas-oil. Seis literas superpuestas en dos series de tres, una pequeña mesa plegable, unas cajas llenas de víveres, utilizables al mismo tiempo como sillas; instrumentos explosivos, útiles, un bidón de agua potable, un pequeño aparato de radio emisor-receptor, acababan de obstruir el reducido espacio desde el interior hasta



el techo. El habitáculo estaba iluminado por dos bombillas y tres ventanas obturables. Unos disparadores permitían tirar desde el interior. En el techo, alrededor de la cúpula, se colocaron seis neumáticos nuevos. El motor fue enteramente revisado, y así tuve a mi disposición un vehículo temible, bien armado, capaz de desafiar a las hidras, poseyendo, en carburante, una autonomía de 4000 kilómetros, y en víveres, de veinticinco días. En los ensayos por carretera obtuvimos fácilmente una media de 60 km hora, En terreno desigual no se podía contar por encima de los 30.

Al mismo tiempo, me ocupé de la composición del equipo. Debía comprender:

Jefe de misión y geólogo: Juan Bournat.

Jefe de campo: Breffort.

Zoólogo y botánico: Vandal.

Navegante: Miguel Sauvage.

Examen de terrenos y minerales: Beltaire.

Mecánico y radio: Pablo Schoffer.

Este último, antiguo mecánico aviador, era un amigo de Luis.

No sabía cómo escoger el último expedicionario. Hubiera llegado gustosamente a Massacre, pero su presencia era igualmente indispensable en el pueblo. Dejé mi lista incompleta encima de la mesa. Cuando regresé la encontré concluida, con la atrevida letra de Martina:

Cocinero y enfermero: Martina Sauvage.

A pesar de todos mis ruegos y los de su hermano, fue imposible disuadirla. Como era robusta, valiente y excelente tiradora, no me molestó excesivamente tener que ceder. Por otra parte, yo estaba convencido de que nuestro «tanque» nos ofrecía un máximo de seguridad.

Realizamos nuestros últimos preparativos. Cada cual colocó como pudo algunos libros u objetos personales que quería llevarse. Tomamos posición de nuestra litera. ¡Había más de 60 cm de separación entre ellas! Martina tomó la más alta a la derecha, yo la más alta a la izquierda. Yo tenía debajo a Vandal y a Breffort, y ella a Miguel y a Beltaire. Schoeffler debía acostarse en la banqueta del conductor, siendo la cabina lo suficientemente larga para sus 1 m. 60 cm. Instalamos además un ventilador, por causa de la temperatura, que prometía ser agobiante. Una trampa se abría a un lado de la cúpula, lo que permitía subir al techo. Pero, al menor peligro, todo el mundo debía entrar inmediatamente.

Cada uno tomó su lugar, una mañana, al alba azul. Yo empuñé el volante, con Miguel y Martina a mi lado. Vandal, Breffort y Schoeffler subieron al techo. Beltaire estaba en el puesto ametrallador, en la torre, en comunicación conmigo por teléfono. Me había asegurado de que cada uno de nosotros, Martina inclusive, era capaz de conducir, tirar con la ametralladora y reparar las averías más frecuentes. Después de haber estrechado la mano de nuestros amigos y abrazado a mi tío y a mi hermano,

puse el motor en marcha. Rodamos en dirección al castillo. En la torre, Beltaire agitó largo tiempo la mano, en respuesta al pañuelo de Ida. Yo estaba exultante y feliz, cantando a plena voz. Sobrepasamos las ruinas, bordeamos la vía férrea y por la nueva carretera que habíamos construido —una pista, mejor— llegamos a la mina de hierro. Tuve la satisfacción de encontrar a los observadores en sus puestos. Algunos obreros iban y venían antes de comenzar el trabajo, otros tomaban un bocado. Cambiamos signos amistosos. Después empezamos a rodar en la llanura, entre las hierbas telurianas, Al principio, de trecho en trecho, vimos algunas plantas terrestres. Desaparecieron pronto. Una hora más tarde sobrepasamos las últimas huellas de mis reconocimientos Y nos adentramos en lo desconocido.

Un ligero viento del Oeste ondulaba la vegetación que pasaba bajo el camión con un suave rumor. El suelo era firme y muy llano. La sabana gris se extendía hasta el infinito. Algunas nubes blancas —nubes «ordinarias», hizo notar Miguel— flotaban hacia el Sur.

—¿En qué dirección vamos? —preguntó Miguel, que había dispuesto sobre una pequeña repisa los instrumentos de que precisaba para su cometido de navegante. Aunque inverso, con respecto al de la Tierra —la punta del compás que en la Tierra indicaba el Norte, apunta aquí al Sur—, el magnetismo de Telus es constante, y nuestras brújulas funcionaban perfectamente.

—Primero recto. Al Sur, después al Sudeste. Con ello rodearemos la marisma. Al menos así lo espero. Después hacia las montañas.

Al mediodía hicimos alto. Tomamos nuestra primera comida «a la sombra del camión», dijo Pablo, sombra apenas existente. Afortunadamente, soplaba un suave viento. Mientras bebíamos alegremente un vaso de buen vino, las hierbas ondularon, y una enorme «víbora» apareció. Sin dudarle un momento, marchó recta y hundió sus mandíbulas en el neumático izquierdo delantero, que emitió el silbido característico.

—¡Santo Dios! —exclamó Pablo, que saltó hacia el camión, saliendo con un hacha. Perseguido por los «¡no la descuartices!» de Vandal, asestó a la bestia un golpe tan furioso que la partió en dos y el hierro del hacha se hundió en el suelo hasta la empuñadura. Nos moríamos de risa.

—No sé si habrá encontrado esta presa jugosa —dijo Miguel, esforzándose en abrirle las mandíbulas.

Fue necesario emplear una pinza. Desmontado el neumático, nos encontramos con que los jugos digestivos del animal eran tan poderosos que la cámara estaba disuelta y el caucho corroído.

—Mis excusas —dijo Miguel, volviéndose hacia los restos del animal—. ¡Creo que habría podido comer el caucho!

De nuevo en marcha, rodamos a 25 ó 30 de promedio. Cuando atardeció, todavía estaba yo al volante, habíamos hecho 300 km, y unos picos situados a la izquierda nos habían convencido de que la marisma continuaba. No fue hasta el cabo de tres horas del día siguiente, después de una buena noche, cuando pudimos cambiar de

dirección sin haber encontrado otra cosa que hierbas grises, raros arbolillos y algún barranco que tuvimos que evitar. A lo lejos se perfilaban las montañas hacia las que marchábamos. Poco antes de las diez el tiempo cambió, y al mediodía la lluvia tamborileaba sobre los cascos de duraluminio. Comimos, prietos en el interior. La lluvia era tan violenta que dificultaba la visión, y decidí detenernos hasta que cesara. Entreabrimos las ventanas para dejar pasar el fresco, y los unos estirados en las literas y los demás montados en la mesa, estuvimos discutiendo. Yo estaba en una postura intermedia, alargado en la banqueta delantera, con Miguel y su hermana a mi lado, sentados en el dintel de la puerta de comunicación. Miguel y yo fumábamos nuestras pipas, y los demás cigarrillos. Gracias a Dios o al azar, había plantas de tabaco en el pueblo, además de una abundante provisión, y habíamos podido plantarlas. ¡Al abrigo de las incursiones de los inspectores de la Tabacalera!

La lluvia duró diecisiete horas. Cuando nos despertamos persistía aún, aunque más débilmente, y los turnos de guardia afirmaron que no había cesado un instante. Toda la llanura estaba cubierta por una película de agua, absorbida lentamente por el humus. Cuando Miguel lo puso en marcha, el camión resbaló antes de avanzar. Al finalizar el tercer día, habiendo recorrido 650 kilómetros, llegamos cerca de las montañas. Las colinas, orientadas SO-NO, reducían el horizonte, y entre dos de ellas yo haría un descubrimiento capital. Era de noche. Nos habíamos detenido al pie de un montículo rojizo, donde la vegetación permitía ver una tierra desnuda, arcillosa. Llevando mi arma, me había alejado un poco. Vagabundeando, vigilando el cielo de vez en cuando, reflexionaba. Me preguntaba si las leyes de la Geología terrestre eran aplicables a Telus. Acababa de decidirme por la afirmativa, cuando noté que desde algún tiempo experimentaba una sensación indefinible, pero conocida. Me detuve. Estaba delante de un pequeña marisma oleosa, donde la vegetación era muy pobre, apenas unos manchones amarillentos rodeados de irisados reflejos. Tuve un sobresalto: ¡aquello olía a petróleo!

Me acerqué. Unas burbujas negras subían a la superficie, por una pequeña grieta. Se inflamaron sin dificultad, lo cual no demostraba nada, pues podía tratarse de simple gas. Pero, ¿y las irisaciones? Según las apariencias, allí había un yacimiento petrolífero, probablemente a poca profundidad. Estudié el paraje con detención. La capa arcillosa que cubría la colina era substituida aquí por una roca negruzca, pizarrosa. A unos cien metros, esta roca tropezaba con una galga de calcáreo blanco. Todas las apariencias de una fisura. El petróleo podía remontar merced a esta fisura, en cuyo caso era probable que el yacimiento se perdiese. O bien permanecía próximo a la superficie. De todas maneras, había petróleo en Telus, y encontraríamos la manera de explotarlo.

Anotamos cuidadosamente aquel lugar en nuestro itinerario, y rodeamos por el Sur una cadena de montañas —sería mejor llamarlas altas colinas, pues no sobrepasaban los 800 metros de altura—. Eran elevaciones calcáreas, poco erosionadas, probablemente jóvenes. En un bloque desmoronado descubrí una concha

fósil, muy parecida a un braquiópodo terrestre. Todos los seres de Telus no estaban, pues —no habían estado—, tan absolutamente desprovistos de armazón como las hidras. La vegetación continuaba igualmente monótona: hierbas grises y «árboles» verde grises. Durante los estacionamientos, Vandal transformaba la mesa en laboratorio, y el microtomo no dejaba de funcionar. Pero hasta el momento no había logrado ningún descubrimiento sensacional. Las células de las plantas eran análogas a las de los vegetales terrestres, aunque a menudo polinucleadas. Estas plantas no tenían inflorescencias, sino unos granos semejantes a los de los pteridospermos de la era primaria de la Tierra.

Tan pronto como hubimos rodeado las colinas vimos a lo lejos una poderosa cadena de montañas, coronadas de picos nevados. El más alto era particularmente bello. Chocaba a la vista por su altitud enorme. Se levantaba negro como la noche bajo su sombrero de nieve, cónico, regular, cayendo recto sobre la llanura. Era probablemente volcánico. Lo bautizamos «Monte Tenebroso».

Rodamos recto hacia él. Miguel tomó algunos datos, y con un sencillo cálculo dedujo su altura. Susurró:

—¡Aproximadamente, unos 12 km. 700 m!

—¡Doce kilómetros! Le lleva al Everest...

—Más de 3000 metros.

—¿Qué ocurre que se distingue tan claramente el pico? Debería estar por encima de las nubes.

—Ocurre que no hay nubes. Son bastante raras en Telus. ¡Pero cuando llueve! ¡Acuérdate de anteayer!

—Y, sin embargo, debe llover más a menudo de lo que crees. ¡Esta vegetación no vive sin agua!

Antes de llegar al pie del pico topamos con un difícil obstáculo. El suelo comenzó a descender. Y en el fondo de un amplio valle avistamos un río. Estaba rodeado de una vegetación dendriforme, que se mostró más cercana a los árboles terrestres que todo lo que nosotros conocíamos hasta aquel momento. Existían incluso inflorescencias que Vandal comparó con los conos de determinados gimnospermos.

¿Cómo atravesar el río? No era muy ancho —unos 200 metros—, pero rápido y profundo. Las aguas eran negras. En recuerdo de mi país natal, lo bauticé «Dordoña». Parecía poco probable que unas aguas tan rápidas pudieran convenir a las hidras, pero tomamos nuestras precauciones. Remontamos la corriente, con la esperanza de encontrar un vado más fácil. Por la noche nos pareció llegar al manantial. El río parecía saltar de un acantilado. No fue fácil pasar el camión por la especie de puente que formaba este paraje rocoso: estaba obstruido por la vegetación y bloques de piedra, y cortado por las torrenteras. Río abajo, por la otra orilla, seguimos hacia el «Monte Tenebroso». Por una ilusión óptica, nos había parecido que formaba parte de la cadena de montañas. En realidad, se levantaba mucho antes, como una gigantesca mesa recubierta de lava negra, basalto y otras rocas. Ello nos pareció la prueba de un

cambio reciente en el origen profundo del magma expelido por el volcán, pues las lavas, fluidas, no tenían un relieve escarpado. Grandes coladas de obsidiana jalonaban la base. Cerca de una de ellas realicé un sorprendente hallazgo: en un montón de tasquiles encontré una punta finamente tallada, en forma de hoja de laurel, totalmente análoga a las que nuestros antepasados fabricaron en la Tierra a lo largo de la época solutrense.

## IV LOS SSWIS

En un aparte con Vandal, Miguel y Breffort, les mostré mi hallazgo.

—¿Estás seguro —preguntó Miguel— que no puede ser un juego de la naturaleza?

—En modo alguno. Considera la forma general, los retoques. Es exactamente la réplica de una punta solutrense.

—O de algunas piezas, igualmente en obsidiana, provenientes de América, que hubieras podido contemplar en el Museo del Hombre, de haberlo frecuentado —añadió Breffort.

—Por tanto —repuso Miguel—, es forzoso admitir que existen hombres en Telus.

—No necesariamente —dijo Vandal—. La inteligencia puede florecer bajo formas distintas de la nuestra. Hasta el momento, la fauna teluriana no tiene nada de terrestre.

—Cierto. El que mi primo y sus compañeros hayan encontrado humanoides en Marte, no es razón para que deban existir aquí también.

—¿No podría tratarse —repuso Miguel— de terrestres como nosotros, que no teniendo a su disposición nuestros medios, hayan retrocedido a la Edad de Piedra?

—No lo creo. En la Tierra conocía a muy pocos hombres capaces de tallar la piedra a la manera prehistórica. Y puedes creerme, la fabricación de semejante pieza supone una habilidad que no se adquiere más que por un entrenamiento de muchos años. ¡De todas maneras, abramos los ojos y pongamos al corriente a los demás!

Así se hizo. Mandé revisar los faros y el reflector conectado en la cúpula móvil. Para hacer frente a cualquier eventualidad se dobló la guardia de noche y yo tomé el primer turno con Miguel. Subió a la torre y yo me coloqué delante en la banqueta, y por un disparador pasé el cañón de un fusil ametrallador. Con los cargadores dispuestos, aguardé. Al cabo de un momento llamé a Miguel por teléfono.

—Es mejor que nos hablemos de vez en cuando; esto nos impedirá dormirnos. Si quieres fumar tu pipa, procura que la lumbre de tu encendedor no se filtre fuera.

—De acuerdo. Si observo alguna cosa, te lo advierto en seguida, y...

Ahora, muy cerca, retumbó un extraño y poderoso grito. Parecía un berrido gutural, que terminó por un silbido horrible que crispaba los nervios. Tuve una extraña impresión de rigidez. Los saurios gigantes del secundario deberían tener unas voces de este tipo. ¿Estábamos en una región poblada de tiranosauros? Miguel me susurró por el micro:

—¿Has oído?

—Claro que sí.

—¿Qué diablos puede ser? ¿Alumbro?

—¡No, por Dios! ¡Cállate!

El extraño grito se oyó de nuevo, más cercano aún. Detrás de una barrera de árboles vi, a la pálida luz de Selenio, una cosa enorme que se movía. Con el aliento entrecortado, puse un cargador en la ametralladora. El ruido que produjo me pareció ensordecedor. Con un ligero chirrido, la torre volteó. Sin duda, Miguel lo había visto también y apuntaba su arma. En el nuevo silencio pude oír los ronquidos de Vandal. ¡Debían estar muy fatigados todos para no haber despertado con estos gritos! Cuando me estaba preguntando si no era menester tocar la campana de combate, la forma se desplegó y salió de detrás de los árboles. Con tan poca luz, sólo entreví un dorso dentado, unas patas gordas y gruesas, una cabeza cornuda, chata, muy larga. En su marcha una cosa curiosa me llamó la atención: ¡El animal tenía seis patas! Debía medir 25 ó 30 metros de largo y 5 ó 6 metros de alto. Con el dedo tanteaba el seguro comprobando que mi arma estuviera dispuesta para el tiro, pero no me atreví a colocar el índice en el gatillo, temiendo lanzar una ráfaga con el nerviosismo.

—Atención. Dispuesto, pero no dispare —dije. —¿Pero qué es esta porquería? —¡No lo sé! ¡Atención!

El monstruo se movía. Estaba avanzando hacia nosotros. Su cabeza llevaba unos cuernos enramados como los de un ciervo, y relucían bajo la luna. A poca velocidad, medio deslizándose, medio trepando, se fue hacia la sombra de la barrera de árboles y le perdí de vista. Fueron unos minutos terribles. Cuando reapareció, estaba más lejos y se fundió gradualmente en la noche. Un ¡Uf! me llegó por el teléfono. Yo contesté de la misma manera.

—Echa un vistazo —dije.

Por el chirrido de los pedales, comprendí que Miguel obedecía. De repente, escuché un ¡ah! apagado.

—¡Ven acá!

Subí por la escalera hasta cerca de Miguel, al otro lado de la ametralladora.

—Enfrente tuyo, lejos.

Al atardecer habíamos visto, en aquella dirección, un acantilado. Ahora parpadeaban unos puntos luminosos, que a veces ante algún obstáculo desaparecían.

—¡Fuego en las grutas! ¡Es allí donde viven los talladores de la obsidiana!

Permanecieron allí hipnotizados, observando de vez en cuando. Cuando, algunas horas más tarde, se levantó el sol rojo, estábamos allí todavía.

—¿Por qué no nos habéis despertado? —se lamentó Vandal—. ¡Pensar que no he visto a este animal!

—No es muy amable de vuestra parte —añadió Martina.

—Pensé en ello —dije—. Pero mientras el animal estuvo allí no quise producir la confusión de un despertar sobresaltado, y luego, pues se marchó. Ahora Miguel y yo vamos a dormir un poco. Vandal y Breffort, encargados de la guardia. Es innecesario recomendaros que estéis alerta. No disparéis más que en el caso de absoluta necesidad. Tú, Carlos —dije a Breffort—, toma el otro fusil ametrallador y sube a la torre. No uses la ametralladora más que como último recurso. Las municiones son

relativamente escasas. Pero, si es necesario, no te detengas. Prohibición absoluta de salir. Despertadme cuando salga Helios.

¡No dormimos más que una hora! Unos disparos y la brusca partida del camión me despertaron. En un abrir y cerrar de ojos estuve fuera de la cama, recibiendo a Miguel aún medio desnudo, encima de mi cabeza. A través de la puerta de comunicación vi a Pablo al volante y la espalda de Vandal inclinada sobre un fusil ametrallador. Detrás, Beltaire, con el otro fusil ametrallador, observaba, la vista pegada en el disparadero. La torre giraba en todas direcciones y la ametralladora pesada disparaba a ráfagas de cuatro o cinco balas.

—¡Miguel, aprovisiona la ametralladora!

Pasé a la parte delantera.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué estamos en ruta?

—¡Han prendido fuego en la hierba!

—¿Sobre quién disparáis?

—Sobre los que lo han encendido. ¡Mira, están allí!

A través de unas hierbas altas entreví una silueta vagamente humana que corría a toda marcha.

—¿Montados a caballo?

—¡No! ¡Centauras!

Como para confirmar la expresión que había usado Vandal, una de aquellas criaturas apareció a unos cien metros, sobre un cerro despoblado. A primera vista, evocaba claramente la leyenda: medía aproximadamente dos metros de alto, un cuerpo cuadrúpedo, con unas finas y largas piernas. Perpendicular a este cuerpo, crecía un torso casi humano, con dos largos brazos. La cabeza era calva. Un tegumento moreno relucía como una castaña de indias recién escabuchada. Aquel ser tenía en una mano un manojo de bastones. Cogió uno con su mano derecha, corrió hacia nosotros, y lo lanzó.

—Una azagaya —dije sorprendido.

El arma se clavó en el suelo, a unos metros, desapareciendo bajo las ruedas. Una exclamación de angustia llegó del fondo del camión:

—¡Más rápido, más rápido! ¡El fuego nos alcanza!

—Rodamos al máximo, 55 por hora —dije—. ¿Está lejos el fuego?

—A 300 metros solamente. ¡El viento lo empuja hacia nosotros!

Seguimos recto. Los «centauros» habían desaparecido.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté a Martina.

—Estábamos hablando del animal que habíais visto esta noche, cuando Breffort indicó a Vandal que habían aparecido unos cuerpos detrás nuestro. Apenas había dicho esto, cuando han aparecido un centenar de estos seres, que comenzaron a lanzarnos azagayas. Yo creo que algunos de ellos tienen incluso arcos. Respondimos al ataque y nos pusimos en marcha. Esto es todo.

—El fuego progresa —gritó Beltaire—. ¡Está a cien metros!



La humareda obscurecía, a nuestra derecha, el paisaje. Algunas chispas superaban al camión, encendiendo fuegos secundarios, que había que evitar. —Intenta forzar un poco, Pablo. —¡Vamos a todo gas! Sesenta por hora. Y si un neumático revienta...

—Pues nos asaremos. ¡Pero aguantarán!

—A la izquierda, Pablo, a la izquierda —gritó Breffort ¡tierra seca!

Schoeffer viró, e instantes después rodábamos a través de una vasta y desnuda extensión de arcilla rojiza. Las montañas estaban cerca y Helios se levantaba. Consulté mi reloj; desde el momento en que me había acostado hasta aquel instante había pasado una hora y media.

Nuestra posición en aquel momento era buena. Nos encontrábamos sobre una superficie desolada, de varios kilómetros de circunferencia probablemente. Con nuestro armamento intacto éramos temibles. Desde nuestro camión no peligrábamos, exceptuados los neumáticos, ni por flechas ni azagayas. Poco a poco el fuego rodeó nuestro islote de salvación y nos sobrepasó por la izquierda. Delante corrían toda una serie de bestias curiosas. Vandal descendió a tierra y capturó a unas cuantas. Muy variadas en formas y tallas —desde la de una musaraña a la de un perro grande—, presentaban todas ellas un carácter común, la presencia de seis patas. El número de ojos oscilaba entre tres y seis.

A nuestra derecha, el fuego, encontrando quizá una vegetación más húmeda, se detuvo. A la izquierda nos había desbordado ligeramente. Alcanzó un racimo de árboles, que crepitaron y se inflamaron con violencia, como si estuvieran impregnados de bencina. Se oyó un rugido terrorífico. Una forma enorme salió de entre los árboles abrasados y cargó derecho hacia nosotros a gran velocidad. Se trataba del animal de la noche, o de un hermano de raza, que debía tener su escondrijo en aquel bosquecillo. A unos 500 metros de nosotros, en tierra limpia, se detuvo. Con los prismáticos pude examinarle con detalle. Su forma general —exceptuadas las seis patas— era la de un dinosaurio. El dorso dentado se prolongaba a través de una larga cola erizada. Su tegumento verde brillante era calloso. La cabeza, de unos tres o cuatro metros, estaba dotada de numerosos cuernos, dos de ellos ramificados; poseía tres ojos, dos laterales y uno frontal. Se volvió para restregarse una herida. Y pude ver unos dientes enormes, agudos, y una larga lengua rojiza en una enorme fauce violácea.

Después aparecieron diez «centauros» armados con arcos. Comenzaron a acribillar al monstruo con sus flechas. El animal se lanzó sobre ellos. Con una maravillosa presteza, lo sortearon; sus movimientos eran vivos y precisos y su velocidad sobrepasaba la de un caballo al galope, lo cual les era absolutamente necesario, por cuanto el monstruo desplegaba una ágil actividad, muy notable con relación a su peso. Todos nosotros observábamos aquella apasionante caza épica, dudando en intervenir. Hubiera resultado difícil disparar sin alcanzar a los propios cazadores, danzando en torno a su presa. Iba a ordenar ponernos en camino, cuando el drama se presentó. Uno de los «centauros» resbaló. La enorme mandíbula lo

agarró, triturándole.

—¡Adelante! ¡Dispuestos para hacer fuego!

Avanzamos, a velocidad moderada, para poder maniobrar mejor. Por extraño que pueda parecer, no creo que los «centauros» hubieran notado nuestra presencia hasta que estuvimos a cien metros de ellos. Entonces nos vieron, y abandonaron inmediatamente el ataque del monstruo, reagrupándose de tres en tres. A medida que avanzábamos, ellos retrocedían, dejándonos frente a frente con el animal. Había que evitar a toda costa un choque con él, que nos hubiera aplastado.

—¡Fuego! —grité.

El monstruo cargaba sobre nosotros. Aunque acribillado por las balas y por los obuses perforantes, no se detuvo. Schoeffler, con un violento golpe de volante, ladeó a la izquierda. Me pareció que el animal resbalaba hacia la derecha, cuando con un golpe de cola magulló el blindaje. Volviéndose inmediatamente, la ametralladora continuó disparando. La bestia quiso regresar hacia, nosotros, tropezó y se detuvo inmóvil, muerta. A distancia los «centauros» observaban.

El monstruo ya no rebullía. Con la metralleta al puño, bajé del camión con Miguel y Vandal. Martina quiso venir, pero yo se lo prohibí. Con razón. Apenas pusimos pie a tierra, que ya los «centauros» cargaban sobre nosotros, acompañándose de gritos sibilantes: " ¡SSwis! ¡SSwis!" Un fusil ametrallador crepitó, callándose en seguida, atascado quizá. La ametralladora disparó por dos veces. Ya los asaltantes estaban sobre nosotros. Nuestras ráfagas fueron más eficaces. Tres «centauros», muertos, rodaron por tierra; dos más, heridos, huyeron. Una lluvia de flechas cayó a nuestro alrededor, fallando. Después aquello fue el cuerpo a cuerpo. Con nuestras ametralladoras descargadas, empuñamos las pistolas. Apenas tenía yo la mía en la mano, cuando me sentí apresado y arrastrado por la espalda. Había sido agarrado por unos brazos poderosos contra un torso oleoso, del que se desprendía un acre olor de grasa rancia. Yo tenía los brazos aplastados contra el cuerpo y mi pistola en la mano izquierda. Pude oír unos disparos, sin que pudiera revolverme. La tierra seca resonaba bajo los pies de mi atacante.

Me di cuenta de que si no me desprendía rápidamente estaba perdido. Una treintena de «centauros» acudían a la ayuda. Con un violento esfuerzo pude debilitar el abrazo de mi enemigo, volverme y soltar mi brazo derecho. Hice pasar mi pistola a la mano derecha y disparé cinco balas en la cabeza del ser que me estaba arrastrando. Rodé por tierra, maltrecho, casi desvanecido. Cuando me levanté, los demás no estaban más allá de trescientos metros, y el camión llegaba a toda velocidad, con las armas calladas. Me puse a correr hacia él sin grandes esperanzas de escapar. Estaba anegado de un líquido anaranjado y viscoso, la sangre del «centauro». Oía cada vez más cercano el galope de mis perseguidores. Mi respiración se entrecortó. Me dolía el costado. Por la abertura de la torre vi a Miguel hacerme signos con el brazo.

—Demasiado tarde —pensé—. ¿Por qué no disparan? —De repente lo comprendí: no podían tirar, sin riesgo de alcanzarme. Brutalmente, me lancé al suelo,

volviéndome en la dirección del enemigo. Tenía todavía tres balas en mi arma. Apenas estuve en tierra cuando los primeros obuses silbaron sobre mi cabeza, alcanzando a una docena de enemigos. Se asustaron, deteniéndose. No obstante, dos de ellos continuaron hacia mí; yo les derribé a unos cien metros. Con un chirrido de los frenos, el camión se detuvo muy cerca, con la puerta abierta. Salté al interior. Un bandazo de flechas tecló contra la puerta, rayando el plexiglás de la ventanilla. Uno de los proyectiles pasó a través de un disparadero, clavándose, vibrátil, en un respaldo. Nuestro fuego contestó y los sobrevivientes huyeron. Éramos dueños del campo de batalla. Miguel descendió de la torre.

—¡Bien, muchacho, de buena has escapado! ¿Por qué diablos no te has agachado antes?

—¡Si crees que estuve pensando! ¿No hubo desperfectos?

—Vandal ha recibido una flecha en el brazo, en mitad del alboroto. No será nada..., si no está envenenada. Breffort ha examinado la punta. Y asegura que no.

—¡Vaya seres infernales!

—¿Adonde vamos ahora?

—Volvamos a ver al Goliat que hemos abatido.

Miguel, Vandal y yo descendimos por segunda vez para examinar al monstruo, así como los cadáveres de los «centauros» que habían quedado en el primer campo de batalla. Según Vandal, la coraza del Goliat, como llamábamos al monstruo, era de una materia semejante a la quitina de los insectos terrestres, aunque distinta. En todo caso, era muy dura, y antes de conseguir arrancar uno de los cuernos ramificados, que Vandal quería llevarse, mellamos una sierra para metales. Fotografiamos al animal y a los «centauros» muertos. Teníamos todavía algunos carretes de mi «Leica», que usábamos con parsimonia.

Son realmente unos seres extraños estos «centauros», o como los llamamos con motivo de su grito —y todavía les denominamos hoy— «Sswis». Un cuerpo casi cilíndrico, cuatro patas finas, con unas pezuñas duras y pequeñas, y una cola callosa y corta. En la parte anterior, este cuerpo se acaba bruscamente, ofreciendo un torso casi humano, con dos largos brazos que terminan en unas manos de seis dedos opuestos e iguales por pares. La cabeza esférica, calva, desprovista de aparato auditivo externo —que es substituido por una membrana colocada en una concavidad—, posee tres ojos de un gris pálido, el mayor de los cuales está situado en la frente. Una boca amplia con unos dientes agudos, de reptil. La nariz larga, muelle, bailando como una trompa, cae sobre la boca. Vandal disecó sumariamente a uno de ellos. El cerebro es complicado y voluminoso, protegido por una cápsula quitinoide. El armazón óseo está mineralizado, pero es flexible. Aunque distintos, son mucho más próximos a nosotros que las hidras. Algunos cadáveres estaban más calientes. El torso no encerraba más que dos vastos pulmones, análogos a los nuestros, aunque más simples; el corazón con cuatro cavidades y el estómago. Las demás vísceras se albergan en la parte horizontal del cuerpo. La sangre, espesa, era de un color naranja.

—Son unos seres que estamos forzados a llamar humanos —dijo al fin Vandal—. Conocen el fuego, tallan la piedra, fabrican arcos. Son inteligentes en definitiva. ¡Qué lástima haber entrado en relación con ellos de esta forma!

Nos marchamos, no sin antes haber observado que además de sus armas —un arco o jabalinas con puntas de obsidiana finamente talladas— los Sswis llevaban alrededor de la parte vertical del cuerpo, una especie de cinturón de fibras vegetales artísticamente trenzadas, que sostenía unas pequeñas bolsas de la misma naturaleza, llenos de objetos de obsidiana, que recordaban notablemente los útiles de nuestro Paleolítico Superior humano.

Escogimos, para pasar la noche, una extensión de terreno completamente desprovisto de vegetación. Estos curiosos espacios desnudos eran bastante frecuentes, y me convencí de que eran debidos a la naturaleza del suelo, una especie de laterita completamente estéril. Sea cual fuera la causa, servía a nuestros designios. Detuvimos el camión en lo alto de una elevada pendiente, como precaución a una posible falla en la puesta en marcha del motor. Todas las precauciones fueron inútiles. La noche transcurrió sin alarma alguna, turbada apenas por el grito lejano de un Goliat. No obstante, por la mañana, Miguel me despertó con una cara preocupada.

—Mira —me dijo, enseñándome el barómetro.

Este marcaba exactamente 76 centímetros de mercurio, en lugar de los 91 que nos son habituales.

—Tengo la impresión de que vamos a disfrutar, dentro de poco, de un tiempo divertido.

—¿Estás seguro de que no es debido a la altura?

—Ayer noche señalaba 90.

Me llevó hasta el cristal de la izquierda.

—Mira las montañas.

Los «Montes desconocidos» desaparecían en la bruma. Al oeste, el cielo se cubría de unas nubes grises.

—No podemos permanecer aquí —decidí.

Adelante. Es necesario encontrar un refugio natural.

Pablo tomó el volante. Al instalarse, observó el horizonte y dejó escapar un silbido significativo.

—¡Contra! ¡No he visto nada igual después de aquel fregado en el Atlántico Sur!

El sector oeste aparecía de un gris plúmbeo, siniestro. Producía un contraste sorprendente, el sol naciente brillando con todo su esplendor y este tinte espantoso que ascendía con rapidez por el cielo.

—A la izquierda —dije—. A mayor elevación de las tierras, menos habremos de temer una inundación.

Marchamos hacia el Sudoeste, a través de la llanura desierta. Las nubes casi habían alcanzado el cénit. De súbito, cayeron las primeras gotas de lluvia, grandes y sonoras. El viento, que en lo alto arrastraba las nubes, era nulo a ras de suelo. Hacía

un calor agobiante. Dejando a Miguel al lado del conductor, subí seguido de Martina a la torre, desde donde esperaba divisar un refugio. Con el objeto de acercarnos más aprisa a las montañas, derivamos de lleno hacia el Sur y luego al Sudeste. El sol ascendía lentamente. La lluvia, poco nutrida, persistía. La tempestad se desencadenaba al Oeste, con un rumor opaco. Estábamos llegando a un acantilado, que bajo aquella luz, cada vez más lívida, me parecía cuajado de cuevas. Aún nos faltaban dos buenos kilómetros. De repente, se desencadenó la tempestad. El viento alcanzó el camión, desviándolo. Pablo soltó una exclamación, a la vez que con un golpe de volante nos restablecía en nuestra dirección. La lluvia arreció, las flechas líquidas eran barridas por el viento, y el acantilado aparecía más lejano o próximo según la dirección del viento que separaba o precipitaba el telón de la lluvia. Retumbó un trueno con un ruido ensordecedor. La oscuridad era casi total, iluminada de vez en cuando por brillantes relámpagos de un violeta deslumbrante. Tuve que llevar la ametralladora al interior y cerrar el portillo. Muy pronto hubo que hacerse comprender a gritos, por causa del continuo fragor.

El camión avanzaba con dificultad. El suelo, viscoso, no ofrecía resistencia a los neumáticos, que resbalaban. El viento no era continuo, pero soplaba por ráfagas bruscas, dificultando la conducción. No podíamos sobrepasar sin peligro los diez kilómetros por hora. Los relámpagos parecían palpitar durante largos minutos; después aquello se convirtió en un espectáculo fantasmal de luz y tinieblas, de donde emergía y desaparecía a mi lado el rostro pálido y un poco asustado de Martina.

Cuando me agachaba, veía bajo mis pies el interior del camión. Sobre la mesa, Breffort escribía el diario de a bordo, y Vandal ponía en limpio sus anotaciones. No pude descubrir a Beltaire. Vi, al fin, una pierna colgar de la litera. Cuando alzaba la cabeza, el universo, por contraste con la calma del exterior, parecía aún más desencadenado. El viento y la lluvia arreciaban. Los relámpagos mostraban la capota y el techo chorreando, como si salieran del mar. La antena vibraba, tirante, con peligro de quebrarse. En el intervalo que dejaban los truenos percibí un agudo canto.

—Y bien —grité—, es una señora tempestad.

—Es magnífico —respondió Martina.

Era realmente un espectáculo magnífico, aunque pavoroso. Con anterioridad, en la Tierra, había sido sorprendido por tempestades en la montaña, pero jamás había visto nada que pudiera compararse a esto en violencia y belleza. Cayó un rayo, a 200 metros escasos, y yo grité a Miguel:

—¿Qué hace el barómetro?

—¡Todavía baja!

—¡Estamos llegando! Veo varios refugios. ¡Encended los faros!

El acantilado estaba muy cerca. Estuvimos rondando durante dos o tres minutos antes de encontrar una abertura capaz de albergar el camión, y de fácil acceso. Temiendo un nuevo encuentro con los Sswis —o con un Goliat—, dispuse la ametralladora en batería, y un soplo de aire frío y húmedo penetró con el rumor de la

lluvia. La cueva estaba vacía, y muy pronto el camión estuvo en terreno seco, protegido por más de treinta metros de roca. Lo situamos de cara al exterior y descendimos. Beltaire, a quien le tocaba por turno, permaneció en la ametralladora. La cueva medía unos cincuenta metros de largo por veinte de alto y veinticinco de profundidad. El agua resbalaba por la bóveda formando goteras. No obstante el suelo estaba seco, gracias a los salientes de la roca, que hacían las veces de cornisas. En un rincón, cenizas, útiles de obsidiana y residuos de hueso, testimoniaban la reciente presencia de los Sswis. Por tanto, era menester vigilar. Encontramos también, cuidadosamente guardados en una anfractuosidad, bloques de obsidiana y reservas de madera seca. Quizá fuera una imprudencia, pero encendimos fuego detrás del camión. Tomamos cerca de él nuestra comida del mediodía, y las latas vacías de conserva aumentaron el montón de basura dejado por los Sswis.

—Me pregunto qué cara pondrán nuestros amigos los «centauros» cuando encuentren estos curiosos recipientes —dije.

—Especialmente si observan las ilustraciones —añadió Miguel.

Un bote de salchicha llevaba una efigie policromada de la «Tía Irma», representación de una opulenta cocinera.

—Van a llevarse una pobre impresión de nuestro arte —intervino Martina.

Nos hablábamos a gritos, para dominar el ruido tempestuoso de las aguas.

Con Beltaire, relevado por Miguel, y Breffort, abrimos una pequeña zanja para escrutar el suelo de la cabaña. Quería saber si había sido habitado en otras épocas. Nuestro trabajo se vio recompensado por el descubrimiento, en la tierra arenosa, de dos capas de cenizas y residuos, cada una de ellas de un espesor de veinte centímetros. Las dos nos mostraron labores idénticas; distintas por lo que pudimos apreciar de las que realizaban los Sswis actuales. Eran más primarias; talladas solamente por una sola cara, y no en forma de hojas de laurel. Encontramos también el esqueleto de un Sswis bien conservado, pero no pudimos comprobar si había sido voluntariamente amortajado. Descubrimos igualmente una buena cantidad de variados esqueletos, algunos de los cuales podían haber pertenecido a los Goliats.

Tres de estos animales, de una envergadura relativamente pequeña —no pasaban de unos diez metros de largo— vinieron a hacernos una visita al atardecer. Con muy poca amabilidad nos negamos a recibirles, mandándoles de nuevo bajo la lluvia. Insistieron, disparamos derribando a uno, y los demás huyeron.

La lluvia, con ciertas intermitencias, duró seis días. No pudiendo hacer nada más, los dedicamos a nuestras búsquedas. Ahondé en mi zanja. En vez de la arena de las capas superiores, me encontré con lechos de escombros calcáreos formados en un clima distinto, bastante más frío. Telus debió haber conocido, como la Tierra, períodos de glaciación, y me propuse buscar en las montañas antiguas pellizas protectoras. Subimos al camión con una buena cantidad de huesos y piedras talladas, germen de un futuro museo.

Al tercer día, por la mañana, el sol se levantó en un cielo despejado. Sin embargo,

era menester aguardar. La tierra baja estaba encharcada, y la lluvia la había convertido en un barrizal. Afortunadamente se levantó un fuerte viento, que aceleró la evaporación. Aprovechamos este forzado reposo para ponernos en comunicación, por radio, con el Consejo. Establecimos contacto. Fue mi tío quien respondió. Le comuniqué el descubrimiento de la existencia de los Sswis, y los indicios de petróleo. Por su parte me dijo que desde hacía unos días las hidras volaban con frecuencia sobre el territorio, sin atacar. Las granadas habían abatido a más de cincuenta. Advertí rápidamente al Consejo que íbamos a marchar aún un poco más hacia el Sudoeste, para regresar después. El camión estaba en buen estado, nos quedaba más de la mitad del carburante y las municiones y los víveres eran aún abundantes. Habíamos recorrido 1070 kilómetros.

Cuando el suelo fue lo bastante seco, partimos. Poco después encontramos otro río, que yo llamé «Vecera». Menos importante que el Dordoña, se encogía, a trechos, hasta unos cincuenta metros. El problema de atravesarlo era difícil, pues sus aguas, agitadas por el reciente temporal, corrían rápidas y profundas. No obstante debíamos franquearlo, pero en unas condiciones que producían escalofríos.

Siguiendo su curso nos encontramos con una catarata. El Vecera se precipitaba desde más de treinta metros de alto. El examen de los alrededores me hizo pensar en una falla del terreno, que se traducía en la topografía, además del salto de agua, por un acantilado. Tuvimos la suerte de encontrar a unos kilómetros una pendiente practicable para nuestro vehículo, y volvimos perpendicularmente al río, justamente encima de la catarata. Nos preguntábamos qué hacer para franquearla. Entonces, una idea, audaz y horripilante, germinó en el cerebro de Miguel. Indicándome una amplia roca plana que emergía, a diez metros de la orilla, y otras más que llegaban hasta el otro borde, espaciadas de cinco a seis metros, me dijo:

—Aquí tienes los sillares del puente. No falta más que colocar la pasarela.

Le miré, aturdido.

—¿Con qué?

—Por aquí hay árboles de diez a veinte metros de alto. Tenemos hachas, clavos y cuerdas. Algunos arbustos son bastante flexibles para servir de lianas.

—¿No crees que es un poco arriesgado?

—¿Y nuestra expedición, no lo es?

—Bien, consultemos a los demás.

Breffort opinó que la cosa era factible.

—¡Hace falta valor, ciertamente, pero cosas peores hemos hecho!

Con la protección del camión, con Vandal en la ametralladora y Martina al volante, nos convertimos en leñadores. Los troncos abatidos, limpios y groseramente igualados, fueron arrastrados por el camión a unos cincuenta metros más allá del salto.

Se trataba de alcanzar con los extremos la primera roca. Estaba buscando la manera, cuando vi a Miguel desnudarse.

—¿No pensarás ir a nado?

—Si. Atadme con una cuerda. Voy a lanzarme aquí y dejarme derivar hasta la roca.

—¡Estás loco! ¡Vas a ahogarte!

—No te asustes. He sido campeón universitario de los 100 metros en 58" 4. Rápido, antes de que me vea mi hermana. Estoy seguro de mi mismo, pero no es necesario proporcionarle emociones inútiles.

Ya en el agua, nadó vigorosamente, hacia el centro, hacia unos diez metros de la orilla. Después, se dejó llevar. Breffort y yo sosteníamos el extremo de la cuerda que le ataba por la cintura. A pocos metros de la roca, luchó enérgicamente con la corriente, que le aspiraba hacia la sima. Sin embargo, y sin gran esfuerzo, logró agarrarse. Se izó con una sacudida.

—¡Brrr! Está fría —vociferó, a causa del estrépito del agua—. ¡Ligad el tronco por un extremo de mi cuerda, y el otro con una cuerda que aguantaréis vosotros! ¡Esto es! ¡Ahora, lanzadlo al agua! ¡Sostenedlo, no lo dejéis escapar!

El enorme tablón se estrelló en punta contra la roca. El otro extremo, que nosotros agarrábamos, roía el ribazo. Lo levantamos con dificultad. Después Pablo, Breffort y yo atravesamos; Pablo y yo a caballo del madero y las piernas en el agua; Breffort de pie, a cinco metros de la catarata. Tenía, nos dijo, horror de mojarse los pies. Fijamos un extremo del árbol sobre la roca, con ganchos de acero. Habíamos puesto la primera viga de nuestro puente.

Recomenzamos la maniobra para la segunda. Al atardecer habíamos colocado tres. El crepúsculo interrumpió nuestros esfuerzos. Yo estaba fatigado, Miguel y Pablo deshechos; en cambio, Breffort se encontraba relativamente fresco. Tomé la primera guardia con él hasta medianoche. La segunda Vandal y Beltaire, y la tercera Martina sola, después del alba. Por la mañana volvimos al trabajo. Al fin, todas las vigas fueron colocadas en su lugar, y pudimos pisar el suelo de la otra orilla. Precisamos de cuatro días para situar la pasarela. Era sumamente pintoresca. Hacía un tiempo excelente, fresco. La luz era joven y viva, incluso en el crepúsculo. Estábamos alegres. El último día, durante la comida, destapé dos o tres viejas botellas, lo cual extremó el optimismo. Estábamos en los postres, comiendo sobre la hierba gris, lejos del camión, cuando nos cayó encima una bandada de flechas. Afortunadamente, nadie resultó herido, pero en cambio fue alcanzado un neumático. Yo tenía un fusil ametrallador a mi lado y me eché al suelo. Lancé un fuego de infierno en la dirección de las flechas: una hilera de árboles a unos cuarenta metros. Tuve la satisfacción de ver cómo un buen número de Sswis, que salieron de allí, estaban heridos. El ataque acabó en seguida. No tan alegres —pues hubiéramos podido perecer todos— terminamos rápidamente la pasarela, y el camión, pilotado prudentemente por Pablo, se puso sobre el puente. No hubo jamás ingeniero, después de haber construido el mayor viaducto del mundo, que estuviera tan orgulloso de sí mismo como nosotros al desembarcar en la otra orilla... ¡Ni tan aliviado!



Llegó la noche sin más incidencias. Antes de ponerse el sol, escogí la ruta del día siguiente. Marcharíamos de lleno al Sur, hacia una montaña que, aunque de mucha menor altura que el Monte Tenebroso, alcanzaba los 3000 metros. A medianoche, mientras montaba la guardia, divisé un punto luminoso cerca de la cumbre. ¿Era un volcán? La luz se apagó. Al encenderse de nuevo, algo más baja, comprendí su significado. ¡Era una señal de fuego! Me volví. Detrás del Vecera, en las colinas, brillaba otro fuego. Inquieto, comuniqué mis observaciones a Miguel, que me reemplazó.

—Es realmente molesto. Si los Sswis hacen una movilización general nos encontraremos en una mala situación, a pesar de nuestro superior armamento. ¿Has observado que no temen a las armas de fuego? Y nuestras municiones no son inagotables.

—Sin embargo, insisto en que hay que llegar hasta este «Monte-señal». Solamente en la montaña, o cerca de ella, encontraremos mineral. Haremos un «raid» rápido.

Por la mañana, antes de ponernos en marcha, tuvimos que cambiar el neumático, atravesado la víspera por una flecha, y cuya hendidura aumentaba. Una vez ya en ruta —el sol subía insensiblemente— el terreno se onduló, cortado por pequeños arroyos, que franqueamos penosamente. En una pequeña hondonada advertí en un roquízal algunos filones verduscos. Se trataba de la garnierita, un buen mineral de níquel. El valle se reveló de una prodigiosa riqueza minera, y, por la noche, tenía muestras de níquel, cromo, cobalto, manganeso y hierro, al igual que, cosa inestimable, excelente hulla que afloraba en espesas vetas.

—Es aquí que estableceremos nuestro centro metalúrgico —dije.

—Hay los Sswis —objetó Pablo.

—Haremos como los americanos en los tiempos heroicos. El suelo parece fértil. Si es preciso combatiremos, mientras cultivamos la tierra y explotamos las minas. De todas maneras, desde el segundo día de nuestro viaje no hemos visto más hidras. Esto compensa lo otro.

—De acuerdo —dijo Miguel—. ¡Hurra por «Cobalt City»! La dificultad radicará en transportar todo nuestro material aquí.

—Todo llegará. Primero, será menester explotar el petróleo, y esto no será fácil.

Viramos al Norte, y después al Oeste. A 60 kilómetros de allí descubrí un yacimiento de bauxita. —Decididamente esta región es el paraíso de los buscadores —dijo Martina.

—Tenemos suerte. Esperemos que dure —respondí, pensando en otra cosa.

Toda la mañana me estaba preguntando si no sería posible concertar una alianza con los Sswis, o al menos con algunos de ellos. Era probable que si existían varias tribus, se hicieran la guerra. Podríamos aprovechar estas rivalidades. Era cuestión de entrar en contacto de otra forma que no fuera a escopetazos.

—Si tenemos que combatir a los Sswis —dije en voz alta—, necesitaríamos al

menos un prisionero.

—¿Por qué? —preguntó Pablo.

—Para aprender su lengua o enseñarle la nuestra. Esto podría servirnos.

—¿Creéis que vale la pena arriesgar nuestras vidas? —preguntó Vandal, que evidentemente no deseaba otra cosa.

Expuse mi plan. El azar sirvió a mis designios. Al día siguiente tuvimos que detenernos a causa de una avería, poco después de nuestra partida. Mientras Pablo la estaba reparando, asistimos a una escaramuza entre tres Sswis rojos y morenos, de la especie que ya conocíamos y otros diez más pequeños, de una epidermis negra y reluciente. A pesar de una defensa heroica que costó la vida a cinco de los atacantes, los rojos sucumbieron bajo el número. Los vencedores se dispusieron, ignorando nuestra presencia, a despedazarlos. Con una batida del fusil ametrallador les puse en fuga, dejando tres muertos. Atravesé la vegetación que disimulaba nuestra presencia. Uno de los Sswis rojos, que vivía aún, intentó huir. Cayó de nuevo: tenía cinco flechas clavadas en los miembros.

—¡Intente salvarlo, Vandal!

—Haré todo lo posible. Pero mi conocimiento de su anatomía es muy rudimentario. Sin embargo —continuó después de un examen—, las heridas me parecen leves.

El Sswis estaba inmóvil, con los tres ojos cerrados. Únicamente la dilatación rítmica de su pecho nos indicaba que vivía. Vandal se dispuso a extraer las flechas con la ayuda de Breffort, quien antes de especializarse en antropología había sido estudiante de Medicina.

—No me atrevo a anestesiarlo. No sé si lo resistiría.

Durante la operación el Sswis no se movió. Solamente de vez en cuando se estremecía. Breffort limpió las heridas que se tiñeron de amarillo. Lo transportamos al camión. No pesaba mucho —quizá unos 70 kilos, comentó Miguel—. Le preparamos una especie de diván, con hierbas y mantas. Mientras lo transportamos permaneció con los ojos cerrados. Reparada la avería, partimos de nuevo. Al roncar el motor, el Sswis se agitó horrorizado y habló por primera vez. Eran unas sílabas sonoras, ricas en consonantes y labiodentales curiosamente rítmicas. Quiso incorporarse y tuvimos que aguantarle tres a la vez, tanta era su fuerza. Su carne daba la impresión de dureza y flexibilidad. Poco a poco se calmó. Le soltamos, y yo, sentándome cerca de la puerta, tomé algunas notas para mi diario personal. Tuve sed y me serví un vaso de agua. Me volví, al oír una apagada exclamación de Vandal; semiincorporado, el Sswis me tendió una mano.

—Quiere beber —dijo Vandal.

Le tendí el vaso. Lo observó un instante con desconfianza. Intenté un experimento. Vertí un poco más y dije:

—Agua.

Con una agilidad de espíritu sorprendente, me comprendió en seguida, y repitió:

—Agua.

Le mostré un vaso vacío.

—Vaso.

—Vaso —repitió.

Bebí un sorbo y dije:

—Beber.

—Beber —repitió él.

Me acosté en la litera. Simulé un profundo sueño, y dije:

—Dormir.

—«Tormir» —dijo él, deformando la palabra.

Me señalé a mí mismo.

—Yo.

—Vzlik. —E imitó el gesto.

Quedé un poco confuso. ¿Quería darme una traducción de «yo» o se trataba de su nombre? Me incliné en favor de la segunda hipótesis. Debía pensar que me llamaba «Yo».

Entonces, queriendo llevar la experiencia más lejos, dije:

—Vzlik dormir.

—Agua beber —repuso.

Estábamos estupefactos. Este ser mostraba una inteligencia extraordinaria. Se bebió un vaso de agua que le serví. Hubiera continuado la lección, si Vandal no hubiera hecho observar que el Sswis estaba herido, y probablemente agotado. De hecho, él mismo dijo:

—Vzlik tormir —adormeciéndose poco después.

Vandal exultaba:

—Con la capacidad que tienen, pronto podremos enseñarles nuestras técnicas.

—Calma —dije— ¡Y dentro de cincuenta años se nos van a echar encima a tiros! Pero realmente nos serían muy útiles si pudiéramos pactar con ellos.

—A fin de cuentas —intervino Vandal— le hemos salvado la vida.

—Después de haber muerto no pocos individuos de su raza, quizá de su propia tribu.

—¡Nos habían atacado!

—Estábamos en su territorio. Si quieren la guerra nos encontraremos, *mutatis mutandis* en la situación de Cortés, si los aztecas no hubieran temido a sus armas ni a sus caballos. ¡En fin, cuidémosle bien! Representa una oportunidad que no podemos desperdiciar.

Pasé delante. Miguel conducía. Martina estaba a mi lado.

—¿Tú qué piensas, Martina?

—Que son terriblemente inteligentes.

—Esta es mi opinión. Pero por otra parte me siento aliviado. No somos ya los únicos seres pensantes de este mundo.

—A mí me da igual —dijo Martina—. No son hombres.

—Evidentemente. ¿Qué opinas, Miguel?

—No lo sé. Hay que esperar. A la izquierda tenemos otra cortina de árboles. Probablemente un río que atravesar.

—Por la derecha también. Se unen. Esto permite suponer una confluencia.

Nos encontrábamos, efectivamente, sobre una lengua de tierra, entre dos ríos. El de la izquierda, nuevo para nosotros, fue denominado el Dron. El de la derecha ¿era el Vecena o el Dordoña? A causa de su anchura, me incliné por la segunda hipótesis: trescientos metros, como mínimo. Parecía profundo. Las aguas bajaban perezosamente, grises y opacas. La noche se avecinaba.

—Acamparemos aquí. El lugar es fácil de defender.

—Puede también considerarse como una trampa —dijo Breffort.

—En efecto —añadió Vandal—, no hay salida alguna.

—Una fuerza capaz de cortarnos la retirada lo sería también para destruirnos. Aquí no habrá más que un lado para vigilar, lo cual, si llega el caso, nos permitirá concentrar el fuego de nuestras armas. Mañana estudiaremos las posibilidades de atravesar.

Aquella noche permanece en mi recuerdo como la más tranquila de nuestra expedición, al menos en su primera parte. Cenamos sobre la hierba antes de ocultarse el sol. El tiempo era apacible. Si no hubiéramos guardado las armas a nuestro lado, y sin la extraña silueta del Sswis podíamos creernos en la Tierra, en un *camping*. Como en nuestro planeta natal, el Sol, antes de desaparecer, desplegó su fantasía en oro, púrpura y ámbar. Algunas nubes rosas, muy altas, vagaban perezosamente en el cielo. Todos, Vzlik incluido, habíamos comido con excelente apetito. Sus heridas estaban en vías de curación. Particularmente, pareció apreciar los bizcochos y el buey asado; en cambio quiso probar el vino, y lo devolvió asqueado.

—No parece tener por él la afición de nuestros salvajes —observó Vandal.

El sol se ocultó. Las tres lunas, reunidas en el cielo daban luz suficiente para poder leer. Con una lona de la tienda, arrollada como un colchón, me estiré en el suelo con los ojos perdidos en las constelaciones que nos eran ya familiares. El cielo era mucho más rico en estrellas que el de la Tierra. Con la pipa encendida, dejé volar mi imaginación, escuchando distraído la lección de francés que Vandal y Breffort daban al Sswis. Martina se acostó a mi izquierda y Vandal a mi derecha. Beltaire y Schoeffer, que habían descubierto su coincidente pasión por el ajedrez, jugaban en un tablero dibujado sobre un cartón y unas piezas que ellos mismos habían tallado.

Un poco adormecido, atraje la cabeza de Martina sobre mi brazo. Oía vagamente la voz silbante del Sswis repitiendo las palabras, las jugadas espaciadas de los jugadores de ajedrez y también los ronquidos de Miguel.

Resonaron unos ronquidos. Me levanté. A pocos metros, un numeroso grupo de animales, iba a beber. Sin alcanzar el tamaño de los Goliats, tenían sus buenos ocho metros de largo por cuatro de alto. Un hocico muy alargado y colgante, la curvatura

de su dorso, la corta cola y, a pesar de su número, unas patas macizas sugerían, como sus gritos, a los elefantes. Se alinearon en la orilla y bebieron, plegando las patas delanteras. Vandal le señaló con el dedo, adoptando de cara al Sswis una actitud interrogativa.

—«Assek» —dijo éste. Después, abriendo la boca, hizo el gesto de masticar.

—Imagino que quiere decirnos que son buenos para comer —dijo el biólogo.

Estuvimos contemplando como bebían. El espectáculo, bajo la luz de las lunas, era espléndido. Pensé que el destino me había ofrecido lo que había soñado a menudo, en la calma del laboratorio, la visión de las grandes energías primitivas. Martina observaba también, emocionada. Le oí susurrar:

—Una tierra virgen...

Los animales se marcharon. Pasaron unos minutos.

—¿Quién es éste? —preguntó de repente Beltaire, abandonando por primera vez su ajedrez.

Me volví hacia el punto indicado. Una curiosa silueta paseaba por una colina. Por su andar poderoso, contenido, felino, parecía una fiera. De talla pequeña —quizá 1,50 m de alto— daba la impresión de una extraordinaria fuerza. Lo mostré al Sswis. Al momento se puso a hablar excitado, presa de una febril agitación. Al ver que no le comprendíamos, simuló disparar su arco, a la par que señalaba nuestras armas, diciendo:

—¡Bisir! ¡Bisir!

De su mímica saqué la conclusión de que el animal era peligroso. Sin prisas —la fiera estaba aún a doscientos metros— coloqué un cargador en mi fusil ametrallador. Lo que ocurrió entonces, fue de una rapidez inconcebible. El animal saltó, o, mejor dicho, pareció volar. Del primer salto franqueó treinta y cinco metros, y ya se elevaba de nuevo derecho sobre nosotros. Martina gritó. Los demás se levantaron precipitadamente. Le disparé una ráfaga al azar, fallando mi objetivo. La fiera se preparó para un tercer salto. Cerca de mí crepitó otro fusil ametrallador. Disparé de nuevo sin éxito, vaciando el cargador. Miguel, que estaba a mi lado, lo cambió en seguida.

—¡Al camión, rápido! —grité, prosiguiendo el luego.

Entreví a Beltaire y a Vandal llevando a Sswis.

—¡Cuidado, Miguel!

Una ráfaga rasante de proyectiles de 20 mm pasó encima nuestro, en la dirección del monstruo. Debieron alcanzarle, pues se detuvo. Estaba solo en tierra. Salté hacia el camión, cerrando la puerta trasera. Miguel me tomó el fusil ametrallador de las manos, y pasó el cañón por la rendija. Las cápsulas vacías tintineaban sobre el suelo. Observé el interior. Todos estaban allí, salvo Martina.

—¡Martina!

—Aquí —contestó entre dos ráfagas de la ametralladora.

Miguel retrocedió precipitadamente.

—¡Agarraos! —exclamó.

Un choque terrible sacudió el camión. Las lonas crujieron, abombándose hacia el interior. Fui proyectado sobre Vandal, recibiendo a mi vez sobre las costillas los 85 kilos de Miguel. La tabla inferior vaciló, y por un momento creí que nuestro refugio iba a volcar. La ametralladora se había callado y la electricidad apagado. Miguel, penosamente, se levantó y encendió una pila portátil.

—¡Martina! —gritó.

—Estoy aquí. Esto ha terminado, venid. La puerta trasera está bloqueada.

El cadáver del animal yacía contra el camión. Había recibido veintiún disparos de la ametralladora, cinco de ellos explosivos, y debió morir en pleno salto. La cabeza destrozada ofrecía un aspecto horrible, con brechas de treinta centímetros.

—¿Qué ha ocurrido? Tú has sido la única que lo has visto.

—Muy sencillo. Cuando tú entraste el último, el animal se había detenido. Le disparé copiosamente. Entonces saltó. Me encontré abajo de la escalerilla. Volví a trepar y le vi, muerto, contra el camión.

Vzlik se arrastró hasta la puerta.

—Vzlik —dijo—. Después fingió que disparaba un arco y mostró dos dedos.

—¿Qué? ¿Pretende haber muerto a dos de estos animales con sus flechas?

—No es del todo imposible, especialmente si las flechas han sido aliñadas con un veneno lo bastante fuerte —replicó Breffort.

—¡Pero si no emplean veneno! Por suerte, claro, pues si no Vandal quizá no estaría aquí.

—Puede ser que únicamente envenenen las flechas de caza. Existen tribus en la Tierra que consideran desleal el empleo de veneno para la guerra.

—Y bien —dijo Beltaire con un pie sobre el monstruo derribado—, me parece que si hay muchos como éste por «Cobalt City» tendremos algunas molestias. Aquí quisiera ver a nuestros cazadores de tigres. ¡Qué saltos y qué vitalidad! Esto sin mencionar los dientes y las garras —continuó, examinando las patas.

—No deben brillar precisamente por su inteligencia —dijo Vandal—. Me pregunto cómo puede haber un cerebro en este cráneo deprimido.

—Tú lo decías hace un momento —susurré a Martina—: una tierra virgen, con sus atractivos... y sus riesgos. A propósito, tengo que felicitarte por tu puntería con la ametralladora.

—Traslada el cumplido a Miguel, que fue quien me hizo practicar so pretexto de que siempre es útil, aunque no sea más que para educar los nervios.

—Nunca pude imaginar que tuvieras que utilizarlo en estas circunstancias —dijo sonriendo.

## V

# EL REGRESO

Al día siguiente por la mañana, después de una corta y tranquila noche roja, decidimos atravesar el río. Construimos una gran balsa, lo que nos llevó seis días enteros, durante los cuales vimos numerosos animales, pero ninguna fiera. Probamos por primera vez la carne teluriana. Un pequeño animal, una especie de miniatura de los «elefantes» de la primera noche, nos suministró el asado. Comimos muy poco, y con aprensión, por si la carne fuera tóxica o simplemente inasimilable para nosotros. Su gusto nos recordó el de la ternera, quizás algo dura. Vzlik, ya casi restablecido, comió con glotonería. No hubo trastornos digestivos y hasta el regreso a la zona de las hidras variamos un poco nuestra minuta, siempre en pequeñas cantidades. En cambio, no nos atrevimos a probar los frutos de los árboles que derribamos para la fabricación de la balsa, y con los que el Sswis se deleitaba. Su vocabulario comenzaba a permitirle expresar ideas simples.

La travesía tuvo efecto sin dificultad. Recuperamos las cuerdas y los clavos que habíamos empleado en la balsa, y después descendimos durante dos días a lo largo del río, el cual tan pronto se agrandaba formando estancamientos casi lacustres, como corría por entre las colinas. Observé que permanecía siempre manso y profundo. Sus orillas hormigueaban de vida. Divisamos bandas sucesivas de «elefantes», de Goliats aislados o por parejas, y de otras numerosas formas gigantes o minúsculas. Por dos veces vimos de lejos a los «Tigrosauros». Este nombre sacado por Beltaire para la fiera que nos había atacado fue adoptado a pesar de las protestas de Vandal, quien, muy atinadamente, hizo observar que no tenía nada del tigre ni del saurio. Pero, como observó Miguel, lo esencial era entenderse, y en el fondo poco importaba que el nombre vulgar del animal fuera el de Tigrosauro, Leviatán o Tartempión...

Las aguas albergaban múltiples formas acuáticas, de las cuales ninguna se acercó lo bastante a la orilla para que pudiéramos verla con claridad. Cuando se aproximaba la noche del segundo día, llovió. Rodábamos por la llanura, con hileras de árboles a lo largo de los ríos y riachuelos. La temperatura, que durante el mediodía se acercaba a los 35.º a la sombra, refrescaba por la noche descendiendo a 10 grados.

Al alba del tercer día, después de una noche agitada por causa de los rugidos de los Goliats, divisamos una columna de humo, lejos al Sur, al otro lado del Dordoña. ¿Campamento Sswis o fuego entre la maleza? El terreno volvióse accidentado, unas colinas bajas nos obligaban a dar rodeos. Cuando hubimos rebasado la última de ellas, el aire se penetró de un perfume acre y violento, como el del Atlántico.

—El mar está próximo —dijo Beltaire.

Pronto lo señaló de lo alto de la torre. Instantes después todos lo vimos, verde y agitado. El viento soplaba del Oeste, y las olas desencadenaban crestas de espuma. La costa era rocosa, pero algunos kilómetros al Sur, el Dordoña terminaba en un estuario

arenoso.

Nos detuvimos en una playa de guijarros, a pocos metros de las olas. Vandal saltó a tierra y comenzó a explorar este paraíso de los biólogos que es una costa marina. En los aguazales una fauna inédita, algunas formas que parecían cercanas a las terrestres, otras totalmente distintas. Descubrimos algunas conchas vacías, que parecían enormes pectens, o, como decíamos en la Tierra, conchas de Santiago. Algunas medían más de tres metros. Otras, mucho más pequeñas, estaban aún pegadas a las rocas. Miguel, con dificultad, arrancó una y la llevó a Vandal. El animal se manifestó más próximo de los branquiópodos terrestres que de los moluscos lamelibranquios. Lejos, en el mar, apareció un dorso negro entre dos olas, después se zambulló.

—Tengo ganas de bañarme —dijo Martina.

—No —decidí—. Quién sabe qué monstruos habitan estas orillas. Es demasiado atrevido.

Mientras tanto, detrás de un promontorio, Schoeffer descubrió una gran balsa de más de cien pies de largo y unos seis de profundidad. Un agua transparente descubría un fondo de cantos rodados. Allí vivían únicamente algunas pequeñas algas y conchas. Disfrutamos como niños. Mientras Vandal montaba la guardia con la ametralladora, yo organicé una carrera. Miguel, nadador incomparable, ganó cómodamente, seguido por Martina, Schoeffer y Breffort. Yo fui el penúltimo, ganando a Beltaire por una cabeza escasa. Descubrí, después, un pedrusco esférico de unos cinco kilos, con lo cual me desquité con facilidad en el lanzamiento del peso.

Vzlik nos había observado. Se lanzó, a su vez, al agua. Apenas utilizaba sus miembros, nadando por ondulaciones de su cuerpo totalmente extendido. En mi opinión, podía dar diez buenos metros de ventaja a Miguel en la travesía del estanque. Relevé a Vandal, quien partió inmediatamente para hacer una amplia provisión de formas animales y vegetales. Después continuamos nuestra ruta hacia el Norte. Seguimos la costa a unos cien metros al interior. El terreno ofrecía bastantes dificultades. Una serie de viejos anticlinales erosionados terminaban en punta de lanza en el mar. Tres horas y media después de nuestra partida, volvimos a encontrar las marismas y las hidras. Eran oscuras, de pequeño tamaño, no sobrepasando los cincuenta centímetros. No nos atacaron. Continuamos la marisma por el Este. Al declinar el día, alcanzamos el final, y torcimos de nuevo hacia el Oeste. La costa era, ahora, arenosa y baja. Contrariamente a nuestra costumbre, rodamos a la luz de las lunas sobre un terreno ideal a cincuenta por hora. Poco antes del alba roja, la costa tornóse caótica de nuevo, y otra vez tuvimos que adentrarnos hacia el interior. Fue así como descubrimos el lago. Lo abordamos por la orilla baja en el Sudoeste. Por el Este, estaba a cubierto de una cadena de colinas. Una abundante vegetación lo envolvía en un círculo sombrío. Por su superficie, bajo la luz lunar, corrían pequeñas olas fosforescentes. El espectáculo era suave y apacible, casi irreal. Temiendo que no albergara las hidras entre sus aguas —no supimos hasta más tarde que estos animales necesitan para su desarrollo de las charcas pantanosas—, no nos acercamos. Durante



cerca de un kilómetro nos deslizamos sobre un desierto.

Cedí la guardia a Miguel, y me fui a dormir. Estaba fatigado, y me figuré que no había reposado más que unos segundos. No obstante, cuando abrí los ojos, el alba azul penetraba por la ventana.

Miguel estaba inclinado sobre mí, con un dedo apoyado en los labios. Despertó a su hermana sin hacer el menor ruido.

Al salir se nos escapó un grito de admiración. El lago era de un azul profundo, un azul de glaciar, engarzado en un marco de oro y púrpura. Las rocas del río eran de un rojo magnífico y la vegetación, los árboles y las hierbas de un color que oscilaba entre el metal brillante y el oro viejo. Apenas si aquí y allá apuntaba la verde hojarasca. Al Este, las colinas aparecían aún bruñidas por Helios.

—Es hermoso —dije.

—Es un lago magnífico —dijo Martina—. Jamás vi nada semejante.

—El lago mágico. Sería un bonito nombre —dijo Miguel.

—Así quedará —decidí—. Despertemos a los demás.

Seguimos el lago todo el día. La superficie ondulaba dulcemente bajo la brisa marina. A poca distancia de su extremidad norte, pero separado de él por una poderosa barrera rocosa, encontramos otra marisma que comunicaba con el mar. Mientras dábamos la vuelta, decidí entrar en contacto con el Consejo. Al propio tiempo, Breffort señaló la presencia de las hidras. Eran de la especie pequeña y reducida, y muy numerosas. Inmediatamente, un verdadero enjambre rodeó al camión, sin intentar el ataque, y contentándose con seguirnos. Después de haberlas observado un momento intenté comunicar por radio con el Consejo. Fue imposible y no porque el aparato permaneciera mudo. Jamás en toda mi vida había escuchado tal cantidad de silbidos, sonoridades y parásitos. No sabiendo a qué atribuir semejante resultado, renuncié momentáneamente a mis proyectos. Bruscamente, y en apariencia sin razón alguna, el enjambre de hidras oscuras cesó de acompañarnos.

Rodábamos noche y día. A la siguiente alba azul no estábamos más que a ciento cincuenta kilómetros del islote terrestre. No teníamos intención de llegar antes de la noche, pues yo deseaba examinar los alrededores inmediatos. De repente el Consejo nos llamó por radio y nos comunicó unas noticias que cambiaron completamente mis proyectos.

## VI

# LA BATALLA DE LAS HIDRAS

Nos llamaba Luis. Llevaban tres días en constante lucha con las hidras. La víspera habían muerto tres hombres y dos bueyes. Se dejaban caer en orden disperso, atacando a ras de suelo, donde las granadas no podían alcanzarlas. La situación era crítica.

—Creo que la mejor solución será la evacuación de este rincón de tierra —repuse—. Fuera de la zona pantanosa no hemos encontrado trazas de hidras.

—No será fácil, pero, en fin... ¡Un momento, que vuelven!

A través del altavoz percibí claramente la sirena.

—Aguarda al micro —dijo Luis—. Intentaré teneros al corriente. Quizá sería mejor...

Una serie de violentas detonaciones ahogaron sus palabras, después las escopetas crepitaron. Salvo Miguel, que estaba al volante, y Breffort en la torre, todos estaban a mi alrededor cerca de la radio. El Sswis, muy admirado, escuchaba también. Al cabo de un momento no pudimos oír nada más que el silbido del receptor. Inquieto lancé una llamada. Hubo el ruido de una puerta al abrirse; después Luis habló jadeante:

—¡Forzad la marcha! Si es posible, llegad aquí antes del anochecer. Estas porquerías se están colando por las aberturas y es muy difícil sacarlas del interior de las casas. ¡Salir sería suicidarse! ¡Al menos hay tres mil! Marchando por las calles podréis cazarlas. ¡Daos prisa! ¡En algunos lugares incluso levantan las tejas!

—¿Has oído, Miguel? ¡Dale!

—A todo gas. ¡Sesenta por hora!

—Estaremos en el pueblo dentro de unas dos horas —anuncié—. ¡Animo!

—Es una suerte que estéis tan cerca. Tengo dos o tres por aquí sobre el techo, pero la cubierta del granero es sólida. La malo es que por teléfono no puedo comunicarme con todos los grupos.

—¿Estás solo?

—No, tengo a seis guardias conmigo y a Ida. De su parte, que Beltaire no se inquiete.

—¿Y mi tío?

—Encerrado con Menard en el Observatorio. No corre ningún peligro. Tu hermano está con los ingenieros en el refugio 7. Tienen una ametralladora ligera, y parece que la utilizan bien. Te dejo. Es necesario que tome contacto con los otros grupos.

—¡Sobre todo no salgas!

—No te preocupes...

Breffort se asomó y gritó:

—¡Alerta! ¡Hidras!

—Trepé hasta él. Delante nuestro, a un kilómetro aproximadamente, y a cinco o seis metros de altura, un centenar de hidras de la especie verde planeaban formando una nube.

—¡Rápido, las granadas, antes de que se dispersen!

Los tubos lanzagranadas se enderezaron. Agachándome, vi a Vandal y a Martina por un lado, y a Beltaire por otro, que introducían las granadas en las trampas móviles.

—Baja, Breffort. Ocúpate del control de las granadas. Yo me encargo de la ametralladora.

—¡Fuego!

Trazando su trayectoria, mis granadas se lanzaron sobre las hidras, seguidas por su estela blanca. Afortunadamente estallaron en mitad de las nubes. Los consabidos jirones cayeron, a contraluz, como una oscura lluvia. Las hidras se proyectaron sobre nosotros. A partir de este momento, tuve que actuar solo. Derribé a una docena. Las demás, circularon un momento a nuestro alrededor; después, dándose cuenta de su impotencia, se alejaron a ras del suelo.

Sin más incidentes, llegamos a la mina de hierro. Estaba desierta. Al cabo de un momento, la puerta de un refugio se abrió. Y un hombre nos hizo una señal. Miguel acercó el camión, y reconocí a José Amar, el contraamaestre.

—¿Dónde están los demás?

—Se han marchado con el tren transformado en tanque, y todas las armas.

—¿Y usted?

—Me quedé para advertirles. El Consejo ha telefonado que llegaban. Los muchachos del tren han construido una bomba de agua hirviente.

—Bien. Suba con nosotros. ¿Hace mucho que se fueron?

—Una hora.

—¡Adelante, Miguel!

Amar contempló a Vzlik con asombro.

—¿Quién es este ciudadano?

—Un indígena. Se lo explicaremos más tarde.

Diez minutos después, comenzamos a oír las detonaciones. Al fin, avistamos el pueblo. Todas las puertas y ventanas estaban fortificadas, y el tejado de algunas casas estaba plagado de hidras. Los monstruos revoloteaban a poca altura. El tren de la mina de hierro estaba detenido en la «estación», y su ametralladora pesada disparaba contra cualquier hidra que se separase de las casas.

—¡A los puestos de combate! Pablo al volante. Miguel, Breffort, a los puestos ametralladores. Martina, Vandal, pasadme las municiones. Beltaire y Amar, aprovisionad los fusiles ametralladores. Vzlik, en un rincón donde no moleste. ¿Estamos? Bien, Pablo, acércate al tren.

Los mineros habían trabajado con acierto. Con placas de metal, planchas y maderos, habían transformado el tren en una fortaleza. Un centenar de hidras,

abotargadas, yacían por el suelo, a su alrededor.

—¿Cómo diablos, las habéis cazado? —pregunté al mecánico, que se encontraba al lado de Biron.

—Fue una idea mía. Las hemos hervido. Mirad, otras que vuelven a la carga. Va usted a verlo. No disparéis —gritó a los de la ametralladora situada en el primer vagón.

—No disparéis —repetí a los del camión. Unas treinta hidras se acercaban.

—Cuando te lo diga, pon la bomba en marcha —dijo Biron al conductor.

Cogió una especie de manguera, cuyo extremo de cuero, con un mango de madera, pasó a través de un boquete.

—¡Retroceded el camión!

Los monstruos estaban a treinta metros, aproximándose a toda velocidad. Fueron acogidos por un chorro de agua hirviendo que tumbó a una buena docena. Las demás se batieron en retirada. Entonces, la ametralladora del tren disparó, y yo me uní a su fuego.

—Como ve, es muy sencillo —dijo Biron—. Hubiéramos cazado muchas más, si la primera vez hubiera tenido la serenidad de aguardar a que estuvieran más cerca. Pero no me atreví, y ahora desconfían un poco.

—¿Quién tuvo esta idea?

—Yo, como le dije. Pero Cipriano, mi chófer, me ayudó a ponerla en práctica.

—Es una invención excelente, que nos permitirá economizar municiones. Sería necesario, quizás perfeccionarlo. Hablaré de ello al Consejo. Estoy seguro de que esto os valdrá la rehabilitación de vuestros derechos políticos. Ahora, nos vamos al pueblo. ¿En qué casa se encuentra Maurière?

—En la emisora, me parece.

—Empezaremos por allí. ¿Todo el mundo en su puesto? Adelante, despacio. ¡Apuntad bien, y disparad poco!

Llegamos sin ser atacados a la plaza del pozo. El tejado de la casa que albergaba la emisora, estaba cubierto de hidras. Todos los disparos hacían blanco, pero se requería más de uno para derribarlas. Por el miedo de herir a nuestros amigos, no me atrevía a usar las granadas ni la ametralladora. Estúpidamente, los monstruos permanecían inmóviles sobre el tejado, removiendo las tejas. Su inmovilidad, dadas sus anteriores demostraciones de inteligencia, nos sorprendió un poco. Pudimos precisar nuestros tiros, apuntando al cerebro. Al cabo de un tiempo la casa estaba desembarazada de su cubierta viviente.

De vez en cuando sonaba en el pueblo una detonación. Dos o tres veces oí el silbido de la locomotora, saludando una nueva victoria del agua hirviendo. Despejada la puerta, Luis salió y saltó al camión.

—¿Cómo va?

—Mejor, desde que estáis aquí. Pero estos cochinos animales han penetrado en tres casas. Hemos tenido una docena de bajas.

—¿Quién?

—Alfredo Charnier, su mujer, y una de sus hijas. Cinco más del pueblo, cuyos nombres no sé todavía. Magdalena Ducher, la actriz, y tres obreros. La comunicación telefónica está deteriorada en algún lugar entre la central y la fábrica. Probad de vigilarla. Ignoro como va por allí. Bien, yo vuelvo a la central.

Siguiendo el hilo telefónico, encontramos el punto de ruptura. A cincuenta metros, tres hidras se agazapaban sobre un techo. Salté a tierra con un hilo de cobre y reparé el conductor. Apenas había terminado, cuando la ametralladora disparó. Las hidras despegaban. Usando mi táctica habitual, me lancé al suelo, después, tan pronto como hubieron pasado, salté del camión. Dos veces recomencé este pequeño juego, juego singular, con riesgo de mi vida.

Después emprendimos la limpieza de los tejados. Metódicamente, comenzamos por la plaza del pozo, que estuvo lista una hora después. Atacamos, entonces, la calle principal. Apenas hicimos los primeros disparos, todas las hidras se levantaron, como obedeciendo a una señal. Inmediatamente, aquello fue un alud de hombres y mujeres saliendo de las casas, armados de lanzagranadas. En los dos minutos siguientes, al menos se elevaron ciento cincuenta de ellas. El cielo estaba repleto de manchas verdes —las hidras— y negras —la explosión de las granadas—. Reagrupadas como una nube, muy alta, las hidras huyeron.

—He comprobado un hecho curioso —dijo Luis. Desde que llegaron las hidras, oía con mucha dificultad tus mensajes. Una algarabía formidable.

—Es curioso, yo observé algo similar, cuando estábamos rodeados por las pequeñas hidras oscuras —dije—. ¿Será que estos animales emiten ondas hertzianas? Esto podría explicar su extraordinaria precisión de movimientos. Habrá que hablar con Vandal.

El consejo se reunió la misma noche. Por causa de la muerte del señor cura y Charnier no éramos más que siete. Di cuenta de la misión y presenté a Vzlik, en presencia de los otros miembros de la expedición, que estaban allí a título consultivo. Luis nos puso entonces al corriente de los problemas que se habían planteado en nuestra ausencia, de los cuales el más grave era la nueva técnica de las hidras. Llegaban de noche y se emboscaban por entre la maleza, atacando a los paseantes. No se podía salir más que en grupos armados.

—Por radio tú nos has propuesto —añadió— emigrar hacia la región del Monte-Señal. No deseo nada mejor. Pero, ¿cómo? Si hay que hacer el trayecto en camión, nuestra reserva de combustible no será suficiente, y si hay que hacerlo a pie están las hidras y los Sswis... ¡Y debiéramos, además, abandonar nuestro material! Incluso con los camiones, no sé de qué forma podríamos transportar las locomotoras, las máquinas, utensilios, etcétera. —No es así cómo había proyectado la cosa. —¿Cómo, entonces? ¿Quizá en avión? —No, en barco.

—¿Y de dónde lo sacarás este barco? —He pensado que Estranges podría hacernos los planos. No le pido un superdestructor de 30 nudos de velocidad. No, un

carguero pequeño conviene mejor a nuestra empresa. Estamos cerca del mar. Por otra parte, hemos seguido el Dordoña desde un punto situado a doscientos kilómetros de Cobalt-City hasta su desembocadura. Es perfectamente navegable. Cada vez que pude verificar una sonda encontré más de diez metros. El mar parece tranquilo. A fin de cuentas, no sería más que un viaje de setecientos kilómetros escasos por mar y doscientos cincuenta por el río.

—¿Y cómo marchará este barco? —preguntó mi tío.

—Con un gran Diesel de la fábrica o una máquina de vapor. ¡Si tuviésemos material de sondeo para ver si el petróleo es profundo!

—Esto lo tenemos —dijo Estranges—. Todo el que haga falta, El material que se empleó en los sondeos de la segunda presa que debía construirse quedó depositado en la fábrica. Cuando se produjo el cataclismo, acababa de recibir una carta advirtiéndome que vendrían a llevárselo.

—¡Esto tiene más gracia que lo del Robinsón suizo! ¿Hasta qué profundidad se puede llegar con vuestras máquinas?

—Llegaron hasta 600 ó 700 metros.

—¡Caramba! ¡Esto es mucho para una presa!

—Tengo la impresión de que la compañía que los efectuó buscaba algo más. En fin, no podemos quejarnos. Además, tengo entre los obreros a tres hombres que, en otro tiempo, trabajaron en los petróleos de Aquitania.

—Mejor que mejor. A partir de mañana todos al trabajo. ¿Todo el mundo está de acuerdo en que abandonemos este lugar?

—Solicito una votación —dijo María Presle—. Comprendo que es difícil permanecer aquí, pero ir a un país con esta gente... —Designó el Sswis, que escuchaba silencioso.

—Me imagino que podremos entendernos con ellos —intervino Miguel—. Pero es mejor que votemos.

El resultado del escrutinio fue de dos votos en contra —María Presle y el maestro — y cinco votos a favor.

—Sabe usted, tío, no le garantizo que podamos trasladar el Observatorio —dijo—. Al menos inmediatamente.

—Lo sé, lo sé. Pero si nos quedamos aquí vamos a perecer todos.

# **CUARTA PARTE**

## **LAS CIUDADES**

# I

## EL ÉXODO

Unos días después partí en el «tanque», seguido por tres camiones cargados de material. Otro llevaba el carburante que tenía que accionar el motor de la perforadora. Nos pusimos inmediatamente al trabajo. Como había imaginado, la bolsa de petróleo no era muy profunda; la encontramos a 83 metros. Llenamos, no sin dificultad, un camión cisterna. En el pueblo se había instalado una rudimentaria refinería, que nos proporcionó un combustible de suficiente calidad. Permanecí ausente dos meses y medio. Vzlik, que había venido conmigo, hacía grandes progresos de francés, y yo hablaba con él como con un compatriota. Como explorador, me fue muy útil. Su resistencia era extraordinaria, y a toda marcha sobrepasada los 90 km por hora. Todas las noches me ponía en contacto con el Consejo por radio. Los planos del barco estaban terminados e iniciada la ejecución de las piezas. En el pueblo llevaban una vida de infierno. Las incursiones de hidras eran continuas, difíciles de rechazar, y perdimos diecisiete hombres y una gran cantidad de ganado. Asimismo, teníamos noticias y cartas por medio de los conductores de los camiones-cisternas, los cuales maldecían todas las veces que era menester regresar a la zona terrestre.

Al cabo de un tiempo volví al pueblo con Vzlik, dejando la explotación bajo la dirección de un contraamaestre. Muchas cosas habían cambiado durante mi ausencia. En los campos de labranza, como una orla, se habían construido refugios ligeros, pero sólidos, con el fin de llevar a término las faenas de la cosecha, sin demasiado riesgo. La fábrica producía grandes cantidades de raíles. No eran laminados —no teníamos laminadores de raíles—, sino moldeados. Eran algo primarios, pero bastaban. Una nueva vía conducía hasta la costa. Allí se alzaba el astillero naval. La quilla del navío estaba ya en su lugar. Tendría 47 metros de largo por 8 de ancho. Estranges opinaba que podría marchar a 7 u 8 nudos. Cerca se habían construido los depósitos de carburante; por el momento teníamos 40 000 litros. En medio de una actividad febril, pasaron ocho meses. La botadura, terminado el casco del navío, tuvo lugar en buenas condiciones. Hubo que terminar las instalaciones interiores y construir un dique de carga. Realizamos las primeras pruebas cuando tocaba a su término el segundo año de nuestra estancia en Telus. Se sostenía bien, pero marchaba con lentitud, pues no pasaba de los seis nudos de velocidad de crucero.

Miguel y Breffort realizaron una rápida incursión a la región del cobalto, llevándose semillas de plantas gramíneas terrestres, con el fin de que nuestro ganado, al llegar, encontrase pastos convenientes. Se llevaron también a Vzlik, encargado de negociar con su tribu. Debía aguardarnos en la confluencia del Dron y del Dordoña. Antes de partir nos hizo una interesante revelación: un río profundo, aunque estrecho, que se unía al Dron, pasaba a treinta kilómetros escasos del emplazamiento que habíamos escogido. Miguel comprobó que era navegable hasta cincuenta kilómetros



del mismo.

Construimos también una barcaza remolcable. Veintinueve meses terrestres, después de nuestra llegada, el primer convoy tomó la ruta del Sur. El barco transportaba a setenta y cinco hombres, armas, útiles, placas de aluminio, acero y raíles. Yo lo dirigí, ayudado por Miguel y Martina. La barcaza llevaba una locomotora, una grúa desmontable y carburante. Navegamos con prudencia, y la mayor parte del tiempo con la sonda. A veces hubo que alejarse de la costa. El mar estaba en calma.

Preferentemente, me colocaba en la proa o sobre el puente. El agua era muy verde. Alrededor del barco navegaban formas imprecisas. No estaba tranquilo, ignorando qué clase de monstruos podía ocultar este océano. El Conquistador —así se llamaba nuestro barco— estaba armado con una ametralladora de 20 mm y otra de 7 mm. Pero me sentí aliviado cuando penetramos en el estuario del Dordoña.

Remontamos el río a pequeña velocidad. Buena la hicimos. A pesar de la débil corriente, nos quedamos estancados por dos veces en el estuario, con marea baja, por suerte. Con excepción de Miguel, Martina y yo mismo, ningún miembro de la tripulación conocía otra fauna teluriana que las hidras. Su admiración no tenía límites. Una noche, un tigrosauro consiguió saltar sobre el puente desde la orilla, hiriendo a dos hombres, antes de ser derribado por una ráfaga de ametralladora. Cuando llegamos a unos kilómetros de la confluencia del Dron, de las hierbas secas de la orilla salieron dos Sswis a toda velocidad. Minutos más tarde se elevaron tres columnas de humo; era la señal convenida con Vzlik.

Nos aguardaba solo en el extremo de la lengua de tierra. Cien metros atrás estaban, formando un grupo triangular, unos cincuenta Sswis de su raza.

—Salud —dijo con su voz silbante.

—Salud, Vzlik —respondí.

El Conquistador se inmovilizó, sin lanzar anclas de todas maneras, pues una traición siempre era posible.

—Sube a bordo —continué.

Se lanzó al agua y trepó por la escalerilla de cuerdas.

En aquel momento, el mecánico lanzó un vistazo por el ojo de buey de la sala de máquinas.

—Entonces, ¿es con estos ciudadanos que vamos a vivir? —dijo.

Vzlik se volvió y repuso:

—Ya verás como no son malos.

Me sería imposible describir el estupor que se pintó en la cara del mecánico.

—¡Cuernos!, ¡pero si habla francés!

Su admiración me sorprendió. Después recordé que la mayor parte de los habitantes del pueblo solamente habían entrevisto al Sswis, quien durante su estancia estuvo conmigo casi siempre de expedición.

Miguel y Martina nos alcanzaron.

—Y bien, Vzlik —dijo ella—, ¿cuál es la respuesta a nuestras proposiciones?

—Hemos escogido la paz. Os cedemos en plena propiedad el Monte-Señal, que nosotros llamamos Nssa, y el territorio comprendido entre el Vecera, el Dordoña y el Dron, hasta los Montes Desconocidos, a los que llamamos Bsser, salvo el derecho de paso permanente para nosotros. En contrapartida, vosotros debéis comprometeros a suministrarnos hierro, en cantidad suficiente para nuestras armas, y a prestarnos ayuda contra los Sswis negros —los «Sslwips»—, los tigrosauros y los Goliats. Disfrutaréis de derecho de paso sobre nuestro territorio, como asimismo para perforarlo; en cambio os será prohibida la caza, a no mediar acuerdo con el Consejo de las tribus.

—Aceptamos —dije—. En cuando al hierro, necesitaremos tiempo para fabricarlo.

—Lo sabemos. He explicado a los Sswis cómo lo explotáis. El Consejo de los jefes quisiera veros.

—De acuerdo, vamos.

Se botó al agua un piraucho. Yo bajé con Miguel y Vzlik. Martina se quedó sobre el puente, y, discretamente, se acercó a la ametralladora.

—*Be quiet but careful* (permanece tranquila, pero alerta) —le dije en mal inglés, para que Vzlik no pudiera enterarse.

Con cuatro golpes de remo llegamos a la orilla. Doce Sswis se habían adelantado, y nos observaban. Para nuestros ojos terrestres se parecían extraordinariamente, y si Vzlik se hubiese mezclado entre ellos hubiésemos sido incapaces de reconocerlo. Después nos hemos habituado a su aspecto, y ahora les distinguimos con facilidad, aunque, a decir verdad, son mucho menos diferentes entre sí que nosotros.

Vzlik, en cuatro palabras, les comunicó nuestra aceptación de sus condiciones. Contestaron, dándonos la bienvenida, en términos concisos, muy distintos del florido lenguaje que las novelas de aventuras de mi infancia atribuían a los salvajes terrestres. Entonces entregué a cada uno, en prenda de amistad, un excelente cuchillo de acero, semejante al que Vzlik poseía. Sus palabras de agradecimiento demostraron que el regalo les había gustado, pero su rostro permaneció impenetrable.

Volvimos al barco con Vzlik, y lentamente comenzamos a remontar la corriente. Llegamos a la gran curva del Isla —así había bautizado al nuevo río—, más allá del cual la navegación no es posible, por la existencia de rápidas corrientes. Era una gran extensión de agua, de una anchura superior a los doscientos metros. En la orilla norte se abría una pequeña rada, como un puerto. Decidí efectuar allí el desembarco.

Al caer la noche lanzamos el ancla. Dedicamos la jornada del día siguiente a derribar árboles, destinados a la construcción de un desembarcadero. Se terminó ocho días después. Instalamos los raíles y se inició la delicada maniobra de colocación de la grúa. Aunque estaba desmontada, era muy pesada. Al filo del mediodía nos sobrevino un trágico accidente: un joven obrero de veinticinco años, León Bellieres, fue aplastado por un andamio. Como teníamos prisa, lo enterramos en seguida. Y el

puerto, en su memoria, se llamó «Puerto León».

Montada la grúa, el trabajo fue más fácil. Penosamente, desembarcamos la pequeña locomotora y los tres vagones. Lo demás fue muy sencillo.

El Conquistador retornó bajo el mando de Miguel. Quedamos allí sesenta, y comenzamos la edificación de un fortín de madera para estar al abrigo de los tigrosauros, como también de una posible traición de los Sswis. Una emisora de radio nos mantenía en contacto con el Consejo. Después edificamos unos almacenes, recubiertos con placa de duraluminio. Allí abarrotamos todo el material que habíamos llevado. Entre tanto un equipo había comenzado los trabajos de la vía férrea, de cincuenta kilómetros de longitud, que debía conducir a Cobalt-City.

Estábamos en el kilómetro 4, y habíamos empleado ya toda la reserva de raíles, cuando llegó el Conquistador con un nuevo cargamento, veintitrés días más tarde. Transportaba grandes cantidades de carburante, raíles, provisiones y una pequeña excavadora. Llevaba cincuenta hombres de refuerzo. Al tercer viaje desembarcaron las primeras mujeres con los niños. En el pueblo la situación había mejorado un poco, pero las hidras continuaban apareciendo todos los días. En viajes siguientes nos mandaron ganado bovino y lanar, a los que encerramos en un terreno vallado, sembrado de hierbas terrestres. Todas las noches los conducíamos dentro del fortín, pues merodeaban los tigrosauros, y antes de que perdieran la afición a visitarnos hubo que matar a cinco o seis.

Conforme iba llegando la gente se construían nuevas cabañas. Cada familia disponía de dos habitaciones, durmiendo en común los solteros, que por cierto disminuían notablemente. Puerto-León iba tomando el aspecto de una población al estilo del Oeste americano, sin los «saloons» y los revólveres. La moral había aumentado: todos estaban contentos de haberse librado de la amenaza de las hidras. La vía férrea se iba prolongando. Alcanzó el kilómetro 20, después el 30 y el 40. En la extremidad del tendido, un pequeño pueblo interino se iba desplegando. Y llegó al valle, donde debía edificarse nuestra capital. En el pueblo «terrestre» no quedaban más que cincuenta hombres, encargados de desmontar la fábrica, bajo la dirección de los ingenieros. Mi tío y Menard estaban decididos a permanecer hasta el último barco: por el momento no había forma de desmontar el Observatorio. Quedaría cerrado con el mayor cuidado, en espera de que nuestros medios fueran más potentes. De todas maneras, debían seguirnos una lente de 50 cm y un telescopio de 1 m. 80 cm. Transportar el gran reflector de 5,50 metros estaba por encima de nuestras fuerzas.

Guardo un recuerdo delicioso de este primer establecimiento. Nuestras casas, mitad obra mitad duraluminio, se desparramaban en desorden por las laderas del valle. Abundaban los animales, pero no había allí ni tigrosauros ni Goliats. Las formas que veíamos todos los días eran herbívoras o pequeñas fieras, análogas a nuestras zorras o nuestros gatos. Entre paréntesis, los gatos terrestres se multiplicaron, y nos fueron muy útiles, destruyendo a los pequeños roedores que

amenazaban nuestras cosechas.

Un acantilado calcáreo nos suministró cemento. En primer lugar, construimos la fábrica metalúrgica, a trescientos metros de la mina de hulla. A medida que iban llegando las máquinas fueron colocadas en su lugar.

En la época en que la fábrica comenzó a funcionar, me casé con Martina. Fue una ceremonia muy sencilla. No tuvimos el honor de ser la primera pareja que se casara en Telus, Beltaire e Ida lo habían hecho en Cobalt dos meses antes que nosotros. Pero como se trataba, según la expresión de Vzlik, de «un matrimonio de jefes», los Sswis mandaron una delegación cargada de regalos. Como Vzlik les había explicado que yo apreciaba las piedras de una manera especial, me trajeron todo un montón, y entre ellas unos cristales variados y muy bellos y excelente mineral de cobre. Este último me interesó particularmente, por lo que pregunté el lugar en que había sido encontrado. Provenía de las colinas situadas al Sudeste del Monte Tenebroso, donde abundaba.

Hacía tiempo que deseaba visitar la tribu de Vzlik, por lo que aproveché Ja ocasión y partimos en «viaje de bodas» en el camión blindado. Volví a pasar por el puente que habíamos tendido sobre el Vecera, y que los Sswis habían respetado y utilizaban. Por la noche llegamos a las cavernas. Se abrían sobre un alto acantilado, orientado hacia el Oeste, sobre el pico de una pendiente abrupta. Abajo corría un pequeño riachuelo. Los Sswis, avisados por Vzlik, nos aguardaban. Fuimos conducidos a la presencia del jefe, un Sswis muy viejo, cuya piel descolorida era de un gris verdoso. Estaba recostado sobre una gruesa litera de hierbas secas, en una gruta cuyas paredes estaban cubiertas de notables pinturas, que representaban Goliats o tigrosauros atravesados por flechas. Parecían haber sido utilizadas para ritos mágicos. Tuvimos la satisfacción de vernos representados con el camión, en forma bastante parecida; pero en este caso las flechas rituales habían sido cuidadosamente borradas. Quedé sorprendido por la limpieza de estas residencias troglodíticas. Las aberturas estaban casi enteramente cerradas por pieles tendidas sobre marcos de madera. Lámparas de aceite, un aceite vegetal, iluminaban las grutas.

—Su civilización es notablemente humana —dijo Martina.

—Sí. Tengo la impresión de que entre sus formas de vida y las de nuestros antepasados paleolíticos no debe existir otra diferencia que la de su limpieza.

El viejo Sliouk —tal era el nombre del jefe— se levantó al vernos. Nos dio la bienvenida, por medio de Vzlik. Detrás suyo, contra la pared rocosa, estaban sus armas: un gran arco, flechas, venablos. Salvo un gran collar de piedras relucientes, iba completamente desnudo. Yo le entregué un cuchillo, unas puntas de flecha de acero y un espejo. Quedó fascinado por este último, y durante la comida que siguió —entonces ya sabíamos que podíamos comer la carne teluriana— no cesó de manipularlo. Su hija estaba presente. Los Sswis son muy corteses con sus mujeres, y para un pueblo primitivo las tratan muy bien. Son más pequeñas que los machos, regordetas y de piel más clara. Tuve la impresión de que Vzlik y Ssonai se entendían

muy bien, lo cual me alegró, pues si Vzlik, a la muerte de su suegro, llegaba a ser jefe de la tribu, nuestra posición resultaría reforzada.

Permanecimos ocho días con ellos. Tuve largas conversaciones con Vzlik, y le pregunté muchas cosas que hasta aquel momento ignoraba. Pude así hacerme una idea de su organización social. Los Sswis son monógamos, contrariamente a sus enemigos, los Sswis negros o Slwips. La tribu comprendía cuatro clanes, cada uno de ellos gobernado por un jefe secundario, que no se unían estrechamente más que en tiempos de guerra o caza. La tribu cuenta con ocho mil individuos, comprendidas las «mujeres» y los niños. En un grado más elevado, once de estas tribus estaban confederadas, pero su solidaridad estaba en función de una amenaza grave. Además de la caza, los Sswis tienen como recursos alimenticios un cereal que «cultivan», si es que puede emplearse esta palabra para designar un trabajo consistente en sembrar y cosechar dos veces por año. Conocen el arte de ahumar la carne, con lo cual pueden hacer provisiones.

Los Sswis están rodeados, excepto por el Norte, por sus enemigos negros. Otras de estas tribus viven más lejos hacia el Sur, donde la leyenda sitúa su origen.

Son ovíparos. Las hembras ponen dos huevos por año, del tamaño de un huevo de avestruz terrestre. Los hijos aparecen después de treinta días de incubación y son capaces de alimentarse inmediatamente. Los lazos familiares son muy relativos a partir del segundo grado de parentesco. Los Sswis viven bastante tiempo, entre 90 y 110 años terrestres, cuando no mueren en combate, lo cual no es frecuente. Generalmente son de una bravura extraordinaria y muy agresivos. Respetuosos de las alianzas, matan al enemigo por este solo hecho. El robo dentro de la tribu es desconocido. ¡Fuera, es otro asunto! Casi todos poseen una inteligencia semejante a la de los hombres y están bien dotados para el progreso.

Me doy cuenta de que estoy divagando al hablaros de cosas que todos conocéis. Ya que hoy muchos de ellos se han mezclado en nuestra vida, ¡hasta el extremo de trabajar como obreros o matemáticos!

A la vuelta, en lugar de regresar directamente, pasamos por Puerto-León. El Conquistador acababa de llegar de su último viaje, cargado de tejas, ladrillos, y con el telescopio de 1,80 m. Nos traía también a mi tío y a Menard.

## II EL AVIÓN

Pasó más de un año, según la medida terrestre. Desde nuestra llegada a Telus habían ya transcurrido cuatro de nuestros antiguos años. Según los cálculos de Menard, esto correspondía a tres años telurianos. Cobalt-City tomaba forma. Era ya una animada población de más de 2000 habitantes, con su central eléctrica, su fundición, su fábrica metalúrgica, rodeada de campos de labranza, donde crecían el trigo y el Skin, el cereal Sswis. Poseía un pequeño hospital, donde Massacre formaba a sus alumnos, una escuela e incluso un embrión de Universidad, en la que yo, por mi parte, enseñaba cinco horas semanales. El ganado pacía por las vecinas colinas, en las que la vegetación terrestre aumentaba de día en día entre las hierbas telurianas. Las minas de carbón, de hierro y otros metales eran explotadas de acuerdo con nuestras necesidades. Una vía férrea nos comunicaba con el caserío de Alumina, a 55 kilómetros al Norte, donde cuarenta hombres formaban el personal de la mina de tauxita. Puerto-León agrupaba a 600 habitantes. Animado por mis proyectos de exploración, mandé instalar un astillero naval, que estaba terminando un navío más rápido que el Conquistador. El primer esfuerzo de los ingenieros había sido para fabricar utilaje con el material de base que poseíamos.

Cada tres semanas partían hacia los pozos de petróleo dos camiones cisternas por una autopista de 700 kilómetros. El yacimiento se agotaba rápidamente y llegaba el momento de hacer regresar a los, sesenta hombres que permanecían allí. Teníamos decenas de millares de litros de combustible en reserva y ya había encontrado otros puntos petrolíferos a 100 kilómetros tan sólo.

En resumen, si de vez en cuando no hubiéramos encontrado a los Sswis, que se paseaban por nuestras calles, y sin los dos soles y las tres lunas, hubiéramos podido afirmar que estábamos de regreso en la Tierra. Fue entonces cuando aconteció el hecho más importante de nuestra historia después de la proyección sobre Telus.

Yo me había acostado tarde, aclarando mis notas y dibujando rudimentarios planos geológicos en mi gabinete de trabajo, que ocupaba la planta baja de nuestra pequeña casa. Antes de subir a dormir fui hasta el aparato de radio y llamé al contramaestre de guardia de los pozos de petróleo para darle instrucciones. Después olvidé cerrar el receptor. Martina me despertó al cabo de media hora.

—¡Escucha, están hablando abajo!

—Debe ser fuera.

Fui hasta la ventana y la abrí. Todo estaba oscuro y la calle desierta. El pueblo dormía y todas las luces estaban apagadas. Solamente el faro de la torre de guardia barría el espacio, iluminando las casas.

—¡Has debido soñar! —dije, y me acosté de nuevo.

—¡Se oye otra vez!

Puse atención, y, en efecto, pude oír vagamente unas voces. Luego, por un hábito terrestre:

—Debí dejar la radio abierta —dije medio dormido. E inmediatamente—: ¡Santo cielo! ¿Quién puede hablar a estas horas?

Bajé de un salto. El receptor, encendido, estaba mudo. Por la ventana veía la noche, claveteada de estrellas. Las luces se habían ocultado. De súbito saltó una voz del aparato:

—«*Here is W. A. calling New-Washington... Here is W. A. calling New-Washington...*». (Aquí W. A. llamando a New-Washington). Hubo un silencio. «*Here is W. A.*».

El sonido era muy claro. La estación emisora debía estar muy próxima.

—¡Escucha! —dijo de nuevo Martina. Yo estaba inmóvil, casi sin respiración. Se oía un ligero ronquido de motor.

—¿Un avión?

Me precipité hacia la ventana. Un punto luminoso se desplazaba por las estrellas. Volví al aparato de radio, maniobré febrilmente con las manecillas, buscando la longitud de onda receptiva del avión.

—«*W. A. Who are you?*» —dije en mi pobre inglés. Al fin encontré la longitud de onda correcta.

—«*W. A. Who are you? Here New-France!*» (W. A. W. A. ¿Quiénes sois? Aquí Nueva Francia).

Pude oír una exclamación ahogada, y una voz me respondió, en un francés excelente:

—Aquí W. A., avión americano. ¿Dónde estáis?

—Debajo de vosotros. Enciendo una lámpara exterior.

El avión nos sobrevolaba.

—Veo vuestra luz. Nos es imposible aterrizar de noche. Volveremos más tarde. ¿Cuántos sois?

—Unos cuatro mil. Todos franceses. ¿Y vosotros?

—En el avión, siete. En New-Washington, once mil, americanos, franceses canadienses y noruegos. Conservad vuestra longitud de onda. Volveremos a llamaros.

—¿Cuándo despegasteis?

—Hace diez horas. Estamos explorando. Por la mañana volveremos. Ahora vamos hacia el Sur. Cesad las llamadas, pero situad a un hombre de guardia a la escucha. Vamos a llamar a New Washington. Estamos muy contentos de saber que no estamos solos. Hasta pronto...

Después repitió la sintonía: *Here is W. A.* Siguió una larga conversación, que apenas comprendí. Anunciaban nuestro descubrimiento.

No pudimos aguantarnos. Fuimos a despertar a mi hermano, que habitaba, con Luis y Breffort, una casa a cien metros de la nuestra, y después a mi tío, Miguel, Menard y todos los dirigentes. Finalmente la efervescencia cundió en todas partes, y

la noticia por teléfono llegó a Puerto-León, con la orden de activar la construcción del Temerario. Al fin amaneció. Hicimos los preparativos para recibir dignamente a los aviadores. Balizamos un vasto prado, de duro suelo, con una flecha blanca indicando la dirección del viento. Después volví a la emisora. Martina había cuidado de la vigilancia.

—¿Nada?

—Nada.

—¡No obstante, no lo hemos soñado! Aguardamos durante dos horas, rodeados de una multitud que se apretujaba sobre mi mesa de trabajo, mueble «tabú», de tal forma que incluso Martina habitualmente no la tocaba. En el Ayuntamiento, donde había la otra radio, el mismo espectáculo. De repente:

—¡W. A. llama a Nueva Francia! ¡W. A. llama a Nueva Francia!

—Aquí Nueva Francia, escucho...

—Estamos volando por encima de tierra ecuatorial. Dos de los cuatro motores nos fallan. No podemos volver. Nos es imposible comunicar con New-Washington. Os oímos muy mal. Para el caso de que perezcamos, he aquí la posición de New-Washington con relación a la vuestra: Latitud 41°, 32, Norte. Longitud 62°, 12, Oeste.

—¿Y vuestra posición actual?

—Con relación a la vuestra, unos 8 grados latitud Norte y 12 grados de longitud.

—¿Estáis armados?

—Sí. Ametralladoras de a bordo y fusiles.

—Probad de aterrizar. Venimos en vuestro socorro. Para llegar hasta allí tardaremos —calculé rápidamente— unos veinte o veinticinco días. Unos animales que se parecen a los rinocerontes son comestibles. ¡No comáis frutos sin conocerlos!

—Racionándolos, tenemos víveres para treinta días. Vamos a aterrizar, nos falla otro motor.

—¡Desconfiad de las hidras si las veis! ¡No dejéis que se acerquen!

—¿Qué son las hidras?

—Una especie de pulpos volantes. Los reconoceréis fácilmente. ¡Disparad en seguida!

—Entendido. Descendemos hacia la llanura, entre unas montañas muy altas y el mar. ¡Hasta pronto!...

La voz calló. Aguardamos, angustiados. A más de seis kilómetros de distancia, siete hombres luchaban por su vida. Nuestra espera duró una hora; después la voz continuó:

—Lo hemos conseguido. El avión ha quedado parcialmente destruido, pero todos estamos a salvo. Desgraciadamente nos vimos obligados a vaciar casi todo el combustible y nuestros acumuladores están poco cargados. Aunque muy espaciadamente, emitiremos para orientaros.

—Ya os advertiremos al marchar. Radiaremos cada veinticuatro horas terrestres. Aquí, ahora, son las 9 h. 37. ¡Animo y hasta pronto!



Me fui inmediatamente hacia Puerto-León. El Temerario realizó las primeras pruebas aquel mismo día. Era un barco de pequeñas dimensiones, de 48 metros de largo por 5 de ancho, que desplazaba unas 140 toneladas. Dos Dieseis de la antigua fábrica, muy potentes, le permitían una velocidad máxima de 25 nudos. A 12 nudos podía recorrer más de 10 000 millas. Teniendo en cuenta nuestros limitados medios, era una obra maestra. Estaba armado con una ametralladora de 20 mm y, dado que las municiones eran relativamente escasas, con una artillería de lanzagranadas. Estas armas habían sido perfeccionadas desde los tiempos heroicos de la batalla de las hidras. A proa y a popa, cuatro tubos pareados lanzaban hasta cinco kilómetros, con una precisión aceptable, proyectiles de 12 kilos. A babor y a estribor, cañones de menor calibre alcanzaban hasta siete kilómetros.

Verificados con rapidez los ensayos —ida y vuelta hasta la desembocadura del Dordoña— mandé embarcar víveres y municiones. Partimos al día siguiente. La tripulación se componía de doce hombres. Miguel como navegante y Biron de mecánico. De entre aquéllos, cinco habían pertenecido a la marina. Por mi parte, yo había cruzado el Mediterráneo tres veces con un pequeño velero de un amigo mío y tenía algunas rudimentarias nociones de navegación. Llevábamos una camioneta equipada —una reducción de nuestro camión-tanque— y una emisora de radio.

A pequeña velocidad, descendimos por el río. Al salir del estuario lancé una llamada. Del avión respondieron brevemente. En aquel momento el Temario comenzó a bailar; acabábamos de entrar en el océano.

Al cabo de una milla ordené poner proa al Sur. La costa era plana y poblada. Según los pocos Sswis que consiguieron regresar del territorio enemigo, se trataba de una inmensa llanura que se extendía hacia el interior, hasta una elevada cadena de montañas invisibles desde el mar.

Yo estaba en el puente con Miguel. El barco marchaba a 12 nudos, los motores rodaban con plenitud, el mar estaba tranquilo. Como no tenía otra cosa en que ocuparme, saqué un poco de agua de mar y la analicé en el pequeño laboratorio. Era muy rica en cloruros. Reduciendo momentáneamente la marcha, dispusimos una chalupa, de grosera factura, al remolque. Capturó toda una fauna, de la cual ciertos elementos recordaban a los peces terrestres y en cambio otros eran completamente distintos.

Aquella noche el sol se ocultó con una demostración de púrpuras. A causa del mayor espesor de la atmósfera de Telus, las puestas de sol son más coloridas que en la Tierra, aunque Helios sea más azulado que nuestro viejo sol. Llegada la noche, nos pusimos a seis nudos de velocidad, a pesar de un brillante claro de luna. No me interesaba desvencijar al Temerario contra un escollo desconocido. Cuando amaneció, habíamos recorrido 450 kilómetros. Al Este, la costa continuaba siendo llana. Hacia el mediodía, nos encontramos ante un inextricable dédalo de islotes y de bancos de arena, y antes de aventurarnos en pasajes inciertos ordené la marcha mar adentro y perdimos la tierra de vista. Establecimos un turno de mando: yo tomé el

primero, Miguel el segundo y nuestro jefe de tripulación, montañero de origen, pero que había servido quince años en la flota, el tercero.

Cuatro días después, sin haber desviado la proa del Sur, avistamos tierra, que de no tratarse de una isla, se flexionaba hacia el Sudoeste. Nos encontrábamos a los 32° de latitud Norte. La temperatura era cálida, pero soportable. Por la noche del propio día vimos a lo lejos una forma enorme y negra recreándose en el agua. Como precaución, mandé cargar las armas y dispuse a los hombres para hacer fuego, pero se alejó sin inquietarnos. Me puse en comunicación con Cobalt-City, y supe que, a pesar de todos sus esfuerzos, no habían conseguido ponerse al habla con New-Washington.

Nos alejamos nuevamente de la costa. Una mañana, cuando iba a dar orden de virar hacia el Este, el vigía señaló una costa al frente. Decidí practicar un reconocimiento. Avanzando con la sonda, llegamos a doscientos metros de una playa desolada. La posición verificada por Miguel fue de 19° 3' 44" latitud Norte y 28° 22' longitud Oeste con referencia a Cobalt-City. Parecía tratarse del cabo de una isla. Abandonando el anterior proyecto de desembarcar, pusimos rumbo al Sudeste. Un mensaje lanzado al avión quedó, al principio, sin respuesta. Dos horas después nos llamaron ellos mismos y nos dijeron que acaban de rechazar un ataque de las hidras, que no eran verdes, sino oscuras y de un tamaño enorme: de doce a quince metros de largo.

Sin más incidentes que un poco de mar gruesa, que el Temerario salvó sin dificultad, llegamos a la vista del continente sobre el que había caído el avión, continente que, según decían los aviadores, estaba separado del que comprendía a Cobalt-City por un estrecho. Para encontrarlo nos fue menester tantear hacia el Norte. Después de haber contorneado una enorme península, recorrimos la costa por debajo los 10 grados de latitud. La temperatura era agobiante y tuvimos que ponernos amplios sombreros y regar con frecuencia el puente metálico. A veces el mar se cubría de una bruma cálida y sofocante, más penosa aún que la insolación cegadora de Helios.

Finalmente, una noche llegamos a un punto de la costa, que, según nuestros cálculos, nos dejaba más cerca del avión. Descorazonados, examinamos la orilla. Era un verdadero laberinto. Los árboles crecían hasta el mar, sobre una playa fangosa, muelle, crujiente de una vida indistinta, y que desprendía un hedor terrible. Me pregunté con ansiedad cómo lo haríamos para desembarcar. En segundo plano, lejos, una gigantesca cadena lanzaba sus picos a más de 15 000 metros.

Escrutamos la costa a la búsqueda de un lugar más hospitalario. Algunos kilómetros más allá encontramos el estuario de un río, por el que penetramos, a pesar de la violencia de la corriente. Con la sonda lo remontamos hasta 90 kilómetros. Aquí, unos bancos de limo nos detuvieron. Todas nuestras armas estaban cargadas y duplicada la vigilancia. Las orillas, casi siempre encharcadas, alimentaban una vida inmunda, casi protozoica. Extraños amasijos de jalea viviente, animada de un movimiento amiboide, trepaban por el limo, coloreados en gris o en verde ácido. El

aire estaba saturado de un olor putrefacto, y el termómetro marcaba ¡48 grados a la sombra! Llegada la noche, toda la orilla se iluminó de móviles fosforescencias de diversos colores.

Después de mucho buscar, encontramos en la orilla derecha un banco de rocas, que parecían desnudas, y desprovistas de seres vivientes. Acercamos al Temerario, maniobrando con las dos hélices. Los cables fueron amarrados con piquetes de hierro, plantados en el blando esquisto. Fue colocado el puente de madera, que permitió a la camioneta ganar tierra.

—¿Quién se va? —preguntó Miguel— Tú, yo, ¿y quién más?

—Tú, no. Es menester que alguien capaz de conducir al Temerario se quede aquí.

—Entonces, te toca a ti quedarte. Tú eres el único geólogo; en cambio, hay un montón de astrónomos.

—El jefe soy yo, y te ordeno que te quedes. Irás en el segundo viaje. Ponte al habla con el avión. ¿En qué dirección se encuentra y a qué distancia?

—Unos treinta kilómetros al Sudoeste. Cuando supieron que estábamos tan cerca, gritaron de alegría:

—No teníamos más que dos litros de agua potable y hemos acabado los comprimidos para esterilizar más.

—Imagino que estaremos aquí antes de dos horas —repuse—. Preparaos. Si tenéis combustible, encended un fuego. El humo nos guiará.

Me senté al volante. Andrés Etienne, un marinero, se ocupó de la torre armada con dos lanzagranadas. Un poco emocionado, abracé a Miguel, saludé a los demás y partimos.

### III

## LA MUERTE VIOLETA

Con la mirada puesta en la brújula, tomé la dirección Sudoeste. El suelo rocoso se prolongó durante dos o tres kilómetros; después el terreno tornóse blando. Etienne tuvo que bajar para colocar las cadenas a los neumáticos. A pesar de mi prohibición, quiso coger una especie de amiba de cuarenta centímetros de diámetro, y quedó con la mano quemada como por un ácido. Los animales pululaban. Algunos de ellos alcanzaban un metro de longitud. Se libraban a feroces combates al ralenti, en los que el vencido resultaba englobado por los pseudópodos del vencedor, y digerido. Avanzábamos con dificultad. A trechos, el agua chorreaba bajo las ruedas. Afortunadamente, los vegetales eran escasos y flexibles, y se curvaban bajo el coche. Un hedor a huevos podridos, proveniente de la descomposición de estas hierbas, y quizá también de los animales gelatinosos, nos incomodaba terriblemente. Al fin, dos horas después de nuestra salida, vimos en la lejanía una columna de humo.

El sol ascendió, y los repugnantes seres fluctuantes desaparecieron. La tierra se endureció; aumentamos la velocidad y pudimos sacar las cadenas. Lejos percibí la silueta de un avión con las alas destrozadas. Cuando nos vieron los americanos, olvidándose de toda prudencia, corrieron hacia nosotros. Con la excepción de uno de ellos, equipado de aviador, todos llevaban el uniforme de la «U. S. Navy». Abrí la puerta trasera y les hice entrar. La camioneta resultaba incómoda para nueve. Con los saludos casi me desmontaron el brazo. Sacando una botella de debajo de mi asiento, les ofrecí el coñac con agua, quizá no muy fresca, pero que fue muy apreciado.

El de más edad, que podía contar treinta y cinco años y era comandante, hizo las presentaciones. Comenzó por una especie de gigante rubio, que me pasaba la cabeza: el capitán Elliot Smith. Después un hombre moreno rechoncho: capitán Donald Brewster. Un pelirrojo desgarbado se llamaba Donald O'Hara, y era teniente. El ingeniero Robert Wilkins, de treinta años, tenía el cabello castaño, ojos avellana y una amplia frente. El sargento John Parady, gordo, era canadiense. Finalmente, designó el hombre vestido de aviador:

—Una sorpresa: Andrés Biraben, geógrafo, compatriota vuestro.

—¡Es curioso! Oí hablar a menudo de usted en la Tierra —dije.

—En fin, yo mismo, Artur Jeans.

Presenté a mi mecánico y añadí:

—Señores, hay que tratar de salvar todo lo posible de su avión, y marcharse. ¿Han vuelto a ver las hidras gigantes?

—No —repuso Jeans—. Los restos de las que abatimos podrá usted verlas al otro lado del avión.

Llegamos allí en la camioneta. Enormes masas acababan de pudrirse.

—¿Les han dado que hacer estos animales? —preguntó Biraben.

—¡Ya lo creo! Pero las nuestras eran verdes y más pequeñas, lo cual no les impedía ser peligrosas. ¿Vuestro avión es un buen refugio?

—Sí.

—En este caso, voy a tomar conmigo a cuatro de vosotros. Los otros tres se quedarán aquí con mi marinero. Desmontad las armas de a bordo. ¿Tenéis aún municiones?

—Estamos muy bien provistos.

—En este caso, las llevaremos en un tercer viaje.

Jeans designó a Smith, Brewster, Biraben y a Wilkins. Los demás se encerraron en el avión.

Tomé a Smith a mi lado. Yo hablaba mal el inglés, pero bien el alemán. Smith lo hablaba suficientemente, y pudimos informarnos. Supe, así, que New-Washington era un fragmento de los Estados Unidos caído en pleno océano teluriano. No había habido más que diez mil sobrevivientes y cuarenta y cinco mil muertos. La isla así formada se extendía sobre treinta y siete kilómetros de largo por siete de ancho. Había una fábrica de aviación casi destruida por el choque y que habían reconstruido, campos de labranza, grandes reservas de víveres y municiones y, cosa extraña, varias naves: el crucero ligero francés, el Surcouf, un destructor americano, el Pope, un torpedero canadiense y dos barcos mercantes: un carguero mixto noruego y un petrolero argentino. Yo tenía en el Surcouf a un amigo de la escuela y me enteré con pena que había desaparecido en la catástrofe. Todos los navíos se encontraban en alta mar, consiguiendo al cabo de un tiempo llegar a New-Washington, con las arboladuras destrozadas como después de un combate, navegando a veces con velas de ocasión, pero básicamente intactos. El cataclismo se les presentó bajo la forma de una gigantesca tromba de agua.

—¿Por qué habéis tardado tanto en explorar?

—¡Había cosas muy urgentes! Enterrar a los muertos, despejar las ruinas, reconstruir. El poco combustible que poseíamos lo utilizamos para poner en funcionamiento a uno de los diecisiete aviones, no excesivamente perjudicados; es el que ha caído aquí.

—¿Habéis recibido nuestros mensajes?

—No, jamás. Y no obstante, permanecemos a la escucha más de un año.

—Es curioso. ¿Cómo os habéis mantenido?

—Teníamos muchas conservas. Cultivamos trigo; pudimos pescar bastante, y algunas formas terrestres sobrevivieron y se multiplicaron considerablemente. Por falta de leche hemos perdido muchos niños —añadió con tristeza.

Le puse al corriente de lo que habíamos hecho. Hacia las tres de la madrugada llegamos al Temerario. Dejé allí a los que habíamos rescatado, y a pesar de las protestas de Miguel, volví a marchar inmediatamente. Iba a presenciar un espectáculo que me heló la sangre.

Cuando avisté el avión observé, un poco a la derecha, a una enorme masa

gelatinosa de un color violeta claro, que se desplazaba a una considerable velocidad, quizá a 30 ó 40 kilómetros por hora. Medía unos diez metros de diámetro por un metro de alto. Intrigado, me detuve. El animal no se preocupó de mí y continuó su ruta hacia el avión. El canadiense abrió la puerta y salió. Vio la camioneta detenida y vino hacia ella. Detrás de él aparecieron Etienne, O'Hara y Jeans. Me fijé de nuevo en el monstruo: su rico color violeta había desaparecido, convirtiéndose en gris opaco; parecía una roca cubierta de líquenes. Previendo el peligro me puse en marcha y toqué la bocina. El mecánico agitó la mano otra vez y aceleró su paso.

Yo di todo el gas. Llegué tarde. El monstruo, de nuevo violeta, se precipitó sobre él. Pardy lo vio, dudó un momento y corrió hacia el avión. Entonces ocurrió algo extraño; resonó un ruido seco, y una especie de chispa alcanzó al canadiense, que se desplomó. Desapareció englobado por los pseudópodos.

Horrorizado, frené en seco. El animal se volvió y vino recto hacia mí. Salté de mi asiento, trepando hasta la cúpula del lanzagranadas. Febrilmente apunté los tubos, cargados por la mañana. La centella azul saltó nuevamente, dando contra el radiador. Percibí una sacudida. No una sacudida eléctrica, sino como un frío glacial que me obligó a detenerme. Apreté el disparador. Las dos granadas dieron de lleno en el monstruo, a diez metros. Hubo dos explosiones sordas, una serie de crepitaciones violentas acompañadas de chispazos. Saltaron como unos jirones de gelatina. El animal se abarquilló y quedó inmóvil. Puse el motor en marcha y me acerqué con cuidado. Unas irisaciones recorrían aún la jalea viviente que todavía palpitaba. Del canadiense, ni rastro. Por la portezuela lancé dos granadas incendiarias. Con un calor intenso, se arrugó, se redujo y dejó de palpar. Llegaron los demás.

—*What an awful thing* —dijo Jeans. Repitió en francés: ¡Qué cosa más horrible!

—Temo que no podamos hacer nada por nuestro mecánico. Enterrarlo, como máximo.

Pero cuando abrimos a hachazos la rígida gelatina, que se había vuelto más densa que la madera, ¡no encontramos más que un anillo de oro!

Apenados, subimos al coche, cargando las ametralladoras. Etienne volvió a su puesto con el lanzagranadas. Al día siguiente hicimos más expediciones para llevar el resto de las armas, las municiones, los motores eléctricos y todo lo que pudo ser salvado. La última, conducida por Miguel, tuvo que luchar con la «muerte violeta». Destruyeron cuatro de estos innobles animales.

Embarcada con rapidez la camioneta, partimos, saludando con una lluvia de granadas una hidra demasiado curiosa, que cayó destrozada. Yo estaba más confiado que en la ida, cumplida mi misión y pudiendo encargar la dirección del navío a unos hombres de los cuales, al menos dos, sabían realmente lo que era un barco.

## IV

# HE DESCUBIERTO TIERRAS IGNORADAS...

Dejé la dirección técnica en manos de Jeans y sus oficiales, reservando para mí y para Miguel el mando general. Envié un mensaje a Cobalt. Después, aconsejado por Wilkins, intenté comunicar con New-Washington. Con gran sorpresa de mi parte, lo conseguí. Jeans les explicó sucintamente lo ocurrido, y nos transmitió el agradecimiento de su gobierno y una invitación.

—Sintiéndolo mucho, no puedo aceptar de momento —respondí—. No tenemos bastante carburante para recorrer los 10 000 kilómetros que nos separan de New-Washington. Primero pasaremos por Cobalt-City.

—¿Cómo es que vosotros, franceses, habéis bautizado así vuestra ciudad? —inquirió O'Hara.

—Pues, porque es idéntica a uno de los pueblos de vuestro «Far-West» por allá el 1880. ¡Al menos tal como nosotros lo imaginamos!

Apenas dejamos el río nos dirigimos hacia el Nordeste. Soplaban un fuerte viento, y el *Temerario*, con gran malestar de algunos estómagos, danzaba notablemente. Estuvimos hablando, medio en francés, medio en inglés. Cuando nos faltaba una palabra, Biraben hacía de intérprete. Nuestro primer día en el mar pasó sin incidentes. Por la noche, aunque el mar se había calmado, aminoramos la marcha. Me fui a dormir, dejando a Smith en el puente. Un cambio de oscilación del *Temerario* me despertó. Escuché, con la sensación de que ocurría algo anormal. Inmediatamente lo comprendí: los motores se habían parado. Me vestí a toda prisa y subí al puente. Pregunté a un hombre de servicio:

—¿Qué pasa?

—No lo sé, señor, acabamos de parar.

—¿Dónde está el comandante americano?

—A popa, con el ingeniero. Miguel sacó la cabeza por un tragaluz.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué hemos parado?

—No lo sé. Ven conmigo.

—Voy.

Al decir esto se produjo como una tromba de agua contra el casco; después una sacudida hizo vacilar el barco. Oí un sonoro *Damn it!* (¡Maldición!), después una exclamación de sorpresa y un grito, un grito terrible:

—¡Todo el mundo dentro!

Smith me cayó encima, proyectándose sobre el callejón. Wilkins se zambulló literalmente en el interior. Smith sacó la cabeza sobre el puente, comprobó que estaba desierto y cerró la puerta. A la luz de una lamparilla vi su rostro, lívido, descompuesto. Vi como la cubierta del puesto de tripulación se cerraba con violencia. Hubo otra sacudida, y el *Temerario* dio un bandazo a estribor. Yo tropecé y caí sobre

el tabique.

—¿Puede saberse qué ocurre?

Wilkins, al fin, contestó:

—¡Calamares gigantes!

Quedé horrorizado. Desde mi primera infancia, cuando leía Veinte mil leguas de viaje submarino, estaba atemorizado por estos animales. Conseguí articular:

—*Come with me* (¡Ven conmigo!) Temblándonos las piernas subimos la escalerilla, que conducía a la cubierta. Lancé una ojeada a través de las claraboyas: el puente estaba desierto y relucía bajo las lunas. En la extremidad delantera, una especie de cable grueso oscilaba detrás del afuste de los lanzagranadas. A diez metros a babor, emergió, por un instante, una masa de un mar de tinta; después aquello fue un volteo de brazos, recortado por la luz lunar. Calculé la longitud de aquellos brazos en veinte metros. Miguel se unió al grupo y después los demás americanos. Smith explicó el incidente. Cuando las dos hélices se detuvieron a la vez, estaba a popa con Wilkins, y vio a dos ojos enormes que relucían débilmente. El animal les lanzó un tentáculo. Fue entonces cuando oímos el grito.

Intentamos poner de nuevo en marcha el motor. Así lo hicimos, las hélices batieron el agua, el Temerario vibró y avanzó unos metros. Después los motores se calaron con una serie de sacudidas.

—Esperaremos el día —aconsejó Wilkins. La espera resultó larga. Al amanecer pudimos comprobar la extensión del peligro. Como mínimo estábamos rodeados de veinte monstruos. No se trataba de calamares, aunque a primera vista pudieran parecerlo. Tenían un cuerpo fusiforme, agudo por la parte trasera, sin aletas, de diez o doce metros de largo por dos o tres de diámetro. De la parte delantera partían seis brazos enormes de unos veinte metros de largo y cincuenta centímetros de diámetro. Estaban dotados de garras relucientes, aceradas, y terminaban en punta de lanza. Los ojos, igualmente en número de seis, se encontraban en la base de los tentáculos.

—Aparentemente son primos hermanos de las hidras —dije.

—Por el momento, muchacho, me importa un comino —replicó Miguel—. Si se echan encima del Temerario...

—¡Soy idiota! ¡Cómo no habré puesto lanzagranadas en los torreones!

—Es tarde ya. Pero ¿y si pasáramos una de las ametralladoras del avión por un ojo de buey? Sería necesario, también, esconder las hélices. ¡Si salimos de ésta!...

Grité a la tripulación.

—Llevad una ametralladora y cintas de munición. Sobre todo, no paséis por el puente.

—¡Atención! —gritó Miguel. Un monstruo se acercaba con gran revuelo de tentáculos. Con uno de ellos agarró la valla de estribor y la arrancó.

—Si pudiéramos matar a uno con la ametralladora, quizá los demás se lo comerían.

El tubo acústico de las máquinas susurró:



—Las hélices están libres, señor.

—Bien. Estad atentos. Cuando yo lo ordene marchad adelante, a toda velocidad.

Los marineros subieron una ametralladora. Bajé el cristal e hice penetrar el cañón del arma. En el momento en que iba a disparar, Miguel me golpeó la espalda.

—Aguarda. Es mejor que lo haga un americano Están habituados a sus armas.

Pasé la ametralladora a Smith, verdadero afuste viviente. Visó minuciosamente un calamar que se posaba entre dos olas y disparó. El animal dio un verdadero salto fuera del agua, después se zambulló. En el momento en que Smith se disponía a liquidar a otro, se desencadenó una tempestad. Una decena de brazos gigantescos despejaron el puente, arrancando los pasamanos, retorciendo la pequeña grúa y hundiendo la chapa de protección de la ametralladora pequeña. Se rompió un cristal y penetró un tentáculo por la toldilla reventando el marco del tragaluz. Se agitó furiosamente. Miguel cayó sobre el tabique. Wilkins y yo, horrorizados e inmóviles, no pudimos dar un paso. Jeans yacía por tierra, derribado. El primero en reaccionar fue Smith. Cogió un hacha fijada en el muro y con un magnífico golpe de carnicero cortó limpiamente el tentáculo. A través de la puerta entreabierta salté al aparato de radio que lanzaba un S. O. S. antes de que los mástiles fueran arrancados. El Temerario se inclinó notoriamente, y oí a un marinero que gritaba:

—¡Nos hundimos!

Por el ojo de buey vi el mar agitado de tentáculos. Después llegó el *deus est machina* que nos salvó.

A unos doscientos metros emergió una cabeza enorme y chata de más de diez metros, presidida por una boca inmensa con blancos y acerados dientes. El recién llegado se precipitó sobre el primer calamar y lo seccionó en dos. Después, él y dos de sus congéneres que corrieron a flanquearle y los calamares libraron un combate feroz. ¡No podría asegurar si duró una hora o un minuto! El mar se calmó y no quedó otra cosa que restos de carne flotando a la deriva. Necesitamos más de diez minutos para darnos cuenta de que estábamos salvados. Entonces, enfilamos hacia el Norte a toda marcha.

Por la noche avistamos a babor un archipiélago de arrecifes encrespados, como siluetas en ruinas enderezadas contra el sol poniente. Nos acercamos con precaución. A escasos cables de distancia, apreciamos entre dos rocas dentadas un bullicio sospechoso. Instantes después, reconocimos una banda de calamares, y, con el timón a estribor, y a toda velocidad, los dejamos detrás nuestro.

La noche, muy clara, nos permitió avanzar bastante aprisa. Rozamos un calamar aislado, medio dormido, que fue fulminado por nuestras granadas. Por la mañana estábamos ante una isla.

O'Hara subió al puente, llevando el mapa que había dibujado, según las fotografías con rayos infrarrojos, tomadas desde el avión. Pudimos identificar la isla que teníamos delante con una tierra muy abrupta orientada Este-Oeste, situada entre el continente ecuatorial de donde veníamos y el continente boreal. La fotografía,

tomada desde mucha altura, no precisaba detalles, pero se podía distinguir una cadena montañosa y grandes bosques. Al Sudeste, más allá de un estrecho, se podía observar la punta de otra tierra. Decidimos alcanzar el extremo Este de la primera isla, el poniente de la segunda y la gran península, al sur del continente boreal.

Recorrimos la costa Sur de la primera isla. Era rocosa, abrupta e inhospitalaria. Las montañas no parecían muy elevadas. Al atardecer llegamos al extremo Este y bajamos anclas en una pequeña bahía.

Al alba roja, el río se dibujó llano y monótono, con algo de vegetación. Cuando Helios se levantó divisamos con claridad una sabana que moría en el mar por una estrecha playa de arena blanca. Nos acercamos, e hicimos el feliz descubrimiento de que la playa terminaba de súbito, de manera que la costa distaba pocos metros de fondos de diez brazas. Nos fue fácil colocar el puente móvil y desembarcar el coche, en el cual habíamos substituido el lanzagranadas por una de las ametralladoras del avión, más manejable. Miguel, Wilkins y Jeans se instalaron en él. No fue sin aprensión que los vi desaparecer en lo alto de una pendiente. Las hierbas aplastadas trazaban la pista del coche, lo cual, llegado el caso, facilitaría su búsqueda. Con la protección de las armas de a bordo bajé a tierra y visité los alrededores. Entre las hierbas, puede recoger una docena de especies distintas de curiosos «insectos» telúricos. Unas pisadas indicaban la presencia de fauna más voluminosa. Dos horas más tarde, el ronquido de un motor anunció el retorno de la camioneta. Miguel bajó solo.

—¿Dónde están los demás?

—Se quedaron allí.

—¿Dónde, allí?

—Ven, ya lo verás. Hemos hecho un descubrimiento.

—¿De qué se trata, pues?

—Ya lo verás.

Intrigado pasé el mando a Sinitb, y ocupé un lugar en el coche. La sabana ondulada, entrecortada de bosques. Cerca de uno de ellos erraba una manada de animales parecidos a los Goliats, pero sin cuernos. Después de una hora aproximada de camino vi un dolmen de varios metros de altura, y derecho, encima de él, a Jeans. Miguel se detuvo al pie. Bajamos, y por el otro lado entramos en un abrigo, debajo de la roca.

—¿Qué piensas de esto? —me preguntó Miguel.

Sobre la pared habían sido grabados una serie de signos; signos que se parecían curiosamente a los caracteres primitivos. Primero imaginé que se trataba de una broma, pero la pátina de la piedra me convenció muy pronto de mi error. Quizá habían tres o cuatrocientos signos.

—Hay más. Ven a verlo.

—Espera, voy a tomar un arma.

Fuimos para allá, ametralladora en mano. A doscientos metros el suelo descendía

hacia un valle silencioso, en cuyo fondo se encontraba un amontonamiento de placas de metal y vigas torcidas, todo lo cual, sin embargo, había conservado un aspecto general fusiforme. Wilkins rodaba por entre los destrozos.

—¿Qué es esto? ¿Un avión?

—Quizá sí. ¡Pero no terrestre, esto es seguro!

Me acerqué, me adentré por el embrollo de restos. La chapa descansaba sobre la fina arena. Era de un metal amarillento, que no reconocí, pero del que Wilkins aseguró que era una aleación de aluminio.

El ingeniero me dejó curioseando el trasfondo de las placas, y se dirigió hacia la punta de aquel amasijo. Oímos una exclamación; después nos llamó. El extraño ingenio había sufrido allí menos desperfectos, conservando su forma de punta de cigarro. En un tabique intacto había una abertura. Reinaba una semiobscuridad en la cabina troncocónica en que penetramos, y al principio no pude ver nada más que la silueta imprecisa de mis dos compañeros. Después, mis ojos se habituaron a la penumbra y distinguí una especie de tabla de a bordo, con unos signos parecidos a los de la inscripción, unos signos metálicos, estrechos, unos cables de cobre, rotos y colgantes, y crispada sobre una palanca de metal blanco, una mano momificada. Enorme, negra, aún musculada a pesar de su desecamiento, no tenía más que cuatro dedos dotados de garras que debían ser retráctiles. La muñeca estaba cortada.

Por instinto, nos miramos. ¿Cuánto tiempo haría que esta mano se estaba momificando en esta isla perdida, en una última maniobra? ¿Quién era aquel ser que había pilotado aquel ingenio? ¿Provenía de otro planeta del sistema de Helios, de otra estrella, o como nosotros, había sido desalojado de su propio universo? Preguntas a las que hasta mucho tiempo después no hallaríamos más que una respuesta incompleta.

Estuvimos escudriñando hasta la noche, entre los restos del aparato. Nuestros hallazgos fueron mediocres. Algunos objetos de metal, cajas vacías, fragmentos de instrumentos, un libro de páginas de aluminio, pero por desgracia sin ninguna ilustración, un martillo de forma muy terrestre. Detrás, donde debieron colocarse los motores, bloques informes y enmohecidos, y en un espeso tubo de plomo, un fragmento de metal blanco que analizado en New-Washington resultó ser uranio.

Tomamos fotografías y volvimos. Era normal que nuestros hallazgos fueran escasos: algunos pasajeros de aquella máquina habían sobrevivido, como lo probaba la inscripción, y debieron llevarse todo lo que podía ser de utilidad. No teníamos tiempo de registrar la isla. Después de haberla bautizado como «Isla Misterio» partimos hacia la situada al Nordeste. Desembarcamos con dificultad, y no pudimos pasar el coche a tierra. La pequeña parte que visitamos era árida, poblada únicamente de «víboras» salvo algunos «insectos». Sin embargo, encontramos algunos útiles *sswis*, en obsidiana. Más movida y fructífera resultó la exploración de la punta Sur del continente boreal.

Al amanecer llegamos a una pequeña cala rodeada de altos peñascos,

fantásticamente recortados. El desembarco del coche fue laborioso, y el sol estaba alto cuando partí con Miguel y Smith. No sin dificultad, llegamos hasta una meseta que se extendía hacia el Norte y el Este hasta perderse de vista. Al Sur se elevaban pequeñas montañas. Nos dirigimos hacia ellas, a través de la sabana manchada por pequeños bosques. El país estaba extremadamente poblado de variados animales: Goliats, elefantes, formas más pequeñas, aisladas o en rebaño. A nuestro paso, despertamos a una pareja de tigrosauros que no nos atacó, afortunadamente, pues nuestra camioneta no hubiera resistido el choque. A las tres de la tarde, cuando terminábamos de comer, apareció en la lejanía una nutrida manada. Se acercó, y reconocimos a los Sswis de la raza grande y roja, la raza de Vzlik. Me acordé que este último me había dicho en repetidas ocasiones que su tribu provenía del Sur, y que pocas generaciones antes se habían separado de su pueblo por razones que continué ignorando. Este encuentro nos incomodaba, pues nos cerraba el camino de las montañas, y si avanzábamos, dado su temperamento belicoso, la batalla parecía inevitable. Pero quizá no nos vieron, el caso es que torcieron a la izquierda y desaparecieron en el horizonte. Rápidamente, tuvimos consejo de guerra. Yo me incliné por el retorno inmediato, pues nos habíamos alejado del Temerario y estábamos en un país desconocido. Pero Miguel y Smith eran de la opinión de seguir adelante, y no regresar hasta el día siguiente. Continuamos, pues, hacia las montañas, y a las cuatro estábamos ante un acantilado que se levantaba delante de la cadena montañosa. A unos treinta metros de altura me pareció ver unas colmenas. Cuando estuvimos más cerca, pudimos observar unas fortificaciones constituidas por unas torres espaciadas a unos veinte pasos entre sí, y de una altura de diez metros. Al pie del acantilado, en una franja de cinco o seis metros, no había ni un árbol ni un matorral. Los Sswis galopaban entre las torres. Parecían muy agitados, y con los prismáticos vimos que nos señalaban con el dedo. Dudando, reduje la marcha.

De repente, una cosa larga y negra salió de lo alto de una torre que estaba frente a nosotros. Silbante, una gigantesca jabalina que debía pesar sus buenos treinta kilos, se clavó en tierra, a pocos pasos de nosotros. Frené, y después, recuperando mi sangre fría, viré acelerando.

—¡En zigzag! —me gritó Miguel.

Me volví, y pude ver una docena de dardos por los aires. Vibrando, se clavaron en el suelo a nuestro alrededor, y yo con un golpe de volante tuve que evitar a uno. Nuestra ametralladora funcionó. ¡Smith estaba a sus anchas! Había sido campeón de tiro de la aviación americana. Miguel me contó después que en un abrir y cerrar de ojos había incendiado seis torreones. No pude ver nada de esta fase del combate. Estaba agachado sobre el volante, con el pie sobre el acelerador, fastidiado por un piso desigual, la cabeza hundida entre los hombros y temiendo a cada instante sentir cómo una jabalina se clavaba en mi espalda. ¡En realidad, faltó muy poco para ello! Al llegar a los primeros árboles que limitaban con la zona devastada, se produjo a mi espalda un choque violento, un ruido metálico. Yo alteré el rumbo con violencia.

Cuando, minutos después, pasé el volante a Miguel, vi que una jabalina había atravesado el techo, pasado entre las piernas de Smith y terminando su carrera con la punta hundida contra una lata de buey asado, clavándose contra el suelo. El asta sobrepasaba el techo de más de dos metros. Sin detenernos, la aserramos, y puede examinar la punta: era triangular, dentada, ¡y de acero!

Por la noche hicimos una corta parada, y caminando discutimos nuestra aventura.

—Es curioso —dije— que estos Sswis conozcan el metal, y que sea además un acero de buen temple. Se trata, ciertamente, del pueblo de donde proviene la tribu de Vzlik, lo cual significa que pocas generaciones atrás estaban todavía en la edad de piedra. Los Sswis son realmente muy inteligentes, pero me sorprende tal rapidez de progreso.

Miguel reflexionaba.

—Quizá esto esté en relación con nuestro descubrimiento de la isla.

—Puede ser, tienen catapultas o, mejor dicho, ballestas que alcanzan a más de quinientos metros.

—En todo caso —dijo Smith en inglés—, al menos les he destruido seis torres.

—Si. Ahora marchémonos. ¡Este país no es seguro!

Rodamos toda la noche. En este planeta yo ya había vivido otras noches agitadas, ¡pero ninguna como aquélla! Las tres lunas se habían levantado, y toda la fauna de este mundo parecía haberse reunido en aquel rincón. Tuvimos que abrirnos camino a través de manadas de elefantes, atraídos por los faros. Después fue un tigrosauro al acecho quien, salvo un positivo pánico que nosotros compartimos ampliamente, salvó nuestro fuego, sin aparentes daños. Tres Goliats nos obligaron a cambiar de ruta, y dos de nuestros neumáticos sufrieron el mordisqueo de víboras. Sin embargo, antes de levantarse el día vimos ya los cohetes lanzados desde el Temerario, y al alba estábamos a bordo.

## V

# EL PELIGRO

Unos días más tarde, llegamos a la desembocadura del Dordoña, sin más contratiempo que una avería en los motores que nos obligó a marchar un día a la vela. Avisados desde Cobalt por radio, no nos sorprendimos de encontrar en la confluencia de la isla a Martina, Luis y Vzlik, en una barca a motor. Subieron a bordo, siendo remolcada su embarcación hasta Puerto-León. Hacía más de un mes que estábamos fuera. Es inútil que diga que estuve contento de ver de nuevo a Martina. Muchas veces en el curso del viaje creí no regresar.

Luis me tendió el texto del último radiomensaje recibido desde New-Washington. Lo leí con asombro, y lo pasé a los americanos. Biraben se lo tradujo. Su contenido podía reducirse así: New-Washington se hundía lentamente en el mar, y de no modificarse la regresión, máximo dentro de seis meses, la isla habría desaparecido totalmente. El gobernador nos lanzaba, pues, un S. O. S.

El Consejo se reunió en presencia de los americanos. Jeans tomó la palabra en francés:

—En New-Washington tenemos un crucero francés, dos torpederos, un carguero y un pequeño petrolero. Tenemos también dieciséis aviones en estado de vuelo, entre los cuales hay tres helicópteros, pero en cambio no nos queda más combustible. ¿Podría usted vendérmolos?

—No se trata de esto —repuso mi tío—. Acudir en vuestro socorro es un deber elemental. Pero el gran problema radica en el transporte. Como barco, no tenemos más que el Temerario, que es muy pequeño.

—Conservamos aún el casco del Conquistador —dije—, y especialmente las barcasas remolcables que podrían fácilmente ser transformadas en petroleros. ¿Qué opinan ustedes? —pregunté a nuestros ingenieros.

Estranges reflexionó.

—Diez o doce días de trabajo para construir los depósitos. Otro tanto como mínimo para los dispositivos de seguridad. En total, un mes. Dos depósitos de 10 x 3 x 2 m, con una capacidad para 122 000 litros. Mitad bencina mitad aceites pesados.

—Preferiríamos menos bencina y más aceites pesados.

—Es posible. ¿Cuál es la cifra exacta de vuestra reserva?

—Seis millones de litros —dije—. Detuve la explotación, falto de lugar para el almacenamiento.

—¿Cuánto hay de New-Washington a Puerto-León?

—Unos 450 kilómetros.

—Sí —dije—, pero en alta mar pueden ser más.

—¿Si le confiamos al Temerario y a algunos de nuestros hombres, podría usted

conseguirlo? —preguntó mi tío a Jeans.

—Respondo de ello. Vuestro pequeño navío es excelente.

—De acuerdo. Intentémoslo.

Un mes después, el Temerario partió con un remolque cargado con 145 000 litros de carburante.

Como Miguel me contó más tarde, el viaje no tuvo historia. No encontraron calamares, ni monstruo alguno. New-Washington estaba situado sobre una tierra baja, con dos colinas sembradas de casas. Fueron acogidos por salvas de los cañones de los navíos de guerra. Toda la ciudad, situada al borde del mar, estaba adornada. La banda de música del crucero tocó el himno americano, y después la Marsellesa. Los oficiales observaban con asombro al pequeño Temerario, que se deslizaba por el puerto. Los aceites pesados pasaron directamente a los pañoles del petrolero argentino, el cual aparejó en el acto. La bencina fue transportada en camión al campo de aviación.

Miguel fue recibido por el presidente de New-Washington, Lincoln Donalson, y después a bordo del Surcouf, a cuyos oficiales y tripulantes les encantó poder saludar a un pedazo de Francia.

Los ciudadanos de New-Washington se entregaron a un trabajo encarnizado, desmontando y abarrotando los navíos con todo lo que podía ser salvado. Después, regresó el Porfirio Díaz; y el cargo noruego, el Surcouf y los dos torpederos partieron, cargados hasta los topes de material y de hombres. Miguel me anunció su salida por radio. Por mi parte, le informé de que habíamos obtenido de Vzlik, gran jefe de los Sswis, desde la muerte de su suegro, la concesión a los americanos de un territorio, que en realidad pertenecía a los Sswis negros, pero sobre el que su tribu tenía ciertos derechos, y una parte de otro que les pertenecía realmente, comprendido entre el Dron y los Montes Desconocidos. Para nosotros, había obtenido un pasadizo a lo largo del Dordoña hasta su desembocadura, cerca de la que queríamos construir un puerto, Puerto del Oeste. No estábamos inactivos.

Se habían construido unas casas para los americanos cerca de las montañas, en la parte propiamente Sswis de su territorio, justamente al otro lado del Dron, enfrente de nuestra factoría del «Cromo».

Poco tiempo después llegó el primer convoy. Lo anunció una mañana el vigía situado en la desembocadura del Dron. El Surcouf y el carguero, demasiado grandes, no pudieron ir más lejos, y bajaron anclas. Los torpederos remontaron el Isla. Los emigrantes arribaron a sus nuevas tierras por medio de pequeñas embarcaciones remolcadas. Por el momento, se decidió que los americanos se contentarían con el territorio propiamente Sswis, dejando para más tarde la conquista —pues una conquista sería necesaria— del sector Sslwip.

Miguel regresó por avión poco antes del séptimo y último convoy. La isla estaba casi sumergida totalmente, pero ya Nueva América contaba con una ciudad y siete pueblos, e iban a recolectarse las primeras cosechas. Nuestra población se incrementó

con seiscientos hombres del Surcouf, sesenta argentinos que prefirieron vivir en un «país latino» y unos cincuenta francocanadienses, a quienes aunque al principio desagradó nuestro colectivismo, reducido por otra parte a las instalaciones industriales, se apercebieron muy pronto de que nada les impedía la práctica de su religión. Los noruegos, en número de doscientos cincuenta —cuando el cataclismo habían recogido a los sobrevivientes de un paquebote de su nacionalidad— se establecieron, a petición suya, en un enclave de nuestro territorio, cerca de la desembocadura del Dordoña. Crearon allí un puesto de pesca. En realidad, la segregación nacional no fue absoluta, ya que hubo matrimonios internacionales. Afortunadamente, entre los americanos las mujeres eran mayoría, y muchos de los marinos del Surcouf se habían casado ya en el viejo New-Washington. Un año después de este éxodo, cuando acababa de nacer mi primer hijo Bernardo, Miguel se casó con una linda noruega de dieciocho años, Inge Unset, hija del comandante del carguero.

Ayudamos a los americanos a establecer sus fábricas. En contrapartida, nos cedieron el utilaje de cuatro aviones. Con dos colegas americanos encontré en su territorio, pero en país Sslwip, importantes yacimientos de petróleo.

Cinco años más tarde tuvo lugar la fundación de los Estados Unidos de Telus. Pero antes debo consignar la conquista del territorio Sslwip. ¡Y que nosotros estuvimos a un paso de la guerra con los americanos!

Fueron los Sslwips quienes desencadenaron la batalla. Una noche, un centenar de ellos sorprendió a un pequeño puesto americano, destrozando a diez de los doce hombres que componían la guarnición. Los dos restantes lograron escapar en coche. Tan pronto fue conocida la noticia, despegaron dos aviones a la caza de los asesinos. Fue imposible encontrarlos, pues los bosques cubrían extensiones inmensas y las llanuras aparecieron solitarias. Una columna ligera en misión de represalia sufrió grandes pérdidas sin resultados positivos. Entonces los americanos acudieron a nosotros, que teníamos mayor experiencia, y a nuestros aliados Sswis.

¡Fue la guerra más extraña que se pueda imaginar! Los americanos y nosotros, montados en camiones, con cuatro o cinco aviones evolucionando encima de nuestras cabezas, un helicóptero observador, y rodeados por seres de otro mundo, armados con arcos y flechas. La campaña fue dura, y tuvimos nuestras derrotas. Comprendiendo rápidamente que en combate abierto, tendrían desventaja, los Sslwips comenzaron a hostigar nuestras fronteras, a envenenar los pozos y las fuentes, a hacer incursiones sobre Nueva América, en territorio Sswis e incluso a través de las montañas, sobre Nueva Francia. Fue en vano que los torpederos descubrieran y bombardearan a dos pueblos de la costa. Igualmente que los aviones destruyeran otros poblados. Cuando nos adentramos en territorio enemigo, más allá de la futura frontera de Nueva América, los Sslwips creyeron practicable el asalto definitivo. Al amanecer, una banda que sobrepasaba los cincuenta mil se precipitó de todas partes sobre nuestro campo. Inmediatamente, Jeans, jefe de la expedición, lanzó una llamada a los aviones



que despegaron de New-Washington y de Cobalt. A 1000 kilómetros por hora, iban a llegar dentro de poco, pero ¿podríamos aguardar? La situación era crítica: éramos 500 americanos y 300 franceses, ciertamente bien armados, y 5000 Sswis, contra 50 000 enemigos armados con arcos que alcanzaban a cuatrocientos metros. Era imposible aprovecharse de la movilidad de los camiones: el enemigo nos rodeaba a treinta de fondo. Dispusimos un círculo con nuestros vehículos, salvo nuestro viejo camión blindado y, con las ametralladoras dispuestas, aguardamos.

A seiscientos metros, abrimos fuego; fue un error haber aguardado tanto, pues poco nos faltó para ser arrollados. Era en vano que nuestras armas automáticas derribaran a los Sslwips como el trigo en sazón, en vano que los Sswis lanzaran flecha tras flecha. En un momento tuvimos diez muertos y más de ochenta heridos, y los Sswis cien muertos y el doble de heridos. La bravura de los Sslwips era maravillosa, y su vitalidad fenomenal. Vi a uno que con el hombro destrozado por un proyectil de 20 mm corrió hasta la muerte, y se derrumbó a dos pasos de un americano. Al tercer asalto llegaron los aviones. No pudieron intervenir, pues el barullo había comenzado de nuevo. En esta fase del combate, Miguel recibió una flecha en el brazo derecho, y yo otra en la pierna izquierda; heridas, por otra parte, sin gravedad. Tan pronto como el enemigo fue rechazado, los aviones entraron en combate con las ametralladoras, granadas y bombas. Fue la victoria. Cogidos en descubierto, los Sslwips se desbandaron, y nuestros camiones les persiguieron, mientras que Vzlik, a la cabeza de los Sswis, batía y despedazaba a los aislados. Hubo aún alguna ofensiva, y, por la noche, encontramos a uno de nuestros camiones con todos los ocupantes muertos, acribillados a flechazos.

Aprovechando la noche, los sobrevivientes escaparon. Tuvimos entonces que luchar con los tigrosauros, atraídos en gran número por la carnicería, que nos causaron seis bajas. Nuestras pérdidas totales ascendieron a 22 muertos americanos, 12 franceses, 227 Sswis, y a 145 americanos, 87 franceses y 960 Sswis heridos. Los Sslwips dejaron sobre el campo de batalla a veinte mil de los suyos, por lo menos.

Después de esta exterminación, los americanos construyeron una serie de fortines en su frontera, cuya defensa fue facilitada por una falla escarpada del terreno de más de setecientos kilómetros, que iba del mar a las montañas. Los dos años siguientes transcurrieron en silenciosa labor. Vimos con pena, que los americanos se acantonaban cada día más dentro de su territorio. Solamente nos frecuentábamos, salvo casos individuales —tales como la tripulación del avión y nosotros— para cambiar primeras materias y productos manufacturados. Los americanos abrieron explotaciones mineras, menos ricas que las nuestras, pero que bastaban ampliamente para sus necesidades.

Muy pocos de entre nosotros hablaban inglés y viceversa. Las costumbres eran distintas. Nuestro colectivismo, aunque muy parcial, les era sospechoso, y tachaban a nuestro Consejo de dictatorial. Tenían también tenaces prejuicios contra los «nativos», prejuicios que en modo alguno podíamos compartir, ya que doscientos

pequeños Sswis frecuentaban nuestras escuelas.

En cambio, manteníamos excelentes relaciones con los noruegos. Les habíamos suministrado los materiales necesarios para la construcción de chalupas, y ellos nos aprovisionaban en abundancia de los productos del mar. Habían sobrevivido algunas especies terrestres que se multiplicaban en proporciones sorprendentes. Los peces telurianos son excelentes.

El «período heroico» había pasado, y para cortar de raíz la crítica de los americanos reorganizamos nuestras constituciones, aunque dentro del estilo francés. Se decidió que Nueva Francia se compondría de: 1) El estado de Cobalt, de cinco mil habitantes, con Cobalt-City (800 h) por capital, y la ciudad de Puerto-León (324 h); 2) El territorio de Puerto del Oeste, con una capital del mismo nombre, de 600 habitantes; 3) El territorio de los pozos de petróleo, donde no quedaban más de 50 hombres; 4) El territorio de las minas, sobre el lago mágico, con Beaulieu (400 h) y Puerto del Norte (60 h). O sea, que en total, Nueva Francia contaba con 6000 habitantes. Puerto-León, Puerto del Oeste y Beaulieu tenían Consejo municipal. El gobierno se compuso del Parlamento, elegido por sufragio universal, compuesto por cincuenta miembros, que tenía la función legislativa, votaba todas las decisiones y nombraba a los ministros; y del Consejo inamovible, de siete miembros, que en un principio fueron mi tío, Miguel, Estranges, Beuvin, Luis, el señor cura y yo mismo. Este Consejo tenía un veto suspensivo de seis meses, como igualmente la iniciativa de las leyes. En caso de urgencia, y por una mayoría de los dos tercios, podía arrogarse el poder, por un período renovable de seis meses. Se constituyeron tres partidos políticos: el partido colectivista, cuyo jefe fue Luis, y que tuvo veinte escaños; el partido campesino conservador, igualmente, con veinte escaños; el partido liberal, bajo la dirección de Estranges, que tuvo los diez restantes, y que de acuerdo con la buena tradición francesa, que otorga el gobierno a la minoría, proporcionó los ministros.

Nuestro cambio de Gobierno no transformó en absoluto nuestra manera de vivir. Si las fábricas y las máquinas, como también las minas y la flota, eran propiedad colectiva, la tierra pertenecía como siempre a los campesinos que la cultivaban. Desarrollamos nuestra red ferroviaria y de carreteras. Los americanos hicieron otro tanto. Tenían más máquinas de vapor que nosotros que, en cambio, conseguimos construir potentes motores eléctricos. La vía más larga iba de Cobalt-City a puerto del Oeste, por Puerto León.

Nuestras relaciones con los americanos se enfriaron aún más. El primer incidente fue el del destructor canadiense, servido por una mayoría de francocanadienses. Estos decidieron venir a vivir con nosotros, y quisieron, como era lógico, llevarse el barco. Aquello fue el origen de numerosas dificultades. Finalmente, cedimos el armamento a los americanos, transformando el barco en un carguero rápido. El segundo punto de fricción fue nuestra negativa a explotar en común los yacimientos petrolíferos, situados a poca profundidad, en territorio Sswis, al lado del Monte Tenebroso. Los

americanos tenían petróleo, aunque más profundo, y nosotros sabíamos que los Sswis verían con muy malos ojos a los americanos en sus tierras. Pero el 5 de julio del año 9 de la era teluriana, se produjo el conflicto.

Aquel día, una docena de Sswis quisieron, usando la facultad que les reconocía el tratado, atravesar la punta del sector Este de Nueva América, situada en su propio territorio. Se dirigían a nuestro puerto de los montes de Beaulieu para intercambiar productos de caza por puntas de flecha de acero. Penetraron, pues, en América, y cuando estaban ya a la vista de nuestro puerto, a la otra orilla del alto Dron, fueron detenidos por tres americanos armados con ametralladoras, quienes les interpellaron brutalmente, ordenándoles volverse atrás, cosa perfectamente absurda, pues estaban a cien metros de vuelo de pájaro de Beaulieu, y a quince kilómetros de la frontera en sentido inverso. En francés, el jefe de los Sswis, Awithz, se lo hizo observar. Furiosos, dispararon tres ráfagas, matando a dos Sswis e hiriendo a dos, uno de ellos, Awithz, que fueron hechos prisioneros. Los demás atravesaron el Dron bajo una lluvia de balas. Comunicaron lo ocurrido al jefe de nuestro puesto, Pedro. Lefranc, el cual para percatarse mayormente de la situación, fue con ellos hasta la orilla. Una ráfaga desde el otro lado mató a otro Sswis e hirió a Lefranc. Fuera de sí los hombres del pueblo respondieron con una decena de granadas que demolieron e incendiaron una granja del sector americano. Quiso el azar que yo pasara por allí acompañado de Miguel, instantes más tarde. Montando a Lefranc y a los Sswis heridos en mi camión, corrí hacia Cobalt. Allí me personé rápidamente en la residencia del Consejo, quien convocó el Parlamento, que votó el estado de urgencia. Lefranc, acostado en una camilla, hizo su declaración corroborada por la de los Sswis. Estábamos dudando sobre qué decisión tomar cuando nos llegó un radiomensaje desde el puente de los Sswis sobre el Vecera. Desde el puesto se oían con claridad los tambores de guerra y se observaban numerosas columnas de humo en territorio Sswis. Por un procedimiento desconocido, Vzlik estaba ya al corriente y reunía a sus tribus. No cabía duda que ante tal circunstancia las tribus confederadas marcharían con él. Conociendo el carácter vindicativo y absolutamente despiadado de nuestros aliados, pensé inmediatamente en las granjas americanas existentes a lo largo de la frontera, y en lo que podría ocurrir dentro de pocas horas. Por helicóptero mandé un mensajero a Vzlik, rogándole que esperara un día, y, rodeado del Consejo, fui a la emisora de radio para tomar contacto con New-Washington.

Los acontecimientos se precipitaron. Cuando llegamos, el encargado de la radio me tendió un mensaje: El destructor americano bombardeaba Puerto del Oeste. El Temerario y el Surcouf respondían. Para estar dispuestos para cualquier eventualidad, se lanzó la orden de movilización. Los aviones debían estar atentos para despegar, con las armas cargadas y los depósitos llenos. Por radio suplicamos al gobierno americano suspender las hostilidades y aguardar la llegada de plenipotenciarios. Aceptaron, y nos enteramos que el bombardeo de nuestro puerto había cesado. Por otra parte el destructor había quedado maltrecho a causa de una granada teledirigida

desde el Surcouf que lo había alcanzado a proa.

Miguel, mi tío y yo partimos inmediatamente por avión. Media hora después estábamos en New-Washington. La entrevista fue al principio tempestuosa. Los americanos adoptaron una arrogancia tal que Miguel tuvo que recordarles que sin nosotros a aquellas horas habrían sido presa de los monstruos marinos o derivarían, muertos de hambre, en sus navíos sin carburante. Finalmente se designó una comisión de encuesta, compuesta por Jeans, Smith, mi tío, yo y el hermano de Vzlik, Isszi. Los dos americanos jugaron con limpieza y reconocieron los errores de sus compatriotas. Los culpables fueron condenados a diez años de prisión. Los Sswis fueron indemnizados con 10 000 puntas de flecha.

Después de esos incidentes, cosa curiosa, las relaciones se distendieron. Al terminar el año 10, eran lo bastante buenas para que pudiéramos promover la fundación de los Estados Unidos de Telus. El 7 de enero del año 11, una conferencia reunió a los representantes americanos, canadienses, argentinos, noruegos y franceses. Se adoptó una constitución federal. Esta reconocía a cada estado una amplia autonomía, pero establecía un gobierno federal situado en una ciudad que se fundó en la confluencia del Dron y el Dordoña, en el punto en que habíamos derribado el primer tigrosauro. Fue «Unión». Doscientos kilómetros cuadrados fueron declarados tierra federal. Nos fue difícil reconocer a los americanos la inviolabilidad presente y futura de los territorios Sswis. Finalmente ésta se limitó a los de nuestros aliados actuales, o la de los Sswis que lo fueran en un plazo de cien años.

Las colonias que se fundarían en el futuro serían tierras federales hasta que su población llegase a 50 000 almas. Entonces adquirirían el rango de estados, con libertad de escoger sus constituciones internas. El 25 de agosto del año 12, el Parlamento federal se reunió por vez primera, y mi tío fue elegido presidente de los Estados Unidos de Telus. La bandera federal flotó por fin, azul oscura, con cinco estrellas blancas, simbolizando los cinco estados federados: Nueva América, Nueva Francia, Argentina, Canadá de Telus y Noruega. Las dos lenguas oficiales fueron el inglés y el francés. No voy a entrar en el detalle de las leyes que se votaron, pues están vigentes todavía. El gobierno federal fue el único autorizado para poseer una flota, un ejército, una aviación y fábrica de armas. Previendo el futuro, le reconocimos también la energía atómica, que un día, sin duda, llegaremos a poseer en Telus.

## VI

# EL CAMINO TRAZADO

¡Han transcurrido cincuenta años! Telus ha dado muchas vueltas. La presidencia de mi tío que duró siete años fue enteramente consagrada a la organización. Ampliamos nuestras vías férreas, más de cara al futuro que para el presente, pues nuestra población total no llegaba a las veinticinco mil almas. Por otra parte, creció rápidamente. Los recursos eran sobrados, las cosechas magníficas y las familias fueron numerosas. Yo tuve once hijos, que todos han vivido. Miguel tuvo ocho. El promedio de las familias fue de seis para la primera generación y de siete la segunda. Contrariamente a nuestros temores, no hubo nuevas epidemias. Comprobamos una sorprendente elevación de la talla humana. En nuestra vieja Tierra las estadísticas situaban el promedio humano en 1 m. 65 cm. Aproximadamente era el promedio francés. En cambio, hoy, en Nueva Francia éste alcanza 1 m. 78 cm. En Nueva América es de 1 m. 82 cm. Y en Noruega 1 m. 86 cm. Únicamente los argentinos y sus descendientes puros han quedado a la zaga con 1 m. 71 cm.

Bajo los presidentes siguientes, el americano Grawford y el noruego Jansen, intensificamos especialmente nuestro esfuerzo sobre la industria. Tuvimos una fábrica de aviación, no solamente capaz de construir los tipos corrientes, sino también de estudiar nuevos modelos. El ingeniero americano Stone realizó en Telus una idea que había tenido en la Tierra, y su avión, el «Comet», batió todos los «records» de altura.

Fuimos también exploradores. El resto de mi vida ha transcurrido confeccionando mapas geológicos o topográficos, solo o con mis dos colegas americanos, y muy pronto con la ayuda de los tres mayores de mis siete hijos varones, Bernardo, Jaime y Martín. He volado sobre todo el planeta, navegado por muchos océanos, explorado islas y continentes. ¡Los grandes descubrimientos! Pero con un material en el que jamás Colón o Vasco de Gama hubieran podido soñar. He soportado el calor en el Ecuador, a sesenta grados, y me helé en los polos; he combatido a los Sswis rojos, negros o amarillos, o concluido alianzas con ellos; he afrontado a los calamares y a las hidras, no sin pánico terrible. Y siempre Miguel me acompañó y Martina me esperó, en ocasiones durante meses. Pero no quiero atribuirme la gloria de todos estos descubrimientos. Hubieran sido imposibles sin el coraje y la inteligencia de los marinos y aviadores que vinieron conmigo. Miguel me resultó incomparablemente precioso, y sin la entrega de mi mujer no hubiera podido resistir la terrible fiebre de las marismas que me tuvo en cama, al retorno de mi tercera exploración. Martina me acompañó tres veces, compartiendo, como siempre, las molestias y los peligros, sin lamentarse por ello.

Y yo no me encontré solo. La pasión de los descubrimientos se había apoderado de todos nosotros. ¿Qué decir de la hazaña de Pablo Bringer y Nataniel Hawthorne,

que partieron en coche hacia el Sur, que dieron la vuelta al viejo continente, perdiendo su coche a más de 7000 kilómetros de Nueva Francia, y que regresaron a pie, en medio de goliats, de tigrosauros y de indígenas hostiles? ¿Y qué decir, igualmente, de la aventura del capitán Unset, suegro de Miguel, quien con su hijo Eric y trece hombres dio la vuelta al mundo a bordo de El Temerario, en siete meses y veinte días?

Veinte años después de nuestra primera visita, volví de nuevo con Miguel a la Isla Misterio. Nada había cambiado. Simplemente, la tierra había recubierto un poco la extraña inscripción. Entrando de nuevo en la cabina donde se conservaba la mano momificada, vimos el rastro de nuestros pasos que se habían mantenido al abrigo de la intemperie. Al regreso, visitamos la ciudad de las catapultas. En esta ocasión llevábamos con nosotros al hijo de Vzlik, Ssiou, que pudo entrar en contacto con los Sswis rojos, que conocían el acero. El jefe nos enseñó los rudimentarios altos hornos donde lo fabricaban. Consintió en explicarnos la leyenda. Hacía más de trescientos años telurianos, tres extraños seres habían llegado en una barca «que marchaba sola» hasta una playa situada al Sur de la ciudad actual. Al ser atacados, se habían defendido «lanzando fuego». No, precisó el jefe, «flechas cortas que hacen bum» como nosotros, sino largas llamas azuladas. Días más tarde fueron sorprendidos mientras dormían y capturados. Por un motivo olvidado, hubo sobre esta cuestión una violenta disputa en la tribu y la mitad de los Sswis rojos habían partido hacia el Norte. De ellos descendían las tribus de Vzlik. Los extranjeros habían aprendido la lengua y enseñado a los Sswis la fundición del metal. Por dos veces habían salvado a la tribu, debilitada por el ataque de los Sslwips, «lanzando fuego». Parecían aguardar alguna cosa proveniente del cielo. Después habían muerto; no antes de haber escrito un largo libro que se conservaba como un sagrado depósito en la gruta del templo, con los objetos que les habían pertenecido. Intenté que me describieran a los extranjeros. El jefe no pudo hacerlo, pero nos condujo al templo. Allí, un Sswis muy viejo nos mostró unas pinturas rupestres: unas siluetas pintadas en negro, bípedas, con una cabeza y un cuerpo análogo a los nuestros, pero con unos brazos tan largos que casi llegaban hasta el suelo, y un solo ojo muy bien dibujado, situado en la mitad de la frente. Comparándolos a los Sswis representados a su lado, calculé su talla en dos metros cincuenta. Solicitamos ver los objetos: guardaban tres libros de metal, parecidos al que habíamos encontrado en la Isla Misterio, algunos útiles más comprensibles y el resto de las armas que «lanzaban fuego». Se trataba de tres tubos de 70 cm de largo, más anchos de un extremo, chapados en su interior de platino. Del otro extremo salía un filamento que debía conectar con una parte desaparecida. Probablemente aquellos seres no habían querido dejar en manos de aquellos salvajes un arma demasiado potente. Al fin, vimos el libro hecho de pergamino, de un espesor de unas quinientas hojas, cubierto de los mismos signos que los del libro en metal. Al lamentarme de que nadie sabría jamás lo que contenía, el viejo Sswis afirmó que estaba escrito en su lengua, y que él sabía leerlo. Después de muchas reticencias lo

tomó, y cogiéndolo, probablemente al revés, comenzó a recitar:

—¡Tilir tilir! ¡Aquellos que vengan después, salud! Hemos aguardado hasta el fin. Ahora, dos han muerto ya. Nosotros jamás volveremos a ver a Tilir. Sed buenos para con los Sswis, que tan bien nos han tratado...

Se calló.

—Ya no sé leer más —añadió.

Conseguí hacerle confesar que aquellas líneas, aprendidas de memoria, se transmitían de sacerdote en sacerdote, y que «Tilir» debía servir de contraseña por si otros compatriotas de los extranjeros desembarcaban de nuevo en Telus. Reconoció también, que el libro era doble, una parte escrita en lenguaje Sswis y, a partir de la mitad, en el de los extranjeros. Sea lo que fuere, ello significaba una preciosa clave para su desciframiento y, cuidadosamente, tomé una copia.

Muchos veces he pensado en estas hojas ennegrecidas de curiosos caracteres. Muchas veces he retrasado mi trabajo habitual para comenzar a traducir con la ayuda de Vzlik. En definitiva no tuve jamás tiempo suficiente. Extrayendo el significado, con dificultad, de frases dispersas, he aumentado mi curiosidad sin satisfacerla. Se trata de Tilir, de monstruos, de catástrofes, de hielo y de terror... Hoy el libro está en Unión, donde mi nieto Enrique y Hol, el nieto de Vzlik, un Sswis «humanizado», intentan traducirlo. Parece ser que los seres que lo escribieron venían del primer planeta exterior que es el más próximo a nosotros, y al que llamamos Ares, homologándolo al antiguo Marte de nuestro antiguo sistema solar. Quizá viviré aún lo suficiente para conocer el enigma. Pero será menester que se den prisa.

Nosotros os hemos trazado el camino, pero sois vosotros quienes debéis seguirlo. No hemos resuelto todos los problemas, pero es igual. Los dos de ellos más importantes ni tan sólo han sido esbozados. El primero es el de la cohabitación en un mismo planeta de dos especies inteligentes. Para él no hay más que tres soluciones: nuestra exterminación, que evidentemente para nosotros es la peor, la exterminación de los Sswis —que no queremos a precio alguno— o su aceptación como iguales nuestros, lo cual implica su integración en los Estados Unidos de Telus, de lo que los americanos no quieren saber nada por el momento. Para mí, el problema ni tan sólo se plantea. Son iguales a nosotros, y quizá superiores si tomo, por ejemplo, la obra matemática de Hoi, que pocos entre nosotros comprenden.

El segundo problema es la coexistencia de otra especie inteligente, si vuelven de Ares los desconocidos de la Isla Misterio. ¡Si regresan a Telus antes de que hayamos conseguido dominar el espacio, estaremos más que satisfechos de tener a los Sswis por aliados!

## EPÍLOGO

Esto es todo. He terminado. Acabo de quemar mis cuadernos. Fuera, luce Helios. Sol se ha escondido ya. Desde mi casa, situada en las afueras de Cobalt-City, puedo ver los campos en los que ondula el trigo aún verde. Mi biznieto Juan ha llegado de la escuela. Un avión planea, todo está tranquilo. Unos Sswis pasean por la calle y hablan, en francés, con nuestros conciudadanos. Cobalt-City cuenta con 25 000 habitantes. Por la ventana veo sobre la cima del Monte París el observatorio donde mi tío tuvo la alegría de terminar sus estudios sobre Ares con el gran telescopio, que fuimos a buscar hace más de cuarenta años. Veo pasar a la nieta de Miguel, Martina, que en rubio se parece tanto como es posible a mi Martina. Ella y mi nieto Claudio... Pero esto ya es el futuro. Vuestro futuro, ciudadanos de los Estados Unidos de Telus...





FRANCIS CARSAC es el seudónimo bajo el que escribe novelas de ciencia ficción François Bordes (Rives, Lot y Garona, 1919 - Tucson Arizona, 1981) escritor francés. Es uno de los prehistoriadores que más ha aportado al conocimiento del Paleolítico europeo, especialmente en territorio francés a partir de su Método de análisis de materiales líticos denominado comúnmente el Método Bordes.

Estudió en Francia, doctorándose en Ciencias Naturales con la tesis: Les limons quaternaires du Bassin de la Seine - Stratigraphie et archéologie paléolithique que fuera publicada en 1954 por el Instituto de Paleontología Humana de París.

Formó parte del CNRS entre los años 1945 y 1955. En 1956 fue profesor de Geología del Cuaternario y Prehistoria, en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Burdeos; allí fundó el Instituto del Cuaternario (hoy Instituto de Prehistoria y Geología del Cuaternario).

Entre 1957 y 1975 fue director del organismo Antiquités Préhistoriques d'Aquitaine, actualmente equivalente a Conservador del Patrimonio del Ministerio de Cultura francés. Dirigió numerosas excavaciones en importantes yacimientos, sobre todo en el suroeste de Francia, destacándose Pech-de-l'Azé, Combe-Grenal y Corbiac, entre otros.